

CeD



Diga Vd. BUDA

¿a la primera
persona
á quien
encuentre.

¿A que no advi-
natis de qué se trata?

No se habla de
otra cosa.

El maravilloso per-
fume de la suerte: "**Buda**".

Perfume misterioso,
embujador, encantador,
que produce milares
de fascinaciones.

Contiene raras ingre-
dientes orientales y se
asegura que:

**LOS GRANDES
SACERDOTES DE
LA INDIA LO
EMPLEAN PARA
ATRAER LA DICHA.**

Madame Trouhanova,
de la Opera, dice:
"Yo no sé si es una
superstición, pero desde
que emplee el
"**Buda**", ese per-
fume de la suerte, todo



no sale á maravilla, y
todos mis deseos se rea-
lizan. Indudablemente
atrás la suerte, y es un
perfume exquisito".
Buda dice: "Seré el dios
de la felicidad eterna.
Se asegura que atrapa
la suerte.

Pruebe un frasco de
perfume de la suerte:
"**Buda**", y se con-
vencerá de su encanto
y de las delicias que
proporciona.

Se os devolverá el di-
nero, si no quedáis com-
pletamente satisfechos y
convencidos de que no
hay otro elusivo perfume
mejor y más tenaz, aun
en los precios más ele-
vados.

Se hace en tres tama-
ños. El gran frasco es una
verdadera joya, y á él se
refiere una magnífica
creación oriental por
encima de toda produc-
ción. Hay que verlo
para apreciarlo.

**DIGA Vd. HOY
MISMO "BUDA"
A SU PROVEEDOR,
Y EMPRENDA EL
CAMINO DE LA
DICHA.**

La célebre **CREMA TOKALON** hace desaparecer las arrugas.

TOKALON — PERFUMISTAS —
7, Rue Auber, PARIS

DEPOSITOS { en Montevideo. — Francisco L. CARRERA, Suc. Sarsfield 685-7.
{ en Buenos Aires. — BARBACELATA, DRAGO y Cía. Bartolomé Mitre, 1499.

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica:
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario:
RUBEN DARIO

TELEFONOS:
Dirección y Administración:
Línea 6-36
Redacción y Publicación:
Berger 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses. .. 6 fr. 80 | Un Año. ... 12 fr.
EXTRANJERO
6 Meses. ... 9 fr. 50 | Un Año. ... 18 fr.
NUMERO SUELTO
Francia. ... 1 fr. | Extranjero. ... 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio
todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expedición de todas las pausas:
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
164, Boulevard Saint-Germain, París.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA
ARGENTINA: Compañía Argentina de Publicidad, Esmeralda,
186- Buenos Aires.
ALEMANIA: Heesenstein & Vogler. — Leipzigstrasse,
31 & 32 - Berlín.
CHILE: Ernesto Damsy & Cia, San Antonio 447.
— Santiago.
ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Riap. — Rambla de
Cataluña, 14 - Barcelona.
FRANCIA: Hoteles y estancias balnearias; "Société Euro-
peenne de Publicité", 11, Rue Desnos, París.
INGLATERRA: South American Press Agency Ltd,
1, Abchurch Lane - Londres W. C.
ITALIA: Giancarlo Madon, Casella Postale 239, Milano.
SUIZA: Robert Hug, Hauptpostbox 6206. — Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos
del Boulevard y en los Grands Hoteles, así como en
las principales librerías, igualmente que en nuestras
oficinas, 6, Cité Paradis.



ARGENTINA
- BOLIVIA
- BRASIL
- CHILE
- COLOMBIA
- COSTA RICA
- CUBA
- REPUBLICA
DOMINICANA
- ECUADOR
- ESPAÑA
- FILIPINAS
- GUATEMALA



HAITI
- HONDURAS
- MEXICO
- NIAGARA
- PANAMA
- PARAGUAY
- PERU
- PUERTO RICO
- PORTUGAL
- REPUBLICA DEL
SALVADOR
- URUGUAY
- VENEZUELA

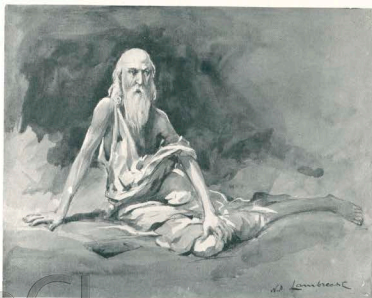
SUMARIO

CUBIERTA. — Los placeres del yacht, por JOHÉ DUVAL, con ilustraciones de LAMBRECHT,	324
LOS GUSANOS DE SEDA, narración de RICARDO LEÓN, con ilustraciones de LAMBRECHT,	325
POLYORILLA EL CORNETA, monólogo irredito de SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO, ilustrado por RIBAS,	326
EL ASESINO, cuento por CARMEN DE BURGOS, ilustrado en colores por RIBAS,	329
LOS JARDINES INTERIORES, poesía por FRANCISCO VILLASFERA,	335
UNA MARSELLERA, narración por AMADO NERVO, ilustrada por LAMBRECHT,	338
LOS TRABAJOS DE BUENOS AIRES, por ENRIQUE GÓMEZ-CARRILLO,	341
GALERIA GRAFICA DE MUNDIAL, interesante serie fotográfica sobre el monte St-Michel y cuadros de olas,	345
PARIS EMIGRA, impresiones por H. CALDERÓN FOSTER, con ilustraciones en colores de FOURNIER,	353
EL MUSEO DEL CRIMEN, información por DIEGO SEVILLA, con fotografías,	361
ODE A LA FRANCE, compuesta en francés por RUBÉN DARÍO y leída en una solemnidad en París,	368
EL THEATRO EN ESPAÑA, por RICARDO J. CATARINHU, con fotografías y autógrafo del maestro VIVES,	371
CAMINO DE ILUSION, CAMINO DE MUERTE, cuento por ANTONIO G. DE LINARES, con ilustraciones de HEMMINGS,	376
AMÉRICA EN FRANCIA, reseña de la fiesta del Comité France-Amérique, presidida por Mr. POINCARÉ,	389
NUESTRA SEÑORA DE PARIS, información por PERRUS, con interesantes fotografías,	392
LA CIUDAD DE CARCASONA — UN SUEÑO, cuento de DENYS AMIEL, con ilustraciones de NICOLLET,	401
ELLAGANCIAS MASCULINAS, por NICOLÁS KRIEGER,	406
LA INTERINA, continuación de la novela de CRISTÓBAL DE CASTRO, ilustrada por BASTÉ,	407
EL GRAN PREMIO DEL A. C. F., por JEAN GODILLOT, con fotografías de las carreras de Lyon,	415

(No se devuelven los originales.)

EN EL PROXIMO NUMERO

Publicaremos íntegra una hermosa comedia en un acto, escrita expresamente para "Mundial", por el gran dramaturgo español JACINTO BENAVENTE, artículos de JOSÉ ENRIQUE RODÓ, VARGAS VILA, RUBÉN DARÍO, ANDRÉS GONZÁLES BLANCO, CRISTÓBAL DE CASTRO, RAMÓN PÉREZ DE AYALA, ENRIQUE GÓMEZ-CARRILLO, TOMÁS BORRAS y otros; poesías de EMILIO CARRÈRE y TOMÁS MORALES, y notables composiciones fotográficas y de dibujo de los mejores artistas.



Los Gusanos de Seda

Por RICARDO LEÓN

Ilustraciones de LAMBRECHT



PATRIMONIO de poetas es el dolor, y algo así como la raíz de su alma y la médula de su poesía. De poetas es padecer con refinado y estético dolor, tornando el daño en provecho, y convirtiendo sus propias tacerías en lindas perlas y en fragantes rosas. La bellísima imagen — harto reproducida — del sándalo que perfuma la segur que le hiere, es la más noble y exacta que la fantasía humana pudo concebir, para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, á este propósito, un cuen-

fecillo con dejos de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día á la sombra de unas moreras, no lejos de un parlero manantial. La frescura del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos, trajéronme á la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte al gusto y provecho de la ingenua narración.

Hela aquí despojada, al pasar de aquellos labios á los míos, de su puro y sutil aroma de antaño :

I

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las sagradas escrituras refieren, taladraban su carne agudos clavos, encendíase la sangre con la fiebre, hula de sus párpados el sueño, y todos estos males se juntaban, para mayor tortura, con tan extremada pobreza, que no consentía, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina, ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra, su medicina una teja rota, su alivio la áspera quequilla de su dura cónyague, con todo lo cual fbase acabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero tormento, sino templadamente y poco á poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo — como es hábito del que sufre traer á la memoria el placer pasado — de toda aquella salud y abundancia del destruido hogar, de sus siete hijos, hermosos como cedros del Líbano, y de sus tres hijas, semejantes á las rosas de Jericó; acordábase de sus criados y haciendas, de sus ovejas y camellos, de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró tanto sus días... Evocaba después todas las escenas de ruina y desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle manas de los ojos las lágrimas. Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole á estéril desesperación; pero el santísimo poeta volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, unidas por el amor de Dios: — Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré á la tierra; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos...

II

Llegaron á esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron á verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el roto monij caldo y la sucia teja en los crispados dedos, conocieron con toda su cruda realidad aquel terrible infortunio. Eran estos

amigos personas de calidad, y aun se cree que fueran Reyes. Al alzar la vista y ver á Job, pusieron el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras, espacion polvo sobre sus cabezas, sentáronse en el suelo por siete días y siete noches, y no hablaron palabra, de tal modo el espectáculo de aquella desventura habiales traspasado el corazón.

Al cabo, Job abrió los labios, rompió el silencio, y maldijo el día en que nació y la noche en que fué concebido, y deseó para aquella noche oscuridad eterna y amargura, que no fuese ayudada á la cuenta de los días y de los años, que permaneciera por siempre solitaria sin estrellas ni canciones, que en vano esperase la luz, y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana... Y esto, no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino Fray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trabajos de la vida y de su condición miserable, sujeta á tan desastrosos reveses, por donde es mejor morir que vivir, y la muerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querrellase no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la cruz, con voz angustiada y triste: «Padre mío, ¿Por qué me has desamparado?» Con lo cual se dá á entender que el justo, sin exceder de la paciencia, puede rogar á Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

III

Llegó al fin un momento, en que harto Job de avivar con la memoria del bien pasado el acatido de la miseria presente, y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía, habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover en el alma de Job todas las dudas, llegó un momento en que apareciéndose Dios á los ojos del lastimado poeta, le casó el cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas, y penetrar en los divinos juicios, le animó á contentarse con Él sobre la pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepiñó de la ligereza y descuido de sus palabras.



Y sentábase en el suelo por siete días y siete noches, y no hablaron palabra...

Y sucedió entonces, que el Señor comenzó á darle señales de su piedad, y á aliviar un poco sus padecimientos. Uno de los mayores era el calor del Sol, que durante el día dábale con fuerza, y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas. Pero he aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolillo forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recortadas hojas, que fué creciendo con rapidez nunca vista, y llegó á cobijar el cuerpo de Job, y á refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron á secarse, y la fiebre á descender de hora en hora, y aquel temblor, angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma á convertirse en llanto, y salir fuera por los ojos en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón, y le reparan y consuelan. Caían las costras que afeaban sus miembros; borrábase las hondas cicatrices; volvía la piel á su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de

rosa. Los gusanos resbalaban, y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizábanse por ella, semejantes á un hormiguero, y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura á Job, subiendo hasta las ramas, y mordiéndole las hojas tiernas salpicadas de rocío...

IV

Un día, presto ya Job á recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir, poco á poco, doblados y engrandecidos por el dolor, holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada afición, y... ¿cuál no sería su sorpresa, al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban ahora el árbol como gotas de ámbar y menuditos piñones, y que echaban de sus boquitas un hilo sutilísimo y resistente, parecido á un rayo de sol, con el cual hilo daban vueltas, de manera que fabricaban un precioso capullo, donde reía



... Y Job, lleno de humildad, se arrojó de a sgreza y descalzo de sus calzonas.

la luz como en una pepita de oro! Después de un capullo, otro, y otro, hasta llenar todas las ramas del arbolillo forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

Job, entonces, halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato á los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejéndole, como el cáñamo y el lino, podrían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre, y sobre todo de la mujer... Y juró fabricar, en cuanto le fuese dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios que, por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dió á todos los hombres el primer capullo de seda...

Tal vez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supierais que fué debido

al buen Job, á aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Si, de los gusanos que roían su carne nacieron estos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece á vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres que picaron su piel, encendiéndole con fiebres y humores, tornáronse como de oro y destilaron la hebra de seda, semejante á un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimientos de las entrañas, y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados, como frutos peregrinos del dolor, del dolor eterno.

Ricardo León



Polvorilla el Corneta

POR

SERAFIN y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

Dibujos de RIBAS



Monólogo representado por la Sta. Amalia de Isaura, en la Velada conmemorativa de la creación de la "Cruz Roja Española", celebrada en el "Teatro Real de Madrid", el 10 de Mayo de 1914.

DECORACION DE CAMPO ANDALUZ. ES DE DIA.

Sala Polvorilla, grueso corneta de Infantería, de quince años apenas. Viste el característico uniforme del soldado español. Viene triste y pensativo. Habla con desconfianza y suficiencia, como hombre seguro de la importancia de su papel en el ejército.

POLVORILLA. — Desde que girvi ar pueblo, no sé andá más que por los alcortes... Un so tras de otro, una luna tras de otra luna, y el humó siempre negro... ¿ Quién comose á Polvorilla er corneta? Vamos á echá un pitayo, á ve si el humo der tabaco me cambia las ideas condenás. (Seaca un cigarrillo, y apenas lo enciende lo tira.) Ni de esto tengo ganas! Ni ganas de fumar, ni ganas de comé, ni ganas de bebé, ni ganas de hablá con las niñas der pueblo... ¡ Ay, Porvorilla! No le des güertas al asunto... ¡ á la guerra otra vez, á buscá una bala más sartera! Lo que me pasa no es pa menos. Yo, desde chico. — güeno, desde más chico — he tenido la afición de la tropa. Otros chavalillos no ven más que er torero, y le dan una española á su padre. Yo no. A mí que no me hablarán más que de pantalones coloraos, y de pólvora, y de fusiles, y de escopetas, y de sables, y de tambores. ¡ Siete años tenía, y ya inventé un cañón pa matá las moscas!... ¡ Vaya usté á contradese! estas aficiones!...

Yo no sé si es que me dió er pecho señá Catalina, la mujé der sargento Bermude, ó que junto á mí casa había un tío que jasta fuegos artificiales. La cuestión es que yo, que primisijé la carrera militá por los tejás, persiguiendo gatos que juían más que el aire, desde jase año y medio yveo este uniforme y soy corneta. ¡ Año y medio hay ya que senté plasa! (Animándose con los recuerdos.) Güeno: er primer día que me vi con el uniforme, no había espejo pa mí. ¡ Me pelé tres veces en dos horas, na más que por mirarme en er grande de la barbería!... Pos ¿ y la impresión que causé en er mujerieo de to er pueblo? ¡ José! ¡ Doña Roete, la viuda, que es más verde que un aplo, me quiso yveo de pajé á su casa!... ¡ Vamos! ¡ Porvorilla limpiando er porvo! Hay que está vinda, que no es un estao normá, pa proponerle á uno una cosa así. Por supuesto, que más ó meno disimulás, toas andaban por el estilo. ¡ Hasta la rubia del arcade, que presume como si fuera una onsa de oro, y es una perra

loco. Y se lo dije. Y eya sortó una risa, que á mí me jiso más daño en er corasón, que en la cabeza me había jecho la bala. Y me habló de unas cosas mu raras de Dios y de los hombres, y la sustansia que yo saqué de to aqueyo, fué que no había de quererme nunca. Ni á mí ni á hombre ninguno, que es el único consuelo que tengo. Y me vine ar pueblo á convalesé, y así como cuando se mira mucho ar so se ven luego estrejitas, así yo no paro de ve por delante e mis ojos los ojos negros de la hermana María, que así se yama la que me tiene tan abatío y tan triste. ¡ Otra bala, otra bala es la que te está jasiendo farta, Porvoriya, pa acabá con esta pesadumbre! Y cuidao que er cura, cuando le hablo de esto, me riñe mucho, y me nombra á mi madre, y me dise que hay más mujeres bonitas que flores en er campo... ¡ Pero, Señor, si es que ya no me gusta ninguna! ¡ Si no me gusta más que aqueya! ¡ Lo que es que er cura, como nunca se ha enamorado, no me entiende! Pero no me gusta ninguna. Ninguna es bonita, ninguna tiene aqueyos ojos, ni aqueyas manos, ni aqueyas palabras... ¡ Ni siquiera Manolita Marín!

(Mirando hacia un lado.) ¡ Hombre! ¡ si que es casolidá! Ayi está su mersé. ¿ Y qué es lo que jase? ¡ Ah, vamos! Le arranca una por una las hojas á una margarita. Pos ya sé lo que quié sabé: si la quiere Porvoriya ó no la quiere. A ve que le sale. (Pausa breve.) Se ríe y toca las parmas; ¡ Güeno, ya sé también lo que le ha salío! Un confflirto pa mí, que soy un hombre de consiensia. Y er cura se sierra en que la otra es un delirio, y en que ésta es la que á mí me toca en er mundo; y me aconseja que quiera á ésta y que orvide á la otra... ¡ Qué sabe er cura! Queré á ésta... pué sé... — ¡ er corasón dá más giertas que er mundo! — pero pa orvidá los ojos negros de la hermana de la cruz de sangre en er brazo... tendría que nasé de luego Porvoriya er corneta. (Saludando al público militarmente.) Perdón, si he fartao. (Vase en pos de Manolita Marín.)

L. L. A. Manolita Marín

TELON



CeDInCI

El Asesino

Por CARMEN DE BURGOS

Ilustraciones de RIBAS



La luz parecía salir de la tierra en aquella tarde de verano; los rastrojos, recién segados, formaban una claridad dorada, más luminosa que la del cielo, encapotado con nubes oscuras, que pasaban ligeros á impulsos del viento, velando el sol y dibujando caprichosos arabescos sobre los campos.

Austados de la tempestad que se les venía encima, los pastores adelantaban la hora de volver al redil los ganados. Acudían los rebaños en tropel á la querencia de los tímidos, donde les aguardaban los borreguillos, clamando por la madre en su continuo balar. Los zagales recogían las bestias de los rícales tempraneros, para encerrarlas en las cuadras; y las pjaras de cerdos y guarinillos corrían á guarecerse en los chiqueros.

Conocían muy bien las gentes de Rodalquilar — el pequeño vallecillo del campo de Níjar, escondido en aquel último repliegue de las ramificaciones de la Cordillera Ibérica que se ocultan allí en el mar, para ir á reaparecer en la fronteriza costa africana — la violencia de las tempestades que descargan sobre ellos en aquel país montañoso, enclavado entre cerros, que les enviaban torrentes de los barrancos, las ramblas y las boqueras, amenazando con arruinarlo todo.

Bien pronto, no se escuchó en el valle más ruido que el rumor del viento, que abatia los árboles y los zarandeaba, como si quisiera arrancar de cuajo sus raíces. Hasta los perros, fieles guardadores del cortijo, se habían adentrado en la casa, escondiéndose cerca del hogar.

— ¡ Jesús, María y José ! Frasco, cierra esa puerta — exclamó santiguándose una mujer vieja y apergaminada, cuando el zis-zás encendido de un relámpago rompió la densidad del cielo.

— Espera, espera, mujer. — respondió con calma el marido, continuando impassible su labor de pleita. — No es bien que los que tienen casa cierren su puerta a los caminantes.

Era aquella una costumbre patriarcal del valle, y nadie protestó ¡ pero sería tan raro que hubiese por allí un caminante ! Las montañas, en forma de anfiteatro, del que se hubiese derrumbado un cerro por la parte del mar, dificultaban las comunicaciones. Se pasaban años sin que apareciera un rostro nuevo en el lugar. Sólo de vez en cuando, algún buhonero caminaba paciente detrás de la borrica, que llevaba la arquilla de las baratijas y los cachabos de la recova.

Una muchachota morena y forzuda entró en la cocina, una de esas amplias cocinas que son a la vez zaguán, sala y dormitorio de la familia, y que ostentan en la loza de sus vasares y en sus coberteras de cobre el lujo de sus dueños.

— Ya están encerradas las gallinas.

— ¿ Y Dolores ? ¿ No está contigo ? — preguntó alarmada la madre.

— No.

— Se fué a la noria — agregó un mozo.

— Esa muchacha se ha propuesto morirse y acabar con nosotros — sollozó la madre.

Movió el padre tristemente la cabeza, trenzó los espartos que había sacado del manajo sujeto bajo el brazo, amarró el cabo de su labor, y dejándola a un lado respondió con sencillez :

— ¡ La pobre !... Dame la manta, é iré a buscarla.

— ¡ Maldita guerra ! — siguió la mujer. — Desde que le mataron al marido, le han quitado la vida a ella.

Entre tanto, el padre se coccó sobre la cabeza el cogujón de su manta de lana burda, y se amudó las esparteñas, disponiéndose a salir.

Los perros interrumpieron el diálogo, precipitándose ladrando hacia la puerta.

Había empezado a caer la lluvia, y la tierra se abría por debajo de ella como un fermento de pan caudal, llenando la atmósfera de ese suave perfume de fecundación de la tierra mojada.

— A la paz de Dios, señores.

— Es Perillo.

— Dios te guande — respondieron los corderos.

— ¿ De dónde vienes con este día ? — interrogó el padre.

— Me ha cogido el chubasco en el camino. ¿ Pero adónde va Ud., tío Frasco, si todavía no hay nada que regar ? Esto no es más que una tempestad de verano. Mucho ruido y pocas nueces. Se pasa en seguida.

— En busca de Dolores, que se ha propuesto quitarnos la vida.

Se inmutó el recién venido, y preguntó temblorosamente :

— ¿ Dónde está ?

— Se fué a la noria.

— Iré yo a buscarla.

Y antes que pudieran contestarle, salió corriendo, agachado, como si así se defendiera mejor del agua, saltando acequias y atravesando bancales para llegar más pronto.

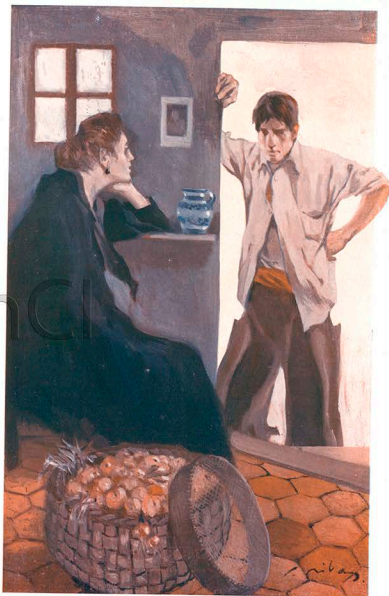
Tenía que darse prisa, pues si llovía fuerte, las boqueras se inundaban entre la noria y el cortijo, que impedirían la comunicación. El cuartillo que servía de albergue al muchacho encargado de arrear la vaca que da vueltas al mayal, no era defensa muy segura contra la tempestad.

Cuando estuvo cerca, Perillo moderó el paso. Sin duda, Dolores se había guarecido allí, y no quería asustarla.

Aquella mujer había sido el amor de toda su vida. Bien lo sabía ella, y lo sabía todo el mundo.

Allí se criaban juntos muchachos y muchachas en la más completa libertad, durante la infancia, sin que nadie se preocupase de ellos. Es, en efecto, una tierra primitiva, en donde los chicos vienen al mundo y se crian de un modo espontáneo. Los padres no se ocupan más que de darles de comer, y utilizan sus servicios lo más pronto posible, haciéndoles producir. Cada hijo trae un pan bajo el brazo, si se le sabe buscar — dicen — y no son como los hijos de los señores, que es preciso cuidarles igual que a las viñas, para que den fruto.

Y desde entonces, desde esa época de chiquillos, cuando él iba a guardar los cerdos y Dolores sacaba los corderillos al campo, la había querido. Pero ella no hizo caso nunca más que de Manuel, el hijo del tío Diego, que no sabía más que hacerle rabiar, mientras Perillo le cogía las frutas y le buscaba los nidos.



— A buscarle, Dolores, no es justo lo que haces.

Cuando fueron mayores, y vino esa separación de sexos exagerada entre los campesinos, no pudo decirle a Dolores su cariño, porque Manuel, el amigo de la infancia, le hizo confidente del suyo. El tío Diego fué un buen día á ver al tío Frasco, para decirle:

— Me parece que nuestros chicos se quieren.

Y el labrador respondió con sencillez:

— Pues vamos á casarlos.

Fué menester esperar que saliera el novio de quintas. A Perillo, desgraciado en todo, le tocó la suerte de soldado, y Manuel se quedó excelente de cupo.

Llamaron á una ranchera para que enseñase la doctrina á la chica, para ir á Nijar á casarse. Era lo único que en tales circunstancias se estudiaba allí; pero, á pesar de sus esfuerzos, Dolores no podía aprender los mandamientos ni los artículos de la fé. ¡Eran tantos! Se cansaron un día, como sucedía con todos los novios del lugar, y se escaparon juntos para abreviar los trámites del casamiento. Una vez acallado el escándalo de los primeros días, celebrada la boda y conseguido el perdón de los padres, Dolores y Manuel fueron felices. Un matrimonio, cuyos cónyuges pasaban la vida embobados el uno con el otro. Rompían, en su cariño, la tradición de brusquedad del hombre con la esposa y la reserva de ella con el marido, obligatoria en sus costumbres. Estaban siempre juntos, como dos novios, y ella hasta se arreglaba y se componía, con escándalo de las vecinas, igual que si fuera una moñeca, cuando las campesinas, después de casadas, dejan de llevar descubierta la cabeza y de pensar en adornos. Por eso vieron los vecinos como un castigo del cielo, que se llevaran á Manuel al servicio del Rey. Hasta allí, donde no llegaban los ecos del mundo, ni escadadas, ni maestros. Llegaban á pedirles la contribución, y á llevarse á los hombres para la guerra. Eso sí, se habían enterado de que había una guerra en África, entre moros y cristianos.

Dolores creyó morir de pena al separarse de su marido. Tuvieron que arrancarla á viva fuerza de sus brazos. El mozo se marchó llorando.

Si no había muerto ella, fué por el consuelo de las cartas. Venían, de tarde en tarde, aquellos papeles que le leía Capuro el gitano, herrero del lugar. Manuel le escribía siempre lleno de cariños, de recuerdos, de ansiedades. Ella le contaba todas las cosas de la aldea, las cosechas, las lluvias, las crías de los animales, las podas de los árboles. Lle-

garon las cartas primero de Nijar, luego de Almería, después de Madrid, cada vez iban tardando más. « La distancia es mayor », se decía ella, y le asustaba pensar en una distancia que no podía recorrer sola, para ir al lado de su Manuel.

En una de las cartas le contaba que se había encontrado con Perillo, y que juntos embarcaban para ir á Melilla á pelear con los moros; y en la carta siguiente le hablaba del viaje que había hecho en un barco, de Málaga á Melilla, pasando por frente de Rodalquilar, y que había visto el Cerro de los Lobos con su antigua torre, la pintoresca Punta Palacra, la playa y el valle. Hasta había distinguido su casa. Aquella fué la carta que más le hizo llorar á Dolores.

Después, cuando menos lo esperaba, una carta de luto: ¡ Manuel había muerto en el hospital, de una herida en el pecho !

Cuando pasados algunos meses se levantó de la cama, donde había luchado con la muerte, extenuada, débil, vestida de luto, no era más que una sombra de sí misma.

Su cabello, negrísimo, pegado á las sienes; descoloridos y plegados los labios en un rictus de dolor; febriles los ojos, cansados de llorar, y rodeados de ojeras azules que resaltaban del moreno mate de la tez, esclarecida por la palidez de enferma. Su cuerpo flacido desaparecía bajo sus refajos de lana negra y sus pañuelos de percal.

Sin embargo, Perillo le encontró hermosa. Para él sería siempre Dolores, la misma muchachita que como en su infancia. Era para él como un sueño su casamiento y su vivez. Sólo su dolor era la realidad, contra la cual se hacía imposible la lucha. La veía consumirse, morirse poco á poco á fuerza de acariciar un recuerdo, que, en su constante culto, se hacía cada vez más viviente, más plástico, más sensual, y él no podía salvarla.

Ella le buscaba para que le hablase de Manuel. Le pedía detalles de aquellas tierras donde él había vivido, de sus viajes, de sus costumbres... de su herida, de su muerte.

Perillo la complacía. Tenía que mentir para complacerla, ocultándole la vida que su marido había hecho en aquellos parajes, donde cambió su natural sencillo y honrado de campesino por los truhanerías de cuartel, á fin de mantenerla en la creencia de que había, permanecido fiel á su amor y á su recuerdo.

Pero aquella mentira parecía avivar el amor de la vida, haciéndola más imposible para él, y sobre todo iba ayudando á su destrucción, á su aniquilamiento.

Perillo no tenía el valor de desengañarla.

— ¿ A qué has venido ?

— A buscarte, Dolores, no es justo lo que haces. Tienes angustiados á tus padres, á tu hermana... á todos los que te quieren... á mí...

— Eres muy bueno... Manuel te quería mucho, me hablaba de ti en sus cartas.

— ¿ Y no crees, Dolores, que Manuel tendría pena también si te vieras tan triste ?

— Los muertos no ven nada.

— Te equivocas. Ven desde el otro mundo.

— Si eso fuera verdad, estaría bien contento de ver que le quiero tanto.

— No seas niña, Dolores, te estás matando con ese dolor. ¿ No ves á otras viudas que se consuelan... que se casan ?

— No han tenido un marido tan bueno como el mío... tú lo sabes... ni lo han perdido en una muerte tan desgraciada. Esas pueden olvidar, Perillo... yo no...

El joven tuvo una tentación:

— ¿ Y si Manuel hubiera sido como todos ?

— No me hables de eso. Se levantó, se asomó á la puerta, y dijo:

— Escampa la lluvia... empieza á aclarar, por aquella parte, hacia el mar. ¿ No está, por ese lado Melilla ? Vámonos, ya que has venido á buscarme.

La detuvo él, con un súbito arranque.

— No, escucha, contentáste. Si tu marido hubiera sido como los otros... ¿ podrías tú olvidar ?... ¿ querer otra vez ?... ¿ ser dichosa ?...



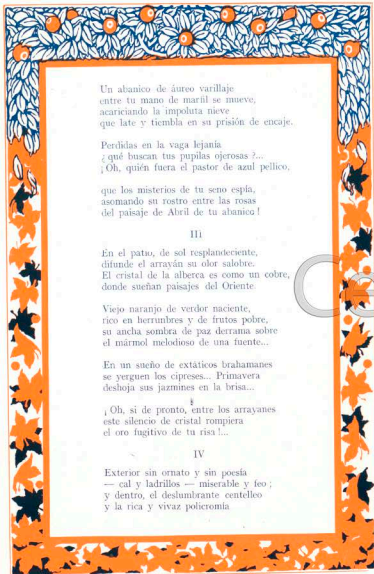
Y Perillo lloró, lloró para su dolor, confuso y aterrizado, como un verdadero asesino.

Gozaba el triste placer de verse buscado por ella, preferirle, abrirle toda su alma, para escuchar sus confesiones. El conocía que así iba poco á poco penetrando en aquel espíritu, confundiendo sus contornos con los contornos del muerto, y se sentía envuelto en aquel extraño amor común.

Aquella tarde, sin embargo, había sentido miedo. Hacía algún tiempo que Dolores estaba más triste, más sombría, más ensimismada; de seguir así, acabaría por matarse ó volverse loca. La vio allí, en aquel miserable cuartucho, lejos de todos, envuelta en la tempestad, sentada sobre un montón de paja, y sin preocuparse de las goteras que caían, desde el techo de alcañita, sobre su cabeza.

— ¡ Dolores !

Se estreñeció ella levemente.



Un abanico de áureo varillaje
entre tu mano de marfil se mueve,
acariciando la impoluta nieve
que late y tiembla en su prisión de encaje.

Perdidas en la vaga lejanía
¿ qué buscan tus pupilas ojeras?...
¡ Oh, quién fuera el pastor de azul pellico,

que los misterios de tu seno espía,
asomando su rostro entre las rosas
del paisaje de Abril de tu abanico!

III

En el patio, de sol resplandeciente,
difunde el arrayán su olor salobre,
El cristal de la alberca es como un cobre,
donde sueñan paisajes del Oriente.

Viejo naranjo de verdor naciente,
rico en herrumbres y de frutos pobre,
su ancha sombra de paz derrama sobre
el mármol melodioso de una fuente...

En un sueño de extáticos brahmanes
se yerguen los cipreses... Primavera
deshoja sus jazmines en la brisa...

¡ Oh, si de pronto, entre los arrayanes
este silencio de cristal rompiera
el oro fugitivo de tu risa!...

IV

Exterior sin ornato y sin poesía
— cal y ladrillos — miserable y feo;
y dentro, el deslumbrante centelleo
y la rica y vivaz policromía



de alcázares de oro y pedrería,
y jardines de encanto y devaneo...
¡ Todo cuanto pedir sueña el deseo
á la más desbordante fantasa!...

Sobre fragantes pieles de panteras,
las Horas danzan como bayaderas,
entre rumor de guzlas y de besos

y perfumes de nardos y rosales...
¡ Mi amor — por dentro y fuera — es como esos
misteriosos palacios orientales!...

V

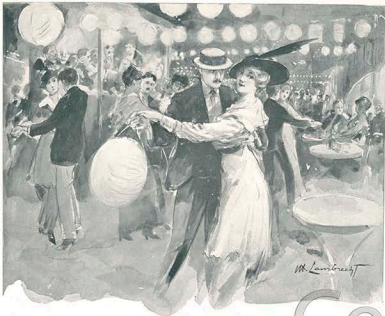
A la orilla del mar, sobre una roca,
lesnado y solitario á todo evento,
levurando su propio pensamiento
con la hambrienta nostalgia de su loca,

el Desterrado, en su actitud evoca
ese bárbaro y trágico tormento
que agita al mar, cuando, al fragor del viento,
en los peñascos sus espumas choca.

En cada gesto suyo se revela
ese dolor de ensueño disipado
que hasta al mismo consuelo desconseña...

¡ Oh, tremendo escultor, con tu divino
cincel, en blanco mármol has tallado
la negra maldición de mi destino!

Francisco Villaespeza



Una Marsellesa ⁽¹⁾

Por AMADO NERVO

Ilustraciones de LAMBRECHT



ENTONCES vivía yo en Mazatlán, en una casita de madera, en el pasaje de las Ollas Altas, con un hermano mío que, fatigado prematuramente, se fué á poco de la vida, y con dos amigos: un sinaloense y un francés.

Este francés, que á la fecha (así lo espero) será rico, había ido al bello puerto del Pacífico como empleado de una gran casa importadora, y se apellidaba Gorius.

Tendría á lo sumo en aquella época veintitres años, y padecía nostalgias de París.

(1) Leído, en francés, por la señorita Margarita Moreno, de la Comedia Francesa, en la fiesta de aniversario del Comité Franco-América, celebrada en París, el 25 de junio último.

[desde hasta entonces había vivido y trabajado] tan grandes, tan hondas, que contagiaban los espíritus de sus amigos.

El mío no, porque ya de antaño estaba enfermo de lo mismo. Yo siempre he tenido nostalgia de París.

A lo que parece, cuando nací, mi madre dijo á mis primos, que « me habían traído de París ».

Después, yo lo contaba á mis hermanos menores, que pretendían á su vez haber venido de diversas partes. A uno le habían traído de Londres, á otro de Nueva York, á otro de la Gran China. Pero, en cuanto á mí, todos sabían que me habían traído de París.

Y esto era cierto: ¡mi alma venía de Fran-

cia, no sé por cuales caminos misteriosos... á través de quien sabe cuales peregrinaciones oscuras.

Gorius y yo teníamos por tanto la misma nostalgia; sólo que la suya dimanaba de una separación reciente, y la mía de una ausencia de muchos años, quizá de muchos siglos.

¿ No he dicho por ventura en alguna parte:

« que yo mis plegarias alcé
[con el druida;
« en bosque sagrado Velleda me amó;
« fui rey, microvigiado de beta florida;
« corona de hierro mi sien rodé » ?

En esto se aproximaba el 14 de julio, y la nostalgia de Gorius iba encrespándose é invadidome toda el alma.

Se acordaba de aquellos bailes populares en las plazuelas y encrucijadas; de aquellos bailes locos en que el estío fecundo, que hace más apetitosos á las mujeres, calentaba los corazones; de aquellos bailes estruendosos que pegan á los tristes la alegría de vivir.

Se acordaba de los desfiles radiantes de Longchamps. Se acordaba del Luxemburgo en flor, de los plátanos y las acacias joyantes y satinadas; de Saint-Cloud, de Saint-Germain, de Fontainebleau, donde en el silencio de los bosques centenarios marchan las parejas enlazadas... Se acordaba de la cinta amarilla del Sena, que en estío rueda percada sobre sus ondas, por entre palacios cercados de verdura, bajo puentes monumentales y penumbrosos. Se acordaba de las Tullerías soleadas y vastas, donde ejércitos de niños juegan, al par que los simpáticos gorrieros audaces, gnomos de París.

¿ De qué no se acordaba Gorius !
Y aquel pobre muchacho francés, casi perdido en la ciudad distante, donde había por cierto una colonia alemana nutrida y poderosa, era toda la Francia, como en los versos de Cyrano, el pífanos que se plañaba en el campamento; era toda la Gascuña !



Gorius, como electrizado, se puso en pie, y yo me puse en pie también.

Tuve yo entonces, para regalar á mi amigo, una idea delicada y cordial.

La noche del 14 de julio habría, en la plaza de Machado, corazón de la vida portueña, una de esas serenatas mazatlecas que congregan á las doncellas de la ciudad, vestidas de blanco y obrosas á jazmines, á teminas y á mar: trinidad invencible de aromas.

Fuíme á ver al Director de la orquesta, amigo mío, y le rogué que, cuando el pasaje estuviese más animado, tocara la Marsellesa. El me lo prometió, y yo, á buena hora, me llevé á Gorius á la plaza, sin decirle una palabra de mi ingenio proyectado.

Hablábamos, como siempre, de París. Su nostalgia había crecido con el erépusculo.

Un poco fatigados por el calor, nos sentamos en una banca. Frente á nosotros, pasaban en bandadas muchas chicas vestidas de flotantes muselinas, moviéndose con esa cadencia suave y blanda de la costa, que parece aprendida de la onda misma, de la onda que también es mujer. ¿ No dijo el altísimo poeta que la mujer era pérdida, pérdida como la onda de su nebulosa Britania ?

Y de pronto, cuando la animación llegaba al máximo, las notas resacas, impetuosas, marciales, eternas, de la Marsellesa, rompieron el aire...

Gorius, como electrificado, se puso en pie, y yo me puse en pie también.

Se quitó el sombrero con movimiento trémulo, y yo también descubrí mi cabeza.

¿No es la Marsellesa el canto triunfal de todos los pueblos redimidos?

¡La Marsellesa, como el himno patrio, siempre debe oírse de pie!

Era inefable lo que pasaba por los húmedos ojos de mi amigo. Pasaba la *fiesta* de la raza, pasaban todas las ternuras, los amores todos. Pasaban los soldados que dominaron el mundo, y las legiones de sabios y de artistas y de poetas que lo conquistaron, definitivamente, para la inteligencia.

¡La mirada de mi amigo era toda la Francia, como el pifano de Cyrano era toda la Gascuña!

Los pasantes, en especial las mujeres, observábalas, entre conmovidos y sorprendidos.

En los rostros de los alemanes mismos, que formaban buena parte de la concurrencia masculina, había una cortés simpatía para aquel muchacho, que, erguido, altivo, con la mirada centelleante, escuchaba el himno inmortal de la Patria francesa, que es una de las grandes patrias de la humanidad.

Y yo, tan absorto como él, y satisfecho de mi inocente complot, oía cantar la Marsellesa dentro de mi corazón!

Amadeo Pires

UNA OBRA DE BENAVENTE

Para "Mundial"

DESDE el estreno de «La Malquerida», que tantas polémicas ha promovido en España y en América, la pluma del gran comediógrafo Jacinto Benavente ha permanecido inactiva. Por lo menos, en los escenarios españoles no se ha representado, que nosotros sepamos, una nueva producción benaventiana.

Pero lo aquí que el insigne autor de «Los Intereses creados», y de tantas obras que constituyen lo más florido y brillante del teatro hispano, respondiendo a los compromisos que su colaboración con *Mundial* le imponen, nos honra con la primicia y la exclusiva de un admirable boceto de comedia que ha escrito, antes de emprender el cruce que le lleva, durante este verano, por el mundo, en incansable peregrinaje hacia la quietud del alma creadora de belleza.

Por haber llegado



JACINTO BENAVENTE

cuando este número se encontraba casi completo en la imprenta, a punto de aparecer, MEMOS DE DEFERIR HASTA EL PRÓXIMO LA PUBLICACIÓN DE LA COMEDIA EN UN ACTO, «LA VERDAD», QUE EL ILUSTRE ESCRITOR DESTINA A *Mundial*.

Nuestros lectores acogieron con alegría esta noticia. Jacinto Benavente descella, por su genio, en el glorioso teatro español moderno. Nadie como él ha sabido traducir los estados del alma, las inquietudes delicadas, en una prosa espléndida, impecable. Desde «Lo Cursi» a «Los Intereses creados», hay todo un mundo de seres dolientes, que expresan con belleza no igualada sentimientos de una ternura exquisita.

Con todos los honores publicaremos pues, en el número de septiembre, esta última comedia «La Verdad», con que el maestro favorece a los lectores de *Mundial*.



Por E. GOMEZ-CARRILLO

ESTAMOS en las Barrancas de Belgrano, bajo el débil centenario. De pie, sobre un banco de piedra, el Intendente Anchorena me explica sus proyectos. La línea férrea que pasa enfrente quería suprimirla, o mejor dicho, hacerla subterránea, para llenar las arboledas de Palermo hasta el Río...

— Todo se lo debemos al Río — exclama — y, sin embargo, ni siquiera tratamos de verlo... ¿Lo ha visto V. desde que está aquí?... Hay que verlo, sin embargo... hay que verlo, aunque nos cueste algunos sacrificios.

Mientras este hombre habla, yo le contemplo, y no puedo menos de considerarle cual un símbolo. Río, joven, activo, con una sed de progreso y de reformas que no le deja dormir, diríase, realmente, que encarna el alma insaciable de esta ciudad, que después de haber llegado a trivalzar, por su belleza y por su grandeza, con las más grandes del mundo, todavía no está satisfecha y sueña en más bellezas, en más grandezas, y cada día convierte en realidad alguno de sus sueños. Hoy es un parque nuevo, mañana una nueva avenida, luego un edificio, luego una estatua, luego un metropolitano... El descanso no es de su ritmo. Y la gente, que suelta contar los millones que todo esto cuesta, exclama á veces:

— ¡Es una locura!

Pero, en vez de ponerse serio, en vez de protestar, esa gente sonríe orgullosa, y alienta al que, sin miedo y sin tacla, se ha hecho cargo de realizar lo que la ciudad desea.

— Por desgracia — exclama el Intendente, bajándose de su banco — no es posible ir tan de prisa como uno quisiera. Ahora, en el centro, las avenidas diagonales que deben servir para descongestionar el centro, y para romper la monotonía del damero colonial es lo que más nos preocupa. Pero, al mismo tiempo, hacemos algunas otras cosas... Uno de los trabajos llevados á cabo el año pasado, ha sido el jardín á la francesa en el Parque 3 de Febrero. ¿Y sabe V. cuánto tiempo pusimos en aquella obra, que tiene una extensión total de doce hectáreas? Pues cuatro meses, ni una semana más. Los extranjeros se quedan espantados, cuando ven la rapidez de nuestros trabajos públicos.

Hay en este hombre cuando habla algo de tan juvenil, de tan optimista, que en el acto se comprende el secreto de su fuerza. Hace poco, con motivo de la crisis, el Consejo Municipal empleó más de una sesión en censurar los proyectos del Intendente, relativos á una de las avenidas diagonales. Según los cálculos de algunos de los opositores, la obra ya emprendida ha de costar muchísimos millones al Municipio. Lo que el Sr. Anchorena con-

testó entonces, lo ignoto. Supongo que, como todos los que se hallan en su caso, traté de probar que sus adversarios estaban en un error. Pero, ó mucho me equivocó, ó en el fondo de su alma debió haber entonces un gran dolor y una gran extrañeza, al ver que por una cuestión de unos cuantos millones más ó menos, algunos representantes de la ciudad podían así oponerse al embellecimiento de Buenos Aires. Porque para este hombre, el dinero no es nada cuando se trata de obras grandes, de obras bellas, de obras duraderas, de obras patrióticas.

El paseo de Palermo parece ser uno de los que más cariño inspiran al Intendente. Al pasar en el automóvil que nos lleva hacia barrios lejanos, por la Avenida Alvear, me señala el sitio en que está haciendo ahora una magnífica plaza de diez hectáreas, sólo para obtener una hermosa perspectiva sobre el monumento de los españoles.

— ¿Pero cree V. que vale la pena de todo eso, el tal monumento? — le pregunto.

— Con su aire serio, sincero, curioso, fina en mi mirada clara, como si quisiera sondear el fondo de mi pensamiento. Luego, muy suave y muy decidido, murmura:

— A mí me gusta.

— ¿Qué contestar á quien así habla? Además, no es para entablar discusiones sobre la escultura para lo que he venido á dar este paseo, sino para ver algo de lo que en Buenos Aires se hace actualmente.

— Allí — exclama el Intendente, extendiendo el brazo hacia el norte — allí, frente á la Avenida de los Lagos, nos hemos reservado unas cuatro hectáreas, para hacer una «Rosaire»... ¡Ah, no sé la Malmaison, no!... Apenas unos diez ó doce mil rosales plantados clásicamente, y entre los cuales repartiré algunas obras de arte, que deben llegar pronto de Europa... ¿Conoce V. á Bourdell?...

— Es el más gran escultor después de Rodin — le contesto.

— ¡Ah! — exclama con un aire ingenuo — ¡me alegro!... De Bourdell son justamente algunas de las obras que esperamos... Los jardines, las flores, á mí me interesa eso mucho... Ahora me ocupo de los parques; del Parque Lezanne, que vamos á ver luego; del Parque Olivera, que inauguramos este mismo año; del Parque Chacabuco, donde quiero hacer una especie de Stand popular, para que todos puedan cultivar los juegos atléticos; del Parque de los Andes, que pienso reservar á los niños, haciéndolos un teatro; del Parque Patriótico, donde deseo ampliar la rivera... En seguida, tengo que reformar y embellecer también las plazas del centro: la de San Martín, la de Rodríguez Peña, la del 11 de

Septiembre, las de Maipú y Santa Fé, y otras, otras muchas... Es preciso aumentar los árboles raras, las flores, los bancos, las obras de arte... Todo eso sirve para la salud de la ciudad... Y además, los niños, en el centro, no tienen nunca bastantes plazas para jugar... ¡ Los niños!

Este hombre tan positivo y tan activo, que parece no pensar sino en mover y remover, con la formidable palanca de los millones, la tierra de la capital, tiene una debilidad. Más encantadora no podría ser: la debilidad de los niños. A cada instante, en efecto, entre los escombros que su mente sueña, aparece algo consagrado á la infancia.

«Aquí — dice señalando un espacio, aún lleno de casas viejas — aquí pienso hacer un lugar de «sport» para los chiquillos». «Aquí — exclama ante una enramada — aquí haría yo, si pudiera, un teatro infantil, uno de los muchos que sería necesario crear». «Aquí — murmura al pasar por la Plaza San Martín — aquí, una de las cosas que pienso hacer, es algo que sirva para los niños». Y así en todas partes, así á todas horas. Los niños son su perpetua preocupación. Y por eso los niños, que lo saben ó lo adivinan, gritan cuando le ven pasar por los barrios bajos:

— ¡ Viva Anchorena!

Aquí, en el lejano y magnífico Parque Lezanne, se nota este entusiasmo del buen Intendente por sus chiquillos. Viene la inmensidad de juegos de que la infancia dispone bajo los árboles, evoca el recuerdo de los jardines de Tokio, que han sido llamados por la extranjeras parañales infantiles. Fuera del lugar, en efecto, sería en vano buscar un jardín cual éste.

— ¡ Pobrecitos! — exclama el Intendente cuando le hablo de esto.

Y luego, haciéndome subir de nuevo al automóvil, agrega:

— Por los muchachos, más que por otra cosa, me empujo en construir barrios obreros como el que vió V. ya... Fíjese V. que hay familias de obreros que tienen tres y cuatro hijos, y que viven en una habitación más sana... Pero, ó poco he de poder, ó llegar á hacer una verdadera ciudad de habitaciones baratas é higiénicas... Ahora, no tenemos todavía ni ciento... Poco á poco...

El automóvil rueda por calles pavimentadas de tal modo, que París y Berlín podrían envidiarlas. Ya no estamos, empero, en los barrios elegantes. Hemos atravesado inmensos espacios, en los cuales la edificación es modesta. De vez en cuando, una enorme chimenea de fábrica nos hace ver, que nos hallamos en los arrabales obreros.

Nada de lo que en Europa indica la pobreza de las bajas clases, nos chocó aquí. Los «almacenes», aunque más pequeños que en el centro, ostentan las mismas vitruallas tentadoras. Los chiquillos que juegan en las aceras, están vestidos como los hijos de los burgueses. Sólo de tarde en tarde, un hombre sucio con el sombrero deformado y los zapatos rotos fuma su pipa en alguna esquina: es un emigrante recién llegado que, dentro de un mes, ya trazará tan bien cual los obreros criollos. Al cabo de veinte minutos, llegamos á un barrio en formación. El automóvil va dando tumbos por el arroyo, lleno de charcos.

El Intendente sonrío, y hace parar el coche.

— Venga V. — me dice apéndice — venga V... Esto es interesante.

A primera vista, confieso que nada, en el rincón desolado de la gran capital, me parece digno de una visita.

De pronto, abriendo los brazos, Anchoena exclama:

«Todo esto se lo hemos robado al Río... sí... ¿Ve V. el agua, que hace que haya impropiedades algunos puntos todavía?... Es del Plata. Como los holandeses, hemos ido conquistando metro por metro, el dominio líquido, hasta formar el barrio entero... Es un trabajo formidable...»

Más que en el panorama urbano, yo veo la magnitud de la empresa en los ojos claros del gran transformador, del gran edificador. Una llama de orgullo, que antes no he notado ni en los jardines paradisíacos, ni en las nuevas avenidas céntricas, ilumina sus pupilas.

— Esto — me dice — es un alivio para los pobres... En Buenos Aires, los alquileres son muy caros... En cualquier «conventillo», una habitación mal ventilada vale treinta pesos al mes... Por eso estamos ahora construyendo estas casetas...

Andando á pie, hemos llegado hasta un amplio terreno, en el cual se alza, como un pueblo para muñecas, un centenar de casi-

tas blancas, risueñas, floridas. Cada una de ellas tiene tres habitaciones, una cocina y un patio. Si alguna es menor que el de cualquier cuartito sólido de las casas viejas.

— Aquí también haremos jardines, plazas, avenidas... dice el mago de las infinitas transformaciones... Es preciso que la gente pobre tenga lugares agradables, lo mismo que los ricos... Ahora estoy para inaugurar el mercado... Luego nos ocuparemos de lo demás... Y luego... ¿sabe V.?... Luego, en vez de ciento, haremos mil, más de mil, miles de habitaciones obreras... Hay que defender á los pobres... Hay que darles todo, hasta lo que no piden, hasta teatro, sí, sí... También ellos tienen derecho á algo de belleza...

Cómodamente arrellanados en el automóvil nos alejamos del barrio sin concluir, y rodamos de nuevo por el suave asfalto. ¡Qué inmenso es Buenos Aires! Las estadísticas nos dicen, con la elocuencia de las cifras: «El perímetro del municipio de la ciudad es de 62 kilómetros y 1/2, lo que hace de ella una de las más grandes capitales del mundo. Es más grande que Berlín (6,326 hectáreas); que Hamburgo (7,346 hectáreas); que Viena (5,346 hectáreas); Sólo Londres, con sus 39,476 hectáreas, y Nueva York con sus 79,347 hectáreas, son superiores á ella en extensión». Pero esto mismo, cuando uno no lo sabe sino por haberlo leído, nada significa. Es preciso atravesar de norte á sur y de oriente á poniente la metrópoli, para darse cuenta de su inmensidad.

— Hay cerca de ciento veinte mil casas, para un millón setecientos mil habitantes — me dice el Intendente.

El automóvil ha entrado, al cabo de tres cuartos de hora, en el centro. He aquí el barrio delicioso de la Recoleta, el barrio alegre por excelencia, el barrio feliz en el cual, hasta el cementerio es como un jardín. A cada paso se alza, ante nuestra vista, un monumento público ó privado. El Intendente parece soñar. De pronto, sacando de la cartera una página arrancada á un libro, me pregunta:



- ¿ Es feo Buenos Aires?...
 — Para mí — le digo — es admirable.
 — Vaya V...

Y me da la hoja, en la cual leo: « ¿ Qué revela Buenos Aires? Ante todo, la presencia de un materialismo repugnante. La veneración fetichista hacia el dinero, que recompensa al culto de los valores morales e intelectuales, y una total ausencia de poesía trasluce su vida tumultuosa. Un contagioso delirio de actividades físicas impide el reposo necesario para las escapadas laciones del espíritu, determinando, con otras causas no menos importantes, la desdichada ascendente de nuestra superficialidad. La observación minuciosa de las calles, los teatros, los paseos, los periódicos, las fiestas sociales, las iglesias, la ciudad entera finalmente, en sus costumbres, en su espíritu y en su aspecto exterior, demuestra que poseemos, entre otras, las siguientes cualidades: la falta de conceptos serios sobre la vida, un rastacuerismo de opereta, etc. »

— Eso está escrito por un argentino... me dice con tono triste.

— Ya se adivina. Pero ¿ que importancia tiene ello?... En estas cuestiones de estética, se puede asegurar lo que se quiere sin temor de ser desmentido. ¿ Dónde está, en efecto, el modelo, el canon de la belleza de un pueblo?... En general, París pasa por la más bella ciudad del mundo, y Nueva York por la más horrible. Pues bien, el filósofo Alvearighi, en un libro de Guillermo Ferrero, proclama que no hay metrópoli tan hermosa como Nueva York, con sus casas desiguales, con sus rascacielos abominables de veinte pisos, con sus copias de pagodas, de catedrales góticas, de castillos medioevales y de cavernas de trogloditas... De Buenos Aires, unos dirán que es bello, y otros que no lo es. Lo que nadie, jamás, podrá pretender, es que sea una ciudad rastacuera. Yo oigo hablar mucho de la vanidad argentina, de la « parada » y del « corte » argentinos, del instituto « parvenu » de los argentinos... Pues bien: si todo eso existe, será dentro de casa. Fuera, no. ¿ Dónde están aquí las copias grotescas ó las invenciones caricaturales? Una gran armonía, y hasta puede agregarse una gran modestia, presiden en general á las edificaciones. No pudiendo inventar nuevas líneas, los arquitectos prefieren copiar las más puras y las más sencillas, en vez de perderse, como los catalanes y los bávaros, en el laberinto ridículo de las invenciones y de las reconstituciones. Hace

años, cuando estableció el municipio el famoso premio á las más bellas fachadas, yo temí que el deseo de sobresalir llevase á algunos propietarios á hacer cosas estupendas. Por fortuna no fué así. Los treinta ó cuarenta edificios que han obtenido este premio, podrían ser trasladados á París, sin que sus líneas chocaran en el conjunto armonioso de la gran capital europea. Lo feo, en Buenos Aires, no son las casas, no... Son las calles centrales, todas divididas por cuadras y manzanas...

El intendente me interrumpe, diciéndome:

— Eso es lo que yo deseo corregir, hasta donde sea posible... Las primeras avenidas diagonales construidas, rompen ya en ciertos puntos la monotonía del damero... Luego vendrán otras... vendrá la de norte á sur, que es la más importante, y que tendrá unos cinco kilómetros de largo... Sólo que... ¿ sabe V. lo que costará esta obra?... Dosiscientos millones de pesos... Para comenzar, la ley no nos autoriza á negociar sino un empréstito de treinta millones, en la inteligencia de que con esta suma se pueden iniciar los trabajos de expropiación, y dar tiempo á que los terrenos destinados á la reventa, alcancen un precio que permita continuar la labor. Este cálculo no se exagera... Antes tenemos que concluir otra diagonea, que, partiendo de la Plaza de Mayo, donde se halla el Palacio de Gobierno, vaya hasta la plaza Lavalle... Un empréstito de setenta y cinco millones de francos nos ha permitido acometer ya esta obra, que marcha rápidamente... ¿ Y sabe V. á qué precio hemos tenido que expropiar las manzanas necesarias para ella?... A mil seiscientos pesos la vara, es decir, á más de cuatro mil francos el metro cuadrado... Pero, en Buenos Aires, el dinero no nos ha de faltar nunca... Ni el entusiasmo tampoco... ¡ Ya verá V... En 1916, cuando celebremos centenario, todo estará terminado...

¡ En 1916, es decir, dentro de dos años! ¡ Y algunos de estos trabajos formidables, al lado de los cuales, el famoso final del Bulevar Haussman de París es una bagatela, y la Gran Vía de Madrid una broma, no han sido comenzados aún!... En otra parte, con otro hombre, casi tendría uno derecho á reirse de tal promesa.

Pero Buenos Aires es la ciudad de los milagros, la ciudad de las mil y una noches del progreso, y Joaquín Anchorena su encarnación viva y activa.

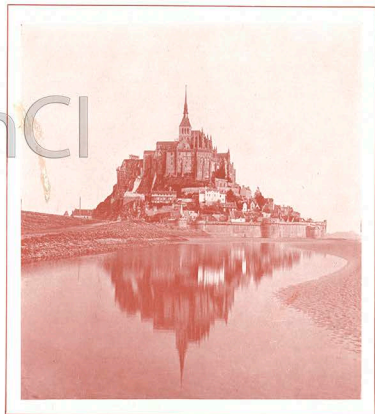
E Gomez Carrillo

GALERIA GRÁFICA

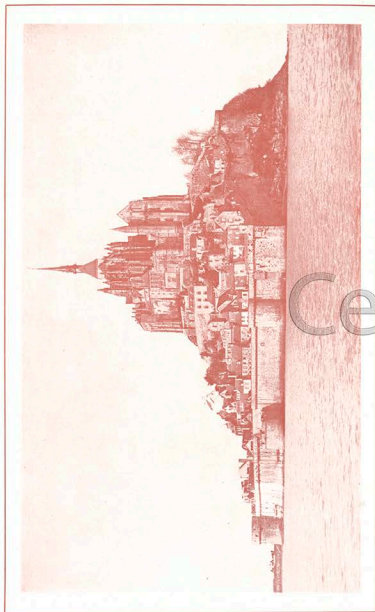
Le MUNDIAL



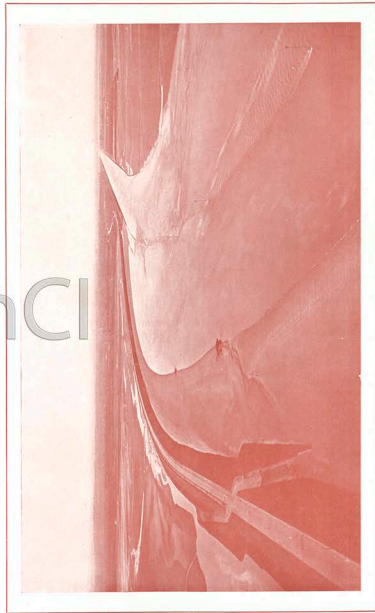
El Monte "Saint-Michel". — Estudios de olas.



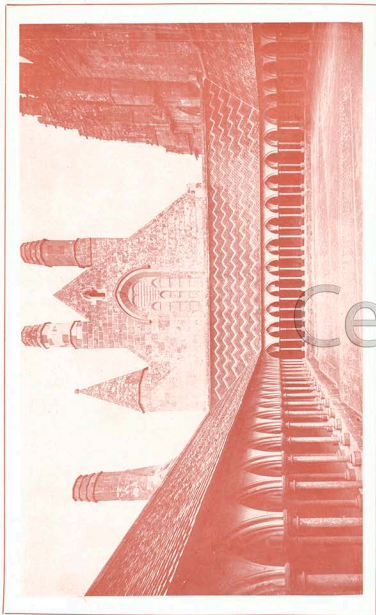
El histórico Monte de Saint-Michel, entre Bretaña y Normandía. Vista tomada á marea baja, en la que se advierte la isla unida á tierra firme.



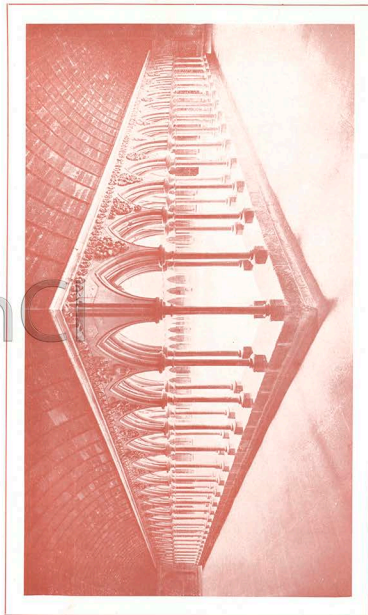
Vista del Monte Saint-Michel, del lado del este, en alta marea. A la izquierda, el dique que une el monte a la tierra.



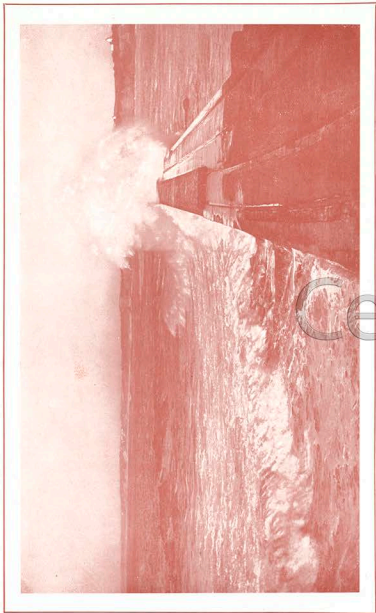
Vista general del dique, tomada desde el Monte Saint-Michel, en el momento en que sube la marea, que dentro de poco ha de cubrir toda esta gran extensión de terreno.



Los claustros de la Abadía del Monte Santo, México. Precede al siglo XIII.



Otro aspecto de los claustros de la Abadía del Monte Santo, México, en los que no se sabe apreciar sino el exceso de la regularidad de los columnas, postamente, considerándose por sus ejes, como una muestra de arte gótico.



Caprichosas terminaciones de las cascadas tras el final del dique de Saint-Michel.



Otro estudio de los caprichos de las olas. Los remolinos que hacen las marañas del dique, y retroceden para ser de nuevo, con mayor fuerza, una ola imponente.



En la playa juegan los olas, pero si un momento más se rompe el equilibrio por la acción de una ola impropia, que choca con la que normalmente en el extranjero sobre la playa, y entonces se produce lo que, de lejos, parecería una explosión de cráteres.



PARIS EMIGRA

Por B. CALDERON FONTE

Dibujos de FOURNIER

Los que se quedan.

No todos se van, hay muchos que se quedan. Sean para ellos estas primeras líneas de lo que se va a escribir, en homenaje al tradicional veraneo. La gente de las montañas baja al llano en busca de diversiones, cuando los otros suben, empapados de sudor, hacia el aire libre de las alturas. Huye de París la gente acomodada, la que pretende serlo, y vienen a la capital los ríuvelos habitantes de las provincias, á extasiarse ante sus monumentos, á reir y á gozar en sus ferias y en sus bailes, á imaginarse lo que será París en los crudos meses del invierno, cuando el frío les tenga recluidos en sus aldeas lejanas, y aquí la diversión, los placeres, estén en su apogeo... Y mientras unos se van, los otros vienen, cada cual por su necesidades ó caprichos, todos siguiendo los ritos de la tradición, que á los parisenses les empuja fuera de las fortificaciones, y á los de provincias les trae el desseo de hartarse de la gran ciudad. Ni unos ni otros se dan cuenta de la tremenda contradicción de sus actos. Quizás esté en lo cierto el filósofo, cuando dice que, en la vida, la verdad es lo que se nos antoja bello y agradable, y que sólo lo feo es falso y arbitrario. Bella es la costumbre cuando la practicamos como un rito, y falsa es la necesidad

cuando choca contra nuestros hábitos, contra la corriente general de la vida. Escuela de filosofía que á todos nos haría felices, si no nos empeñáramos en buscar la verdad por encima de nosotros mismos, quién en el cielo, quién en la tierra, fuera de toda realidad.

El veraneo es una ley impuesta por la interpretación desabogada de un precepto higiénico. Bastó que un médico hablara con énfasis del aire puro de las montañas, de la brisa acariadora y fortificante del mar, para que salieran los primeros enfermos á reponer su quebrantado organismo. Y detrás de los enfermos fueron los sanos, y en los balnearios, en la cima de las montañas, en las plazas privilegiadas, buscaron la salud los frívolos, junto á las mesas de juego, ó en la sala de baile del hotel. Es la eterna mistificación humana. Como tanto daño como el invento de la sopa de caldo. A los enfermos y á los sanos se les antoja que cuidan de la salud, respirando aire puro y tomando sopa. Cuando niños, nuestras buenas mamás nos imponen el caldo molesto, humeante; ya mayores, se nos envía á un pueblucho infecto, á respirar aire puro. Abel Hermant ha dicho en *Le Temps*, el otro día, que la tradición más venerable era la mistificación más grosera. La culpa del estado actual de cosas, en lo que se refiere á



Lleva un maletín preparado el viaje, y a última hora todo está por hacer. A escape deben juntarse las maletas, los maletines, y debe hacerse y deshacerse el equipaje cincuenta veces...

estos dos aspectos, la tienen los médicos ignorantes. Recientemente, en la convalecencia de una leve enfermedad, mi médico no me aconsejó que me fuera al campo. ¡ Es un sabio ! No dijo tampoco a mi familia que me dijeran sopa. ¡ Es un genio !

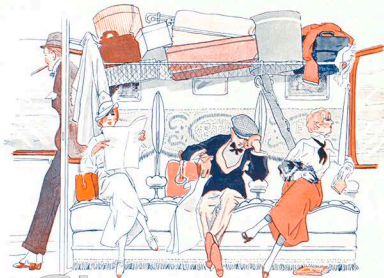
Hasta los mismos que se quedan en París se duelen de su suerte. Los empleados, como no disfruten de gran sueldo y de cierta categoría, han de resignarse á seguir viviendo en la capital. Para ellos, julio, agosto y septiembre son meses como los otros, y como en sueños recuerdan los nombres de Biarritz, Deauville, Trouville... Llegan con su imaginación hasta Chaville-La Falize, y recuerdan una tarde soleada, escalando la montaña, fuera de la vista de París, y á la bajada, junto á un pantano nauseabundo...

Los empleados, o los funcionarios de cargo superior, que no son tales empleados sino delegados patronales, se quedan en París. ¡ Qué remedio ! El sueldo no da para un viaje, ni para una estancia, que alteraría enormemente el presupuesto cotidiano. Además, una petición de permiso promovería sospechas. ¡ Imposible ! Y desisten y se callan. Lo que es peor, se resignan. Se quedan y no se indignan, viendo á amigos y vecinos llevarse sus bártulos para emprender un verano. Pienzan que, si reunen ciertas

economías, dentro de dos años podrán permiso para ir á su pueblo. ¡ Faltan tanto tiempo de allí ! Y será el primero y el último viaje del esclavo de París al terroño natal.

Las « minidettes » también se quedan. Lo que se hace con ellas es un crimen. ¿ Creéis que no saben amar la naturaleza, ir bajo los árboles, cantar como pájaros en las sendas floridas ? Viéndolas el domingo en los bosques vecinos, hasta allí donde el tren puede llevarnos en menos de una hora, se aprecia cómo les haría felices un verano, por corto que fuese, cómo lucirían en las plazas elegantes, cómo retorzarían en la montaña... Jamás las flores serían mejor aprovechadas. Viendo como asaltan en los bulevares los carretones cargados de muguete y de rosas, se comprende la inmensa injusticia de su abandono en París... Están condenadas á la eterna libertad de los domingos. Hay fiestas para ellas: concursos de natación en el Sena, globos en las Tullerías. Se extienden á lo largo de los parapetos, hasta el puente de Iry, bajo un sol de fuego, ó suben en los *bateaux* parisienses hasta Saint-Cloud...

Más de la mitad de París se queda. Hablo de los habitantes, porque el París que suena, el París del lujo, la cuna de los ensueños del mundo, ése, se va.



Acostumada en el tren, hay quien pasa el tiempo fumando un cigarrillo en el pasillo, contemplando distraídamente el paisaje. Dentro se puede leer, dormir, ó seguir desde la ventanilla las ondulaciones del terreno.

Sólo quedan obreros, empleados, *midinettes* ¡ Caridad si escribo con efusión estas líneas para ellos, cuando soy también de los que se quedan !

La regla no es general. Hay muchos que se van también á medias: Políticos que no pueden abandonarlo todo, á pesar de las vacaciones parlamentarias; comerciantes que, durante un mes, pasan ocho días en París, y el resto de verano; altos empleados que, una vez á la semana, han de venir á firmar el despacho corriente; y otros que van y vienen, cuidando alternativamente de sus ocupaciones y de sus placeres. Para muchos de ellos, estos meses de verano son un tormento. En invierno desean recuperando el método abandonado, que no les produce la fatiga de un continuo viaje. Para ellos, la mayor parte del aire que respiran, se lo mete en las narices la chimenea de las locomotoras, ó la gasolina del automóvil.

Los que se van.

Mauricio Level, en descripciones que revelan el sabor de una observación atinadísima, ha puesto á la parisién el nombre de *Mado*. Es

una mujer que cuida tanto de su casa como de la ajena, á la que los menores detalles de la vida cotidiana perturban extraordinariamente. Si es rica, *Mado* viste á la última moda... es muy feliz... pero tiene disgustos con la doncella, y hasta le priva el sueño. Si *Mado* es simplemente una burguesa, nos divierte con sus economías estrambóticas, con sus invenciones desconcertantes, y es feliz con el amor de su marido y la satisfacción de sus caprichos... pero ¡ si supierais lo que le preocupan las cosas de la criada y las cintas de un sombrero ! Rica ó modesta, es el verdadero tipo de la parisién, más hacendosa de lo que su exterior de frivolidad y coquetería aparenta. Es una esclava del momento. Tiene ideas fijas, pero muchas ideas...

Supongamos á *Mado* burguesa modesta, preparándonos para veranear. Este año, las economías permiten ciertos dispendios, casi la posibilidad de ir á todas partes. Después del *Grand Prix*, en las tribunas de Longchamps, han sonado las campanas del verano. Nadie que se precie de digno, nadie que quiera alternar, debe permanecer en París un momento más. El mes de julio indica la desbandada general de París.

¿ Hacia dónde ? ¡ Tremendo problema !

Cierto, hay que salir de París el mes de julio. Pero la verdadera, la auténtica temporada de verano, no comienza hasta agosto. ¡ Es la *season* ! Julio es un punto intermedio. La alta moda señala un relajamiento, la excursión a Suiza, la vida de castillo... Pero, en el caso de *Mado*, se plantea un problema grave. ¿ A dónde ir ? Imposible Suiza, porque nose va a gastar en un mes lo que se necesita para el resto del verano. No posee un castillo, como en París todos los inscritos de la Legión de Honor — ¡ un par de legiones ! — « *How...* ». ¿ Qué hacer ? ¿ A dónde ir ? Las playas de moda no funcionan en julio; en los balnearios sólo hay enfermos; á los campos no debe de irse... ¡ Angustioso problema ! El mes de julio está dentro y fuera del verano. Por lo menos, exige una salida inmediata de París.

Mado reflexiona, *Mado* estará triste, ya no le interesan las cosas de Melania, cada vez más insolente y respondona... A las siete de la mañana está despierta, sentada en la cama. Su marido finge dormir. Ella le interpele, y está la primera disputa del día.

Por fin, se decide el sacrificio. Se irá á Italia, no lejos de la frontera, á pasar perenne el mes de julio. A primeros de agosto, entrada triunfal en Desauville, y luego el recorrido tradicional. *Mado*, orgullosa, satisfecha, no piensa que Melania le está sisnando en la casa abandonada, simulando cuentas de gas y electricidad. Si en algún momento piensa en ella, le dice de pronto á su marido: — En cuanto lleguemos á París, despacharé á Melania... ¡ Ah ! que no se te olvide, tengo que ver en casa de Fulano aquellas cintas anaranjadas. ¡ Qué trabajo me espera en París ! Tú no me lo recordaras. ¡ Si me lo apuntara en una libreta !

Son felices, porque han salido de París.

No importan los expedientes á que se tenga que recurrir. El perro, el gato, la niña con las cajas de estorbos y con los paraguas y sombrillas, la bicicleta para los paseos del marido, el torro chillando y pateando en brazos de la niñera, la caravana del verano, « á tout prix », saliendo de París á escape. ¿ A dónde van ? No importa. A morir de calor, bajo las torturas inquisitoriales de las moscas, mosquitos y chinches, con agua infecta, sin otra perspectiva que la triste de la alameda del cementerio. Vuelven ennegrecidos por el sol, con el estómago deshecho por los inmundos manjares que debieron tomar, sin haber probado frutas, porque todas se destinan á París. Pero veranean.

No se sufre únicamente en el lugar ó lugares elegidos, para aprovechar las tres meses de emigración. Los preparativos marcan. *Mado*, la buena, la excelente *Mado*, lleva un mes preparando el viaje, y á última hora todo está por hacer. A escape deben llenarse las maletas y los maletines; debe hacerse y deshacerse el equipaje cincuenta veces, porque cuando no es un capricho de la señorita, es una torpeza de Melania, ó un error de Jacinto. El día de la salida han desaparecido los efectos de « toilette », hay que secarse la cara con papel de seda, y hacerse la raya con los dedos. *Mado* no se acuerda ya en donde puso los objetos indispensables. La casa está revuelta, la gente aloxada...

No faltan familias del « Tout Paris », que á primeros de julio, también se marchan de veraneo. Por lo menos, así lo dicen los

periódicos, y así lo indican las persianas corridas, el silencio de la casa que parece desierta. Sin embargo, no se moverán de París. Al teléfono acude siempre el criado, y habla de « villegatura » á los interpellantes. Viven éstos tres meses en la tumba de sus domicilios. La correspondencia se



Bien ceñida la cazadora, relucientes los zapatos, una provisión de periódicos en la mano derecha enguantada, y el último cigarrillo de París... El paseo por el andén es la apoteosis del hijo acomodado de la gran ciudad. Entre sonrisas, saludos y apretones de manos, se pasa la mitad del tiempo.

remite á un balneario, en donde un buen amigo pone los sellos. A mediados de septiembre se levantan las persianas, ya no se habla en voz baja, se reanudan las visitas, y todo son episodios del dichoso veraneo. Han realizado una excursión nueva, un veraneo imprevisto, una delicia de viaje. *Mado* ha sufrido el más cruel y terrible desengaño de su vida. *Mado* está amargada para siempre.

Los últimos momentos de París.

Bien ceñida la cazadora, relucientes los zapatos, una provisión de periódicos en la mano derecha enguantada, y el último cigarrillo de París... El paseo por el andén es la apoteosis del hijo acomodado de la gran ciudad. Entre sonrisas, saludos y apretones de mano, se pasa la mitad del tiempo. El humo del cigarrillo está cargado de desdén, para los parisienes que se quedan. El se va, como la gente viene se apesca, como la gente sale, se va al castillo de sus mayores, ó al que acaba de comprar su padre á un noble arruinado. Allí, junto al bosque, le esperan habitaciones suntuosas, un verdadero palacio, salones como en la capital, sociedad como en el club, discreto y flirt á la luz de la luna, jardines de recreo para los ojos y de recreo para el « sport », lugares próximos y lejanos, para devorarse en excursiones de automóvil... y luego, de un golpe, la aparición en las playas de moda, la lluvia de lúises y de billetes azules y amarillos sobre el tapete verde, el baño aristocrático, la canoa, concursos, exposiciones, representaciones teatrales, los últimos éxitos de París, por los artistas á la moda... Hay escenarios pequeños, en los que actúan las *divas* de los grandes escenarios de la capital.

Estos no abandonan París. Se lo llevan con su lujo, con sus distracciones, con lo

mejor que tiene, con el encanto de las sacerdotisas de la moda.

La mujercita adorable, que lleva en brazos al perro, personificador de la « *beauté de la laideur* », consulta el reloj. Aún no es la hora de la salida del tren. ¿ En qué piensa ? Suponed lo más imprevisto, lo más arbitrario, suponed, aunque sea una paradoja, lo que no se os pueda ocurrir nunca al verla, y acertaréis. ¡ Piensa en eso !

Si en París, como el año pasado, como el próximo, se van á donde fueren siempre, á donde seguirán yendo, se van con un programa fijo y determinado, se van pensando en eso, en que se van.

Es un orgullo inexplicable, que no molesta ni hiera á los que no quedamos, porque es un orgullo inconsciente.

Van á Paris-sur-Mer.

Las torturas del veraneo.

Mado, casera, muy doméstica y algo entrada en años, tuvo una idea salvadora: — Verás, René, nos íbamos cerca, á Trou-sur-le-Pont. La viuda de Dupont me ha escrito, que podemos disponer de dos habitaciones. Es casi en el campo, por lo menos, en los arrabales de la población. Hay visitas, porque ya sabes que la viuda de Dupont tiene un establecimiento estanco-satchicheria, y efectos para la pesca. Nos cobrará una miseria... 422 Francos 35 céntimos mensuales, y sólo tendremos que pagar la luz el agua, el alquiler de los muebles, y algún regalo para sus hijas.

René insinúa una leve protesta. *Mado* rompe á llorar. Luego se serena, y en la habitación continua tararea la canción « Sur la Riviera »:

*Chaque femme a vécu là-haut
d'être belle et toujours adorée.*

¿ Quién no se declara vencido ? *Mado* ha



La mujercita adorable, llevada en brazos al perro, personificador de la « *beauté de la laideur* », consulta el reloj. Aún no es la hora de la salida del tren. ¿ En qué piensa ? Suponed lo más imprevisto, lo más arbitrario, suponed, aunque sea una paradoja, lo que no se os pueda ocurrir nunca al verla, y acertaréis. ¡ Piensa en eso !

último de los últimos detalles. Sólo falta arreglar el equipaje, y despedirse de la familia. ¡ Ah! y algunas compras. Total, que el taxi-auto que ha de conducirles a Trou-sur-le-Pont, lleva ya marcados 2 francos 25 céntimos en espera ante la puerta, cuando la portera empieza a descargar el equipaje. Después de mil angustias, el matrimonio se instala en el vehículo, y ya fuera de las fortificaciones, la alegría de *Mado* se convierte en terror. El movimiento del coche hace saltar a las sombrereras, amenaza con tirar al suelo la enorme maleta, que el « chauffeur » apenas sostiene. De pie en el auto, que avanza entre nubes de polvo, tratan de contener la catástrofe.

¡ Que Trou-sur-le-Pont sea sca leve! ¡ Que en la serenidad de sus campos, sólo perturbada por el incesante mosconeo de los mosquitos, bajo las caricias de un sol, del que no bastan á preservar once arbolillos raquíticos, sujetos á las mil inclemencias de un país inhospitalario y rapaz, encuentren el sosiego que les compense de las fatigas de París.

De todo corazón se lo deseamos.

Los grandes viajes.

Mado, rica y elegante, al subir al automóvil, dicta las últimas disposiciones á los porteros de su hotel. *Mado* no piensa, que difícilmente podrá encontrar en sus correrías mejor hospedaje que el que en su casa de París disfruta. Comodidades como las que tiene, no las hallará en ninguna parte: un hotel moderno que conoce todos los confortos, un jardín de maravillosos árboles y de flores cuidadas y bellas. El jardín queda desierto en verano, porque se van los dueños... y en invierno, porque el frío siempre, y á veces la nieve, no permiten los paseos. Se admiran las flores á través de los cristales empañados del balcón, ó se decapitan para ofrecerles en el interior, en artísticos jarrones. Se sustituye la atmósfera perfumada del hotel por el polvo de las carreteras. ¿ Es un placer, ó una tiranía? En su libro de memorias, el *ralet de chambre* ha escrito lo que una indiscreción nos permite copiar:

« La casa está trastornada como cada año. El señor sale diariamente, muy temprano, para probar automóviles, para adquirir itinerarios. Cuando regresa, en su despacho, los consulta, los corta, los pega en grandes cartones. Ha alfombrado el suelo con hojas de papel, llenas de rayas. No descuida un momento el teléfono. Por la noche, después de la cena, cae rendido, mientras la señorita, implacable, va

recitando sus preocupaciones. Las del señor no le preocupan mucho. Ya se las arreglará. Ella tiene bastantes. La modista la vuelve loca, la costera la aterra, la sombrerera la desespera... Por cincuenta veces me ha repetido, como no olvidé de recordar al jardinero de que cuide especialmente los rosales. Me repite esto, cuando no tiene nada que decir. Está opresora, pidiéndola... ¡ pobre señorita! ¡ Cada verano le cuesta algunos kilos! Hace tres noches que no duerme. Cuando me manda que me retire, aún se queda arreglando y desatregando cosas. Alicia está reventada. Ya no me dirige la palabra. Bien es verdad, que luego tendremos tiempo de ser portera para hablar. Por fin, se ha dispuesto la marcha para hoy. Es indescribible lo que hemos sufrido. La señora ha cambiado el disco de los rosales, por el de un maletín que ha perdido... « ¡ El maletín! ¡ el maletín! », me dice, cada vez que me cruzo. Estoy harto de responder: « ¡ Señora, sí señora. ¡ El almuerzo — cómo hablar del almuerzo! — resultó un verdadero lío. Los señores apenas trocharon bocado. A las seis de la tarde, pudimos respirar. Acomodamos el resto del equipaje en el automóvil, y mientras el señor se calzaba los guantes, la señora, dirigiéndose á Alicia, le hizo las últimas recomendaciones. Luego, me miró... ¿ El maletín? No, no se acordó. Ya en marcha el coche, volvió la cabeza, se había acordado. Me hizo una seña. Asentí con la cabeza, indicando que comprendía. Yo no les guato rencor porque se van de verano. Al fin y al cabo, yéndose ellos, nos permiten veranos á nosotros. En la quietud, en la paz y en las comodidades del hotel viviremos, hasta que los señores tengan la mala idea de volver. Tan felices como somos... Pero no siempre, porque, á ratos, nos asalta la idea de lo que deben sufrir nuestros señores veraneando por ahí, y de todo corazón los compadecemos. »

Bien ajena está *Mado*, cuando el coche arranca, á las reflexiones del fiel Narciso. Allí va todavía con las preocupaciones de los preparativos... ¡ Si vierais como recuerda todo lo que se ha olvidado! ¡ Ahora que es inútil pensar en ello! Olvidó de indicar á Emilio d'Angry, que en el castillo sólo estarían ocho días; olvidó de encargarse cierta cantidad de seda lisa para componer pantalones en los días de lluvia; olvidó de escribir al periódico para que se lo enviaran; olvidó de escoger una sombrerera azul... ¡ un tas de chases, non cher! Algunas podrán remediarse, gracias al correo, otras quedarán sin remedio.

Poco á poco, á las viejas ideas van sustituyéndose las nuevas. El esposo de *Mado* la mira preocupado. Como calla, debe estar

pensando en algo grave. En efecto, frunce las cejas, se agita nerviosamente en el asiento. No se atreve á interrogarla. Ella rompe el silencio, preguntando: « ¿ Tú crees que el año próximo se seguirá llevando la caja? » El contesta, distraídamente: « Quizás sí, quizás no... » Ella sigue con su idea: « No, no se llevará. Ha sido una boga demasiado rápida. La prueba es que ya no existen los modelos de principios de la temporada. Además; ¿ quieres que te lo diga? No me gustan. »

Hay una etapa del viaje en silencio, ó salpicada de un diálogo trivial. *Mado* mira los campos á través del polvo. De improviso, vuelve á la carga: « ¿ Tú crees, que habrá capas en Deauville? ¡ Hum! Mañana escribiré para que me envíen las dos últimas que compré ». « Eres adorable » le responde el marido, é insinúa una caricia. *Mado* le rechaza, entre indignada y sonriente: « No se te puede hablar de cosas serias », le dice.

En marcha.

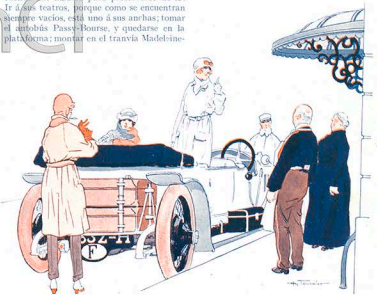
Cuando en París aprieta el calor, hay cinco minutos para preservarse de él: Ir á sus teatros, porque como se encuentran siempre vacíos, está uno á sus anchas; tomar el autobús Passy-Bourse, y quedarse en la plataforma; montar en el tranvía Madeleine-

Auteuil, para filosofar largo rato, desde el imperial, sobre los *irons* de París; un paseo por las aguas cenagosas del Sena; una visita á un taller de pintor... ó en definitiva, dormir durante el día y vivir plenamente, libremente, por la noche, en cualquier sitio, porque en todos abunda la frescura.

Si alguien os dice que París está desierto, no lo creáis. ¿ Que está lleno de extranjeros? Pero ¿ se quiere decirnos dónde acaba un extranjero y empieza un parisién? En las aguas del Sena quedamos bautizados todos, y no nos diferenciamos en absoluto, ni de Mr. Dupont ni de Mr. Durand.

No obstante, como la moda exige el *départ*, hay que inclinarse, y sigamos observando á los que se van, que tiempo nos queda para dedicarnos á los otros, nuestro propio reflejo y semejanza.

Acomodados en el tren, hay quien pasa el tiempo fumando un cigarrillo en el pasillo, contemplando, distraídamente, el paisaje. Dentro, se puede leer, dormir, ó seguir desde la ventanilla las ondulaciones del terreno. Ya en el vagón desaparecen las inquietudes que prolongaron la salida. ¡ Adiéós,



« *Mado*, rica y elegante, al subir al automóvil, dicta las últimas disposiciones á los porteros de su hotel... El jardín queda desierto en verano, porque se van los dueños... y en invierno, porque el frío siempre, y á veces la nieve, no permiten los paseos. »

París! Un nuevo sol rejuvenecerá los semblantes; nos imaginaremos ver caras nuevas; la brisa marina nos devolverá el apetito que habíamos perdido en los bulevares, absorbidos por la fiebre intensa de aquella vida adorable: el aire de la montaña nos dará nuevas energías, que guardaremos avaramente en el depósito de nuestros corazones, para derrocharlas al regreso, en París, en un momento de locura... Estos viajeros verán pronto el mar. A la monotonía del Sena y del Marne, sucederá la extensión ilimitada del mar azul.

Piensa el *snoob* en los golpes que lleva preparados para cimentar una nueva fama. En el pasillo de su vagón, se imagina el rey de *l'Epataut*. Ya vemos, á la vuelta, cómo, dónde, y á quien ha *epataut*. Quizás no consiga *epataut* á él mismo. Tal vez traiga una reputación para todo el invierno. Es cuestión de suerte y de habilidad.

En cambio, el que dormita, piensa en algo más serio. En lo que le cuesta el verano; á lo que se expone; en lo que hará para quitarse de encima la pesadumbre de estos remordimientos; en el mal gusto que tuvo su mujer, primero para casarse con él, luego para comprar un perrito tan feo... La mujer adivina las preocupaciones del marido, pero no quiere darse por aludida... Prefiere pensar en las satisfacciones que le esperan.

La cuñadita lee una revista de modas. Hay un intento de diálogo: «Estará contenta ¿eh?». Ella vuelve la cabeza, desleñosa, y recae en su sueño veraniego. La cuñadita discute

un sombrero, pero como nadie le contradice, ramuda la lectura. El *snoob*, sin quitarse la boquilla de la boca, va repitiendo: «¡Epataut! ¡ Epataut! ¡ Epataut! »

Y así se lleva el tren á los dichosos, á los acomodados, á los indiferentes, á los que no se sienten atraídos por París en los meses del verano oficial, aunque algunos días de julio y agosto, por su erudeza, no se distinguen del invierno.

Todo eso ¿ para qué? Para seguir viviendo pendientes de París. Este año, las vacaciones han coincidido con la celebración de la vista de un proceso célebre y con acontecimientos políticos, quizás con una guerra europea... ¿ Es posible que se desinteresen completamente de lo que en París les agita, hasta volverles locos? Probablemente, no, y en las tardes pesadas, indolentes, abandonarán cada cinco minutos las mesas de juego, para enterarse de las noticias de París que comunican las agencias. Luego, los periódicos con retraso, la fiebre de la capital, que se sacude y se commueve sin ellos... Ya no podrán decir, como otros años, echando el papel impreso á un lado: No pasa nada, nada...

Y esto era un encanto del verano, que la vida se paralizará en la ciudad, cuando la abandonaran.

N. Calderón Forté



Fotos T. de...

El Museo del Crimen

Por DIEGO SEVILLA



EN una calle del viejo barrio latino, la iniciativa particular ha establecido un pequeño museo, que está llamado á adquirir con el tiempo grandes proporciones, porque á medida que vaya conociéndose se irá enriqueciendo con nuevas donaciones... Es el museo del arte de engañar, de robar, ó de matar. Es el museo de los trofeos sangrientos abandonados por el ejército del crimen, en sus correrías por calles y ciudades. Si la entrada fuera pública, que no lo es, por fortuna, seguramente concurrirían á este museo los aprendices y los profesionales del delito, los unos para iniciarse en la práctica de la carrera á que les impulsa su instinto, los otros para perfeccionarse. Realmente, en pocos sitios, ni en el presidio, ni en la cárcel, ni en

los tabernuchos y tugurios donde se reunen los viejos profesores y los discípulos ansiosos de conocimientos, podrían encontrarse mayores elementos de cultura de la hampa.

Pero les está vealado el museo. Basta con decir, que lo ha fundado y lo dirige un comisario de policía parisién muy experimentado, para que se vea que no es posible franquear la puerta sin las debidas garantías.

Lo que pierden con esto! Es la ciencia del crimen hecha instrumentos, abreviada, reducida, puesta al alcance, con sencillez, de todas las inteligencias.

Nuestra condición de periodistas nos abrió las puertas del trágico museo. Se halla establecido éste en la antigua y pequeña calle del Pont de Lodi... No bien habéis salido del Puente Nuevo, al enfilar la calle Dauphine,

SOCIÉTÉ DE CRIMINOLOGIE
ET DE
DÉFENSE SOCIALE
—
5, RUE DU PONT DE LODI

*Le Musée Criminnel réalise
le vœu que se font les juristes
judiciaires ont tant de fois exprimé :
celui de trouver méthodiquement réunis
pour l'étude des questions théoriques et
pratiques, tout ce qui a caractérisé
d'un côté, l'origine et le développement
d'un crime et de l'autre, l'aspect
de l'homme qui se voit venir à la
disposée de la société.*

G. Pichard

*Commissaire Délégué honoraire
à la Ville de Paris*

(Sociedad de Criminología y de Defensa Social, 5, rue du Pont de Lodi). — El Museo Criminal realiza la aspiración, tantas veces formulada por altos personalidades judiciales, de encontrar metódicamente reunidos, para el estudio de las cuestiones teóricas y prácticas, todo lo que caracteriza, de una parte, la tipología del pavoroso ejercicio del crimen, y de la otra, la actividad de los hombres que se han consagrado a la defensa de la sociedad.

PICHARD, Comisario Dелегуado honorario de la ciudad de París.

Anteigrafo ofrecido á "Mundial" por el fundador del Museo.

dobláis á la izquierda, y entre el silencio venerable de aquella barrada, petrificada por tantos y tan gloriosos recuerdos históricos, encontraréis en unas grandes habitaciones del número 5, frente al jardín de un colegio, frente á unas casas altas que parecen las murallas del Sena, defendiendo de la ciudad moderna el recinto de los filósofos y de los convencionales, el museo, las vitrinas, los grandes cuadros con manchas rojas y negras, todo el armamento de los legionarios del crimen.

Oficialmente, este museo es obra de la Sociedad de Criminología y de Defensa Social.

Particularmente, todo se debe al interés, al entusiasmo de Mr. Pichard, comisario de policía honorario, que hasta muy recientemente desempeñó la jefatura de policía del distrito de la Opera, por espacio de diez y ocho años, y que en el curso de su laboriosa carrera reunió por amor á su oficio, por su propio gusto, la mayor parte de las colecciones que figuran en el museo. Pero antes de aquí, digamos lo que es la Sociedad de Criminología y de Defensa Social. Un día, hombres de ciencia, escritores y magistrados se reunieron, declarando:

« El doloroso problema de la criminalidad se impone, más que nunca, á la atención de los sociólogos, médicos, profesores y literatos, y sobre todo á la de aquellos que, por cualquier motivo, influyen

en la autoridad pública. En los círculos científicos comienza á tenerse en cuenta, que la cuestión criminal no es una cuestión del exclusivo dominio judicial, y se han formado ya importantes agrupaciones para encontrar, en el estudio de las causas de la criminalidad y en el conocimiento del alma criminal, los medios propios á atender, ya que no curar, las lagas sociales átemar ya inquietante desarrollo observamos.

« La criminología interesa á todas las in-

telectualidades: extrae su enseñanza de las ciencias más opuestas, las une con un lazo de solidaridad tal, que resulta difícil estudiar uno solo de los fenómenos descritos por una de ellas, sin haber adquirido previamente el conocimiento de gran parte de las otras. He aquí la necesidad de crear un centro perma-

nente de investigación, donde los esfuerzos parciales converjan en un punto especial de estudio, para producir toda la luz que motiva la sintesis.

Esta circular fué muy bien acogida, y así se fundó la Sociedad de Criminología y de Defensa Social. Cuenta con unos 200 socios. Algunas veces por semana, médicos, abogados y magistrados acuden á sus conferencias, en que les son revelados detalles inéditos del crimen. La nueva asociación tiene á su frente á Mr. Merillon, abogado general en la Corte de Casación, al prefecto de policía Mr.

Hemion, al escriptor y dramaturgo Brieux, de la Academia Francesa, y á muchos senadores, diputados y concejales, contando también con correspondales en el extranjero.

Este es el museo oficial. Introduzcámonos por la puerta que, benevolamente, ha franqueado á *Mundial* Mr. Pichard, el alma de la institución.

Al conocer nuestros deseos se prestó con toda amabilidad á satisfacerlos, pero nos hizo la siguiente advertencia:

— Conste que este museo no es público,

que aquí no puede venir el que quiere, y que no todo es lícito que lo divulgue la fotografía...

En efecto, no bien hubo tomado el fotógrafo una vista de conjunto del museo, muestra indiscreción periodística nos llevó decididamente hacia un cuadro...

— No es posible...

— Pero, Mr. Pichard...

— Repito que no es posible. Se trata de un documento que pertenece á mis deberes de comisario de policía, y no lo guardo como trofeo, sino como recuerdo. Además, no es de un criminal á quien todo el mundo considere así...

— Je regrette...

Cierto, lamentamos no poder reproducir, con su escritura fina y esmerada, el testamento

que hizo en la cárcel, antes de morir en la guillotina, el anarquista Augusto Vaillant, el autor del atentado de la Cámara de los

Diputados, el de la fuga trágica que requirió toda la pluma descriptiva del gran Zola, para ser descrita como la más angustiosa caza del hombre.

Aparte este pequeño incidente, que da medida de los justos escrúpulos profesionales de Mr. Pichard, el culto fundador del Museo nos hizo los honores del mismo.

Imposible enumerar los objetos que figuran en las vitrinas.

Los hay de todas clases, extraordinarios, desconcertantes, en fin, todo un



Mr. PICHARD

Fundador y conservador del Museo de Criminología.

arsenal del perfecto embaucador, ladrón y asesino.

En la vitrina de los bastones encontramos el bastón de golpear, el de herir en el vientre, el de traspasar, el bastón de clavos, de puntas, de alas, de navajas, el que sirve para robar objetos, y cien modelos del clásico bastón de estoque.

Hay otra vitrina dedicada especialmente a las llaves falsas. No hay puerta en el mundo que pueda resistir...

Vienen luego los puñales históricos y raros, facsimiles del arma que hirió de muerte a Sadi Carnot, en Lyon, un cuchillito que se le clavó en la cabeza al hijo del famoso clown « Chocolat », y armas que causaron muertes vulgares, con rastros de sangre en las hojas ennegrecidas por el tiempo...

Hay escalerillas de cuerda, con una disposición de sacos de tela que permite franquear los muros, aunque estén poblados de erizos... un saco minúsculo que despidió un olor especial, que tumba al suelo a los perros de presa más feroces.

Curiosos vestidos de ladrones, chalcos, chaquetas, cinturones de salvamento.

He aquí cañas de pescar simuladas, que sirven para llevarse la ropa puesta a tender en los jardines, y luego pequeños aparatos, con los cuales se lleva uno todo lo que quiere del béisbol ajeno.

Llegamos a los retratos de criminales famosos, Troppman y Ravachol, con curiosos dibujos de la época, y autógrafos suyos.

No faltan las fotografías de los más célebres y curiosos tatuajes. He aquí las suelas falsas de los ladrones, el micrófono de caja de caudales, que recoge el ruido más imperceptible del mecanismo de las alcantaras cuando se abre, cuando se prueban llaves sin conocer las letras.

En la cuestión de juegos, Mr. Péchard nos mostró los infinitos engaños de que son víctimas los pobres jugadores cegados por este vicio, las cartas del « camelot », las mesas de

Pontis, y que al mismo tiempo de estar al frente de su regimiento dirigía una banda de malhechores, a la que indicaba los « bons coups à faire ». Es decir, una historia verídica, que deja en mantillas a los Sherlock Holmes y Rafles de nuestros tiempos.

En una vitrina encontramos una muestra de ingenio en un preso, una gorra de ordenanza de hoja de lata. Fué fabricada con platos del rancho por un malhechor, que después, provisto de un uniforme y gracias a la gorra, logró evadirse como si fuera un ordenanza en comisión del servicio.

No faltan las fotografías de los más célebres y curiosos tatuajes. He aquí las suelas falsas de los ladrones, el micrófono de caja de caudales, que recoge el ruido más imperceptible del mecanismo de las alcantaras cuando se abre, cuando se prueban llaves sin conocer las letras.

En la cuestión de juegos, Mr. Péchard nos mostró los infinitos engaños de que son víctimas los pobres jugadores cegados por este vicio, las cartas del « camelot », las mesas de



Arriba: una ingeniosa muestra, con la cual se roba el contrabando del alcohol.

Abajo: Útiles para la fractura de cajas de caudales.

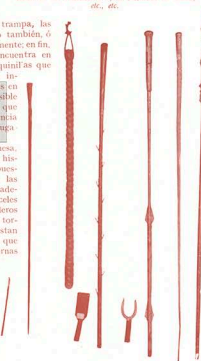


Los rompe-cabezas, que los mismos sirven a los ladrones para acoger a la gente que sorprenden, que para detenerse de la policía, en las manifestaciones públicas. He aquí el cinturón con nudos marineros, el cinturón de cuero de la « midnette », la salchicha de arena, etc., etc.

« bocaca » con trampa, las ruletas de engaño también, ó movidas eléctricamente; en fin, todo lo que se encuentra en las ferias, las maquinillas que despluman a los incautos las botellas en las que no es posible acertar nunca, y que devoran la paciencia y el dinero del jugador...

Sobre una mesa, como documento histórico, vemos expuestas las esposas, las empulgteras, las cadenas de las cárceles antiguas, verdaderos instrumentos de tortura, que contrastan con el sistema que rige en las modernas prisiones.

En una pequeña urna vemos un objeto repulsivo, que parece una uña ennegrecida en un trozo de carne... Mr. Péchard nos dice, que es el llamado « dedo de los gitanos » de los glorias, un talismán que sólo es concebible a



Muestras de bastones peligrosos; el de golpear, el de herir en el vientre, el de clavos, el de puntas, el de navajas, todos con un resorte que ocasiona estas terribles lesiones. No falta la pequeña pala embroada que se introduce a un polo, y sirve para robar objetos en los bucares, y el cuerno, también para el mismo objeto.

lo largo de la carreta, ó en el andar imprevisto, respirando suciedad y miseria. Es un dedo de hombre muerto, desenterrado en ciertas condiciones, en determinada época de la luna, y que permite, cuando se lleva encima, en una expedición, robar impunemente en casas y castillos...; Se come amuleto más repugnante?

Moldes de moneda falsa; los cascabales de la motocieta del famoso Bonnot, cuya captura y muerte ejerció un verdadero ejército al mando del ex-prefecto Lepine; el martillo y el cuchillo del asesino Campi; labores extraordinarias de los presidiarios; la manilla de caballo destinada a simular los mordiscos de este animal; un aparato para extraer el dinero de los cepillos de ánimas de las iglesias y de los edificios públicos; los brazaletes de cuero erizados de



Un grupo de recuerdos del famoso criminal Troppmann, que causó seis víctimas en París. En el centro, la firma y dibujos del propio Troppmann.

clavos de Liabeuf, que mató a dos agentes de policía, hirió a otros, y murió recientemente en la guillotina; y el saquito que sirve para robar perros.

Sobre otra mesa, el crimen se nos muestra en lo que tiene de enfermedad y de locura: la cintura de castidad de la Edad Media; instrumentos de tortura de cárceles y conventos; cadenas y argollas, cuya sola vista asusta; la carta explosiva; la bomba-estuche; el brazo artificial de un supuesto manco; un molde de la mano de Troppmann; y el kepis del militar asesino Anastay.

Imposible ir siguiendo en detalle la enumeración de los objetos contenidos en este museo. No faltan ni los cordeles ni las cerillas de que algunos niños se sirven, para prender fuego en las casas de campo... Todo lo que es delito y crimen, está ahí representado por un objeto.

De muchos de ellos, de casi todos, no hemos querido sacar fotografía, porque nos es bueno revelar, lo que sólo los visitantes oficiales y reconocidos del museo deben conocer en detalle.

El fundador de esta institución había reunido la mayor parte de los objetos que se exponen durante el ejercicio de su carrera, y al terminar ésta, es cuando tuvo la idea del museo, procurando que no fuera ni público ni privado. Lo ha conseguido, invitando únicamente a magistrados, abogados, médicos, intelectuales, en suma, que se interesen en la curación de esta plaga que asola a la humanidad.

Dió fin nuestra entrevista, con un

Bajo las faldas de la elegante visitante de un bazar, puede encontrarse esta liga con broches, en los cuales se prendió lo que con los dedos se cogió del suelo, y se trasladó tranquilamente a la liga; Es tan fácil hacer caer en el suelo un objeto?

pequeño estudio sobre un tipo de ladrona de bazar, poco conocido. Mr. Pechard, utilizando los datos que recogió en su profesión, ha ideado una pierna de mujer, con sus medias y sus ligas, de las que penden broches, que recogen y guardan los objetos que se están ablastas los dedos del pie, á cuyo efecto

las medias por las extremidades. La ladrona hace caer un objeto, disimuladamente se descalza, y con los dedos del pie recoge y levanta hasta que prendan en la liga, un anillo, un abanico, una corbata, á veces hasta un estuche de joyas, si está envuelto con cintas.

Junto al museo, hay una sala en la que semanalmente se congregan médicos y abogados para oír la conferencia, que sobre un tema nuevo, expone un comisario de policía ó un magistrado. En aquella sala se rinde culto á la actualidad del crimen. No lejos de allí — el Puente Nuevo al de Saint Michel no hay gran distancia — están la Prefectura y el Palacio de Justicia. De suerte que todo cae en el mismo barrio... Estas confidencias, tienen doble interés por que responden á la actualidad y se documentan entre profesionales, sin los riesgos ni las molestias, que entrañaría la publicación de lo que pertenece únicamente al dominio de la ciencia. Una modalidad del crimen, es examinada y discutida por aquellos, cuya misión les lleva al contacto diario con los delinquentes, unos para perseguirlos y detenerlos, otros para

estudiar su defensa, los demás para reprimir sus excesos.

Recuerdo que la sala de conferencias estaba presidida, cuando entré en ella, por la pierna de mujer que se lleva un bazar. Mr. Pechard, me dijo que la última "causante" se tuvo sobre este tema. En París, hay bandas que á centenares, se dedican al pillaje de los grandes almacenes y á medida que se redobla la vigilancia, los ladrones cambian de procedimiento, superando todas las habilidades del ingenio, hasta ahora conocidas.

Tanto es así, que aquellas casas, se resignan á incluir anualmente una partida considerable de robos que, no basta á prevenir la extraordinaria vigilancia que se ejerce, ni á castigar la dura acción de los tribunales.

Un museo sin pasión, sin aspecto legal... Con el tiempo creemos que su importancia irían aumento que á los ma-

teriales hoy reunidos, se unirán otros procedentes del extranjero, y entonces, este museo, enclavado en el barrio más repleto de recuerdos de París, será objeto de peregrinaje internacional, y ninguna sala de audiencia, ningún pretorio del mundo será tan pródigo de enseñanzas, como este museo.

La sociedad para corregir, es preciso que estudie antes, y los médicos que han examinado á los hombres, seguirán el proceso en el detalle de los instrumentos personales del crimen.

Diego Sevilla.



Recuerdos del atentado histórico de Carlota Corday, con un abrigo de Marsat, una reproducción de la cubierta de "L'ami du Peuple", y una escena en los calabozos de la Convención.



El maestro Rubén Darío ha compuesto en francés, para ser leída en la fiesta del 5º aniversario del Comité Franco-Américano, celebrada en París el 25 de junio último, la siguiente poesía, que el periódico quincenal publicará traducida, y hoy la damos en el idioma en que fué escrita, como una muestra notable del talento de nuestro director literario.

Un vent plein de sanglots, sur la mer impassible,
Vient jusqu'ici. La France écoute, grave. Or,
Ce sont les voix éplorées, la douleur terrible,
Des Hécubes en pleurs, des Amériques d'or.

Là-bas, dans l'épouvante et l'injure et la haine,
Les chasseurs de la mort ont sonné l'hallali,
Et, de nouveau soufflant sa venimeuse haleine,
On croirait voir la bouche d'Huitzilopochtli.

Il semblerait que tous les démons du passé
Viennent de s'éveiller, empoisonnant la terre.
Si contre nous l'étendard sanglant s'est levé,
C'est l'étendard hideux de ce tyran : la Guerre!

Marseillaises de bronze et d'or qui vont dans l'air
Sont pour nos cœurs ardents le chant de l'espérance.
En entendant du coq gaulois le clairon clair,
On clame : « Liberté ! » et nous traduisons : « France ! »



Car la France sera toujours notre espérance,
La France à l'Amérique donnera sa main,
La France est la patrie de nos rêves, la France
Est le foyer béni de tout le genre humain.

Crions « Paix! » sous les feux des combattants en marche.
La Paix que prêche l'aube et chante l'angélus,
La Paix, que promulgua la colombe de l'arche,
Et fut la voix de l'ange et la croix de Jésus.

Crions « Fraternité ! » Que l'oiseau symbolique
Soit nonce de fraternité dans le ciel pur,
Que l'aigle plane sur notre immense Amérique,
Et que le condor soit son frère dans l'azur.

Et toi, Paris, magicienne de la Race,
Reine latine, éclairez notre jour obscur.
Donnez-nous le secret, que votre pas nous trace,
Et la force du *fluctuat nec mergitur!*

Et quand nous sommes pris dans cette noire flamme,
Qui fait de nos esprits, de Cain les égaux,
Nous levons nos regards, et nous chauffons nos âmes,
Au soleil de Voltaire et de Victor Hugo!

Dubén Davis

Un viento lleno de volutas, sobre el mar inespazible... — *Irás hasta aquí, Francia escucha, que te* — Son voces de lágrimas, el terrible dolor — el llanto desolador, de las Américas de oro. — A lo lejos, en el misterio, la injuria y el odio, — los caudales de la muerte resbalan su tacita, — y de nuevo, soplando con su aliento encadenado, — se diría que se eleva la boca del « *Franklin D. Roosevelt* ». — *Parece que todos los demonios del pasado* — se levantan, encadenando la tierra. — *Si contra nosotros se levanta el estalinista sangriento,* — es el estalinista repugnante de la Guerra! — *Marsellitas de bronce y de oro que vuelan por el aire,* — son para nuestros ancianos coraciones curativas, de esperanza. — *Al oír del cielo grito el grito agudo,* — se dice: ¡ *Libertad!* y nosotros respondemos: ¡ *Francia!* — *Ya que, en efecto, Francia será siempre nuestra esperanza,* — Francia tendrá su mano en América. — *Francia es la patria soñada, Francia* — es el bendito hogar del género humano. — *Críticos: « Paz! bajo el fuego de los combates en su marcha,* — *La Paz que el alba trae con el ángel y cruz de Jesús,* — *Gritemos: « Fraternidad! » Que el ave simbólica — sea símbolo de fraternidad en el cielo impalpable,* — que el ángel vuelvo sobre nuestra inmensa América, — y que el condor sea su hermano en el azur. — *Y tú, París, maga de la Raza,* — *reina latine, señala la obscuridad de nuestro día,* — *¡ Dónale el secreto que tu paso señala,* — *y la fuerza del *fluctuat nec mergitur!* Y cuando estemos presos en esta llama negra,* — que iguala nuestros espíritus al de Cain, — *alemos la vela, y confortemos nuestras almas* — en el sol de Voltaire y de Victor Hugo.

EL TEATRO EN ESPAÑA POR Ricardo J. CATARINEU

Del arte lírico dramático: **Maruxa y La flor del agua.** — Del género chico: **La casa del Sultán y La alegre primavera.**

Los aficionados al arte lírico dramático español están de enhorabuena. En menos de un mes hemos conocido dos nuevas obras musicales considerables. Una de ellas, *Maruxa*, ópera en dos actos, hubiera consolidado la ilustre reputación del maestro Amadeo Vives, de no estar ya sobradamente cimentada. Otra, la zarzuela *La flor del agua*, ha determinado el acceso del joven compositor Conrado del Campo a los teatros populares. Sin duda, el triunfo reciente de Usandizaga, cuya personalidad artística se reveló inesperadamente de modo tan rotundo, con autoridad tan definitiva, no solamente ha servido de estímulo a los demás compositores, sino también de aviso a los empresarios, para advertirles que, fuera de los caminos trillados, en las tentativas que hasta ahora solían parecerse audaces y temerarias, es donde está probablemente la más fácil victoria.

Por tradicional pereza de los directores de negocios teatrales, hemos venido asistiendo sin cesar a la adición de partituras vulgares, amoras, enteramente anodinas, sin otro mérito que el de pegarse pronto al oído, quizás por ser ya antiguas conocidas nuestras A Falla, a Calés, á Del Campo, se les cerraron los escenarios. El propio Vives apenas podía entrenar; le faltaban elementos orquestales. ¿ Y

tara qué habían de organizar buenas orquestas los teatros del género chico, si existía en ellos de antemano el criterio de dar preferencia, no a las piezas mejores, sino a las más propias para los organillos? En cuanto algún artista independiente se arriesgaba á insinuar algo suyo de valor, algo personal y nuevo, ó á instrumentar con cierto esmero, solía decirse despreciativamente, y aún suele decirse: « ¡ Música sabia! »

Cuando, en todas partes, el arte musical evoluciona en sentido científico y altamente poético, con seriedad y hondura, aquí nos obstinamos casi siempre en seguir aferados á llorar por las antiguas polcas y mazurcas de Cheuca. La generalidad de quienes evocan el recuerdo glorioso de Chapin, no admiran lo mejor de su personalidad; siguen triéndole por un instantivo, y no por un consciente. En tales circunstancias ¿ cómo había de asombrarnos que, durante algunos años, hayan estado los teatros por horas entregados totalmente á Lleó, Calleja, Foglietti y otros místicos tales? El feliz advenimiento de Usandizaga ha sido como un grido de guerra, y nos ha trazado el nuevo rumbo. Al gran éxito de *Las golondrinas*, han seguido pronto los estrenos de



AMADEO VIVES
Autor de la partitura de « Maruxa ».



Escena final de la ópera "Maruxa".

Maruxa y La flor del agua. Téngase en cuenta, que estas dos partituras estaban ya dispuestas para ser entregadas al público, desde hace mucho tiempo. Su próxima audición se anunciaba varias veces, y no llegaba nunca. Tal vez, sin el precedente de *Las golondrinas*, aún seguirían inéditas. Pero las cosas han variado. Para el año que viene, la empresa de la Zarzuela ha publicado ya un vasto plan de arte musical, ya no tímido como otras veces, sino quizás excesivamente ambicioso. La nota más interesante de esta propuesta es la presentación del joven maestro Guridi, que ha estrenado ya una ópera vasca en Bilbao, y del cual tenemos espléndidos augurios, que ojalá la realidad confirme.

Mas, dando ya de mano al comentario y atendiendo a la información, tema principal de estas crónicas, hablemos de *Maruxa*. El triunfo, merecido y grande, ha sido de Vives nada más. El libretista, Sr. Pascual Frutos, no sólo no le ha auxiliado con facilidades, sino le ha puesto todos los entorpecimientos posibles. Modelo de libretos malos y presuntuosos es éste. El Sr. Frutos se propuso escribir una *épopée*, sin advertir que él no es poeta, ni lo fué nunca, y sólo a los poetas deben serles asquibles estas tentativas. En realidad, ha compuesto un libro de zarzuela absolutamente incoloro, sin ambiente, sin poesía, sin seres humanos, atestada la verificación de ripios y cascote,

con imágenes cursis, léxico pobre: una obra, en fin, sin alma. Ha localizado el Sr. Frutos la acción en Galicia, como pudo haberse situado en la Mancha: no hay ni una palabra gallega, ni un modismo salgado en todo el diálogo, ni nada del espíritu de Galicia, que lleva entreveradas tan dulcemente la zambra y la melancolía.

La fábula es pobre de fantasía, y muy propicia á la sensiblería. Estamos en las posesiones de una tal señorita Rosa, huérfana voluntariosa y extravagante. Su primo Antonio ha venido á visitarla, con propósito de cortejarla y rendirla. Pero ella desdénala los agasajos del petimetre, y suspira por un pastor. Como es mujer de acción, no se contenta con suspirar. Llama al guarda Rufo, y le ordena que le traiga á su amado Pablo, inmediatamente. Un obstáculo serio se levanta, sin embargo, contra la indomable voluntad de la damisela: Pablo está profundamente enamorado de Maruxa. Urge separarle de esta pastora, á la cual ronda ahora, de que su prima, en un arranque de despecho, se fije en él y le corresponda. A esto, con los apuros de Rufo, se limita la intriga del acto primero. En el segundo encontramos á Maruxa empleada como doncella de servicio, en el caserón señorial de la dama, quien así ha conseguido ponerla lejos del pastor. Maruxa quiere citar á Pablo, porque ignora todos estos manejos, y Rosa no ya no

Una página de la notable partitura de "Maruxa".

Antiguo atrilado á "Mundial", por el maestro Vives.

se lo prohíbe, sino á ello la alienta. Pero como la pastora no sabe leer ni escribir, la señorita es quien redacta la carta, y á su gusto varía la hora de la entrevista, para ser ella quien reciba á Pablo y le cautive. También á otra aritmética semejante recurre Antonio, con intención de tenderle á Maruxa un lazo engañador. El buen corazón y recto espíritu de justicia de Rufo se sobreponen al deber de obediencia. El excelente viejo encaña las cosas debidamente, con arreglo al sentimiento y á la razón. Rosa y Antonio se encuentran disfrazados de campesinos en el silencio de la noche, cuando venían buscando á Pablo y á Maruxa, respectivamente. Por su parte, la enamorada pareja de pastores, celebrada ya la cita amorosa, aléjase por los montes, dichosa y risueña. Rosa llora, Antonio pierde toda esperanza. Para llegar á este final anticlimático, sin otro efecto que el del cuadro plástico, hemos recorrido sendas y vericuetos de larga fatiga.

Es extraordinario que, sobre un libretto tan rampón, haya conseguido el maestro Vives componer un poema musical, verdaderamente magnífico de conjunto, donde no sabemos si admirar más el dominio orquestal ó la melodía.

El alma gallega, que en el libro faltaba, la ha puesto Vives en la partitura, y no recurriendo á temas vulgares conocidos, sino muy original y modernamente.

De suprimir la letra, tal vez quedaría el poema más completo. Así ocurre en el acto segundo, cuando de súbito descarga una tormenta que pone en dispersión á los pastores bailarines, y deja el escenario á solas y con lluvia. Entonces, Vives describe en la orquesta la tempestad, en admirables páginas. Es el más bello acierto de la partitura.

Sobresalen, además, una canción graciosísima, muy bien cantada por el bajo de la Zarzuela, Sr. Meana; un dúo de Rosa con Pablo, en el acto primero; un preludio sumamente pintoresco; una preciosísima *marcha*, muy melodiosa, en el acto segundo.

La música de *La flor del agua* no iguala en riqueza melódica, ni en altura de inspiración, á la partitura de *Maruxa*, aunque no tenga en el orden de la técnica nada que envidiarle. Conocíamos de antiguo el talento y saber del insigne compositor de *El finad de Don Alonso*. No nos iba sorprendido, pues, su nuevo triunfo. Los que propalaban como axioma sabido, que la música de Conrado Del Campo no podía tener otros campos donde volar que dos ó tres noches por el Teatro Real, cada cuatro ó seis temporadas, habrán salido de su engaño. En un escenario popular como el de la Zarzuela ha impuesto Del Campo su talento también, y ha sabido adaptarse perfectamente al nuevo medio. La maestría instrumental no ha impedido al joven compositor ser también comprensible y grácil. Si la partitura se le hace un poco pesada á algún espectador, no será por la *gravedad* solemne y enigmática de los temas, sino sencillamente por la cantidad, por las dimensiones. Un cuarteto de doctores, la trova de un juglar y, principalmente, un gran dúo amoroso, con ciertas gratas evocaciones wagnerianas, son lo más notable de la última creación de Conrado Del Campo.

Cuanto al libro de *La flor del agua*, nos encontramos ante un caso diametralmente opuesto al de *Maruxa*. Podría tener más ó menos teatralidad, en el sentido ínfimo de esta palabra, pero es un primer literario. Está inspirado en una leyenda del Renacimiento. El asunto descansa, sobre el eterno ensueño de la princesa que espera al príncipe soñado. Nos transportamos á un mundo fantástico y poético. Recordamos las canciones de Gesta y el Romancero. El diálogo es fluido y cristalino. El público no ha tributado todo el homenaje merecido á este lindo poema.

El autor de *La flor del agua* es Victor Said Armesto, joven catadrático, de frondosa ciencia, de gusto exquisito, y de sutileza encantadora en cuanto escribe. La amenidad de su prosa va de bracerío con la seriedad de su erudición. Dígalo el magnífico estudio sobre *La Leyenda de Don Juan*, y el prólogo y comentarios á *Los moedales del*



Una escena de "La flor del agua".

Cid, en la edición publicada, hace poco tiempo todavía, por la Biblioteca de *Clásicos Castellanos*, editada por *La Lectura*.

Loreto Prado y Enrique Chicote nos han dado, en el Teatro Cómico, dos nuevas zarzuelas: *La alegre primavera* y *La casa del Sultán*.

El Sultán es un perro, la casa es la caseta. Tiene el Sultán motivos de gratitud para con cierto chico callejero, llamado el Vencejo. Como el can es agradecido, ahora comparte el lecho y la comida con el muchacho, que salta las tapias de la huerta todas las noches. Sorprenden al Vencejo, le toman por un ladrón de fruta, y condéncile á presencia del dueño de la finca. Llega oportunamente Don Antonio está en una mina, de que es propietario, en conversación con los mineros. Un tal Arturo, sobrino de Don Antonio, y á quien éste ha negado su hija, acaba de prender fuego al polvorín de la mina. El Vencejo, con grave riesgo de la propia vida, corta la mecha, y salva á todos de la temida catástrofe. Más adelante, se enamora de la niña de Don Antonio, pero

comprende que la realidad de este amor es imposible, y huye de la casa. Al mismo tiempo, Arturo intenta raptar á su prima, y descubierta por Cogorza, el obrero á quien emborrachó para poder cometer el delito de la mina, es denunciado y abochornado públicamente.

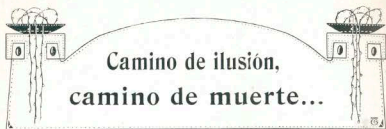
Como veis, se trata de un melodrama insignificante. Los Sres. Linares Bcerra y Burgos han escrito cosas mucho mejores. La música, de los maestros Marquina y Benítez, es de una desesperante pobreza.

La alegre primavera se encierra en los límites de una revista de espectáculo, graciosa, vistosa, entretenida. En el diálogo, los Sres. Haro y Aznar revelan cierto ingenio. La partitura, del maestro San José, contiene algunos números muy bonitos, si bien con frecuentes reminiscencias de cosas ya oídas.

No tengo hoy más noticias para los lectores de *Mundial*. Fuera de los estrenos citados, la vida teatral madrileña se ha desenvuelto en el Circo y en los cinematógrafos.

Ricardo Hatarey





Por Antonio G. de LINARES

Ilustraciones de HEMMINGS.



PRIMERA PARTE

I

«Allégate manco en tu mocedad, y tome placer tu corazón en los días de tu juventud...»

Eclesiastes, 12-11.

¡Un pueblo de epopeya, Tresviso! Largo y penoso es el viaje para llegar a él. Ha tiempo que, abandonando las pintorescas riberas cantábricas, marcháis sobre empinado y pedregoso camino, subiendo, subiendo sin tregua... Habéis entrado con pavosote estremeccimiento en las gargantas de La Herminia, paisaje de infierno dantesco. La carretera, labrada en peña viva, bordea el abismo, en cuyo fondo ruga el torrente, entre saltos y contorsiones de inverosímiles cascadas. A izquierda y derecha, como inmensas murallas paralelas que se esforzaron en unir sus ciclópeos sillares para estrujaros entre ellos, corren dos gemelas cadenas montañosas, que surgen con ribazos en húmeda sombra, tifén sus faldas de melancólica penumbra, y visten sus cimas lejanas con una gloria de luz; platas lunares ó oros del día, coronas de cien reflejos y matices, allá en las cumbres de maravilla.

Habéis ganado el centro del formidable desfiladero... Tomáis reposo en la hospedería que es brinda una mesa bien servida... Luego de rehacer vuestras fuerzas, montáis en el trócan manoso y prudente que desde allí ha de llevaros, sin riesgo ni fatiga, hasta las

casí perpetuas nieblas y hasta las eternas nieves que envuelven, como cenizas de ensueño, las alturas de «Picos de Europa».

Abandonando la carretera, describís, sobre el camino minero que escala la roca pendiente, caprichosas revueltas ó imbricadas curvas. Al paso sosegado de vuestro rodín, vais lentamente hacia la ciudad, y á medida que perdéis el contacto con el mundo trivial, os acercáis á la imperturbada y soberana paz de la altura.

Hay ocasiones en las cuales vuestro caballo se acerca, más de lo que es vuestra cuenta y deseo, á la orilla del sendero, que al par es borde del cañal vez más hondo precipicio. Sentís entonces un escalofrío de vértigo, un rodar anticipado de vuestro espíritu en espantosa caída. Pero es breve la angustia. El guía, sonriente, ha percibido vuestra turbación y os lleva hacia el fondo del camino, donde rozando el talud camináis más tranquilos y seguros.

Un alto y un descanso. Habéis llegado á un pueblo diminuto cuyas chozas se agarran á los bancos de caliza, en desesperado esfuerzo, abriendo con gesto de espanto sus ventanitas — pupilas que el terror inmoviliza — sobre los valles lejanos en lo inmensamente profundo. El pueblo es Tresviso... ¿Seguís adelante, luego de hacer noche en la rústica posada? ¿Vais hacia las eternas nieves y hacia las perpetuas nieblas de «Picos»?

¿Anheláis mirarnos en el terso cristal aral del lago de Andara?... ¡Id pues, y felíz viaje! Yo me detengo en Tresviso, que un travellingeño, trajinante frecuentador del valle, me

apuntó una bella y verídica historia de amor y de dolor aquí acaída, no ha mucho, y he de documentaros acerca de ella.

Fué como sigue, la bella historia de amor y de dolor:

Diz que en Tresviso, el pueblo encaramado más alto en la cordillera, había dos mozos de igual edad y semeiante nombre: llamábase Juanillo el uno; por Juanillo respondía el otro.

Era Juanón un coloso, que por la fuerza bruta de sus músculos habíase hecho rey de la montaña, y la montaña; ¡vive Dios! nunca estuvo poblada por débiles.

En la badera, empuñaba Juanón las macizas bolas de roble, que saliendo de sus manos como proyectiles de la boca de un cañón, describían zumbando una curva sabida, pasaban sobre los bolos astillando sus cabezas y derribando la caja entera, y á la postre iban á golpear con tremendo rebote sobre las losas del pretel franco...

«¡Guarda, que tira Juanón! ¡Esta era la voz de ¡sálvese quien pueda!»

En las tierras, la mano de Juanón, pesando sobre la manecra del arado, hacía casi inútil el esfuerzo de los bueyes... En las praderas, volaba de tal modo el dalle en los brazos del forzado, que la yerba pradera tendíase á la siega, como si vendabal la tumbaba. Para castigar á las yuntas, no le era modesto ni alada el bastabane los pulos... Sujetaba las vacas íntimas por los cuernos, y en vilo tornábales al rebufo... Era un bárbaro, y era también un cinico...

En cambio, había en Juanillo la menor cantidad posible de hombre...

Pequeño — apenas media la estatura de un muchaco — débil y enfermizo, era el «hazmerreir» de todos: la perpetua víctima de las malas voluntades, ó de la inconsciente crueldad de los que, sin ser malos, tenían á gala el parecerlo.

Servicial y bueno, éralo Juanillo cual ninguno, y listo y discreto por añadidura... Cuidaba á los enfermos; conocía las yerbas que sanan; tenía especial habilidad para vendar los miembros doloridos por un golpe, ó las carnes laceradas por un tajo... Era, á más de eso, versado en arte de bien decir.

Los mozos enamorados y cortos de entendimiento, que en vano pusieran á buen recaudo su mollera para decir cosa tan sencilla como el amor, acudían inevitablemente á Juanillo, y éste, olvidando agravios recibidos de los solicitantes, hilvanaba presto la frase amorosa, y brindábala al pobre de espíritu, tan breve, sencilla y clara, que el amador, repitiéndola un centenar de veces y aprendiéndola

dola de carterilla, como el «padre nuestro, iba en busca de la amada para esperarle aquel breve discurso, conforme Juanillo lo compusiera, sin quitar ni añadir en él una letra.

¡Y qué poco sospechaban las bellas treviésas que tales palabras de cariño, murmuradas junto á la fuente por sus galanes, eran dichas por Juanillo, por el medio-hombre, como despiadadas le llamaban cuando, huido y vergonzoso, pasaba entre ellas tan pequeño, tan débil, tan solo!

II

«La soberbia del hombre le abate. Pero al humilde de espíritu sustentata la honra».

Proverbios de Salomón, 29-23.

Y ocurría con frecuencia, que en una estrecha calleja del lugar encontrábase Juanón y Juanillo: era una burla, aquel contraste...

Echábase el gigante á un lado, apretando su cuerpo contra la pared, y fingiendo además temeroso...

— ¡Pasa Juanillo, pasa... que te tengo reparo!

Y el pígameo, confuso, tropezaba en los cantos rodados del suelo...

En días de fiesta, al terminar la misa que se decía en la antigua iglesia románica, y cuando jóvenes y viejos se acoplaban en la plaza formando corrillos, Juanillo padecía cruces y públicos escarnios... Así que la triste figura del enano aparecía bajo el pórtico del templo, comenzaban los chiquillos un inhumano coro de risas y sibidos... Con frecuencia brillaban lágrimas en los ojos del sinventuro, pero íbase resignado, sin una protesta ni una cólera en el gesto... ¿A qué protestar?... Ya sabían los que le atormentaban, que no eran temibles sus represalias, y que jamás las había intentado, conocedor de su flaqueza...

En ocasiones, sí; en ocasiones, la suerte deparaba una vengenza... Llegaba, buscándole, una de aquellas viejas aporraminadas, la tia tal ó cual, y con cien sigüetas y aspavientos imploraba su auxilio: — ¡Ay, Juanillo, el mi Juanillo!... ¡Ven p'a la mi casa, que cayó el mi hijo por un baravento, y se lastimó tanto!...

Allá iba Juanillo... Era el descalabrado uno de sus verdugos, uno de aquellos villanos ó necios que le atormentaban, sin razón, por el gusto de dañar, ó afán de imitar á los otros... ¡No importaba!... Juanillo hacía

uso de toda su ciencia, y gala de toda su habilidad, y atienda y curaba, tomando así venganza, noble si jamás la hubo, pero — tal lo pensaba con deleite el triste — venganza al fin...

III

« El siervo no se corrige con palabras, porque entiende, mas no correponde ».

Proverbios de Salomón, 29-19.

Las moñas de que era víctima Juanillo llegaron a oídos del cura, y meditando acerca de ellas coligió el padre de almas que aquello, siendo contra la caridad cristiana, no debía seguir siendo... y un domingo, desde el púlpito, dijo el ministro de Dios á sus fieles grandes cosas, con palabras sencillas:

¿ Por qué, contra un misero de quien sólo se conocían buenas acciones, usábase de aquella inaudita crueldad ?...

¿ Quién podía reprocharle cosa alguna, y quién, en cambio, no tenía hacia él una deuda de gratitud ?...

Así, encarándose con el grupo de mozos que, rezagados, se agolpaban tras de las mujeres junto á la puerta del templo, el sacerdote predicó contra el orgullo de la fuerza, frágil y pasajera como toda cosa humana...

— ¡ Vosotros — les decía — los que por ser fuertes despreciáis al débil, temed que algún día de nada os sirva vuestra fuerza !... ¡ Vosotros, los que coméis en el templo de vuestras brazos, probad antes el temple de vuestras almas !... ¡ Y yo os digo que vuestros corazones, lacerados por el mal, no podrán sustentar con su valor la energía de vuestro cuerpo, y un débil, justo y bueno, podrá trocarse ante vosotros en fuerte, ya que lo es de espíritu y no hay fuerza superior á la del alma !... »

De tal suerte, escucháronse bajo las bóvedas seculares de la románica iglesia bellas y grandes cosas; mas cuando la ráida sotana y el bonete despuentado se perdieron tras de los nogales que ensombrecían la plaza, el viento se llevó la oración del sacerdote, quien predicando en el verme erial del corazón humano, arrojaba la inútilmente fecunda semilla de piedad, como el Sembrador de la Parábola: entre los abrojos y los guijarros del camino...

Por ello, las gentes de Tresviso, el remoto pueblo de la cordillera cantábrica, siguieron atormentando con sus burlas á Juanillo, y alabando, con la servil alabanza

que disfrutaban los poderosos, á Juanón, el más recio mozo de la Montaña, el que, según el decir de casi todas las mujeres de Tresviso, era el *hombre más hombre* que campeaba desde los nevados picos hasta las albas crestas de las rompientes...

IV

« He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú eres hermosa... »

El Cantar de los Cantares, 4-1.

Era en la mies remota y solitaria. Recién cortada, secábase al sol la yerba, saturando el ambiente de intensas aromas. Tribanab los jilgueros en las copas altas de los castaños, y tras la linde del bosque cercano mugían, encelados, los toros de las vacadas.

Sola en la mies lejana, Mari-Rosa, la más bella muchacha de Tresviso, volcaba, rastrillando, el heno seco ya del lado expuesto al sol, y verde y húmedo aún del que guardaba contacto con la tierra.

Iba y venía la garrida moza, aplicada de firme á la labor. Mujer era de antigua hechura: virgen brava, de solitaria leyenda.

Entre sus muchos admiradores, no halló uno solo de su agrado; hubo de juzgarlos á todos desgraciados de rostro y mesquinos de cuerpos. Sólo á un hombre, en Tresviso, hubiérase sometido placentera; pero ese hombre jamás puso atención en ella.

Iba y venía Juanillo en la mies lejana, volcando el heno medio seco, impregnado en aromas de vida intensa. Alguien le preguntó

— ¿ Trabajas, Mari-Rosa ?

— Volvíste la moza...

— ¡ Hola, Juanillo ! ¡ Tan pequeño eres, que ni andar se te oye !...

— ¿ Te ayudo, Mari-Rosa ?

— ¡ No, hijo, no ! Sigue tu camino...

Ibase ya, mies adelante, el pigmeo, cuando hubo de llamarle la desheñosa, y riendo de buen grado, preguntóle sin ambages ni rodeos:

— Dijéronme, Juanillo, que andas enamorado de mí... ¿ Es cierto ?

— Pálido, muy pálido, el enano murmuró:

— ¿ Cierto y bien cierto, Mari-Rosa !

— ¿ Si ?... ¡ Pues ven acá, hombre, ven !

Y acercándose sorprendido el triste en demanda de inesperada ventura, fuése hacia él la moza, risueña y retozona, le agarró por debajo de los brazos, y alzándole en alto como á un muñeco le arrojó al aire, trociéndose luego de reír, al verle caer en me-



— ¡ Pasa Juanillo, pasa... que te tengo reparo !...

dio de la cuesta y redar mies abajo ¡ tan pequeño y tan débil !...

Se afanó después la hermosa en su labor, sin cuidarse de Juanillo para nada, y como pasado largo rato, y al dirigir la mirada hacia la mies, no le viera, pensó, la toda desprecios, que huido y avergonzado hubiase vuelto el medio-hombre al pueblo.

A cien metros, tumbado tras de un zarzal, Juanillo sollozaba, hundido el rostro en la tierra.

¿ Por qué, gran Dios ! habiase sumado á su nativa desgracia aquella otra, accidental, de su enamoramiento ?... ¿ Cómo habiase de querer aquella mujer, ni mujer alguna ! ¡ Y él moriase de amor, y era triste, muy triste, su vivir !...

..

— ¿ Trabajas, Mari-Rosa ?
Sintióse la muchacha como movido, por un

estremecimiento, al par que angustioso, placentero. Se volvió sonrojada y amorosa...

— ¿ Si que trabajo, Juanón !...

— ¿ Te ayudo ?...

— ¡ Si es tu voluntad !...

— Si lo es, Mari-Rosa...

Habían platicado mucho, amistosamente primero, amorosamente después, cuando al declinar la tarde se encaminaron hacia el pueblo. Mari-Rosa era feliz. Al fin, aquel hombre, el único que en Tresviso mereciera su amor, había puesto atención en ella... Mari-Rosa era feliz. Alejáronse los enamorados, deteniéndose de trecho en trecho para mirarse y para sonreír; y como entre los zarzales crecidos sobre el sendero se hirieron los pies de Mari-Rosa, el gigante tomó á la muchacha en sus brazos, como á una niña, y se la llevó mies arriba.

Juanillo, en tanto, sollozaba...

SEGUNDA PARTE

V

« Digate Jehová en el día de conflicto ».

Salvos de David, 20-2.

El invierno en Tresviso no es clemente... ¡ no por cierto !...

Durante días y más días cae la nieve sin descanso... Descienden los copos apretados, tercos, inagotables... En la montaña se borran los caminos, y van sepultándose los árboles centenarios. En el pueblo se han cerrado los viejos portones de roble, que no vuelven a girar sobre sus goznes hasta el deshielo. Se abren en los tejados las trampas, y perforada la nieve sobre ellas, dan acceso a las viviendas estas bocas de pozo, por las cuales, como por gigantescas entradas de hormiguero, aparecen y desaparecen, ateridas y temerosas, las miserias hormigas humanas.

Sola, en medio del mar de hielo, álzase como islote sombrío la torre de la iglesia. Sacudidas por el vendabal, tañen las campanas con voces débiles, amortiguadas, en tanto que en derredor del campanario — único escollo que resiste á su impulso — brama la celisca en vertiginosos torbellinos asaltantes...

Agrupados los tresviseños en torno de sus monumentales hogares, donde arden troncos enteros, hacen punto de media las mujeres, hablan de sus lejanas mocedades con los viejos, y fumando en pipas de cañica contemplan los mozos, con sobolento y distraído mirar, las contorsiones de la llama y el estallar de los nudos resinosos, al deshacerse en mil centellas que se apagan en la sombra.

Es llegada la noche. Se oye ulular el viento sobre la inmensa mortaja. Cuenta la abuela una añeja leyenda de brujas y de trasgos, y en la sombra de la estancia se ciernen visiones espectrales. Suspensas y medrosas, las mujeres detienen en sus dedos las agujas tejedoras, y abandonando la azuela sobre el caballete, los mozos dejan de tallar abaracas. Acógense los chiquillos al regazo de sus madres. Pasa un soplo de terror sobre las almas. Dícé el abuelo un cuento de lobos; dice espantables proezas del « lobo viejo », dice espantables proezas del « lobo blanco, que es señor de todos los lobos de « Picon »... Ha dos años que mató á un novillo, y el año pasado segó el cuello de

un pastor que fuese contra él, en defensa del ganado.

Fuera, sobre la inmensa mortaja, prosigue el viento su lastimero ulular.

¿ Es el viento, ó el aullido siniestro del « lobo viejo » ?

Todos escuchan. Laten de prisa los corazones. Contríense los labios con musca, de angustia. Se hace un silencio de catacumba en el hogar sepultado, y allá, fuera, suenan débiles y ensordecidas las campanas de la iglesia, campanas que un misterioso campanero tañe sin ciencia ni medida, arrancando al bronce lamentos que parecen de alma en pena.

VI

« ¿ Dónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de todas las mujeres ? »

El Cantar de los Cantares, 6-1.

En aquel año, fué la primera nevada traicionera... Nadie la esperaba. Era el tiempo blando y despejado. Bruscamente se clavó el aire al norte, tomó el cielo color de plomo, y al caer de la tarde, dándose por segura la nieve, quedaron los ganados encerrados en las cuadras, y dispuestas las gentes á soportar la dura invernada.

Sólo ausente del pueblo, Juanón había subido á los puertos en busca de una res perdida; mas no era él, práctico y avezado á la montaña como ninguno, quien se dejara sorprender por la borrasca...

..

Mari-Rosa esperaba impaciente á su marido... Sentada en el umbral de su choza, y vueltos los ojos hacia los senderos de la montaña, aguardaba la recia tresviseña con angustia bien patente; con angustia que medraba, al par que en el cielo sombrío iban extinguiéndose las últimas luces del triste día...

¿ Tardaba *el su hombre*, tardaba !... Entró la bella mujer en la choza, y atizó el fuego, metiendo en el hogar un colofón entero de ramas secas... ¡ Así !... Menester era una buena lumbre, para que el amado desentumeciera sus miembros ateridos... En un rincón de la fogata, entre un cráter de brasas vestidas de ceniza, hervía el puchero; espumilaba Mari-Rosa, y añadió agua... Dispuso, sobre la rústica mesa, la escudilla en que ambos comían... Partió el pan, moreno y duro... Luego foñese hacia el lecho, y bajo el



cobertor añadió una manta más... ¡ Había de hacer frío en aquella noche, pero entre sus brazos no le sentiría Juanón, aquel frío, y además olvidaría la fatiga del camino.

Cavilando así, tornó Mari-Rosa hacia la puerta. Apenas quedaba luz. Estaban desiertos los senderos de la altura, y estaban desiertas las callejas del lugar.

Cruzó, presurosa, una vieja:

— ¿ Volvió el tu hombre, Mari-Rosa ?

— ¡ No, abuela... todavía no !

— ¡ No ha de tardar, hija !... ¡ No penes !...

En la levegema penumbra del crepúsculo, revolotearon leves mariposas blancas... Caían, y en las piedras del suelo dejaban húmedas manchas; luego, más nutridas y precipitadas, tejieron blanda alfombra... Dos horas después, cerrada ya la noche, había sobre el pueblo una cuarta de nieve, y los copos, inexorables, seguían descendiendo sin tregua...

Recostada en la jamba de su puerta, Mari-Rosa esperaba, y su angustia crecía al par que la nieve... ¡ No volvía, *el su hombre* !... ¡ No volvía !...

Irguióse ante la doliente mujer una infima sombra...

— ¿ Esperas al tu hombre, Mari-Rosa ?...

— ¡ Espero, Juanillo, espero !...

Y la voz femenina se ahogó en un brusco sollozo.

Entró el enano, y condujo a la triste hacia el hogar...

— ¡ Siéntate ahí, Mari-Rosa !... Siéntate al amparo de la lumbre y no te aflijas, que Juanón no tardará... y si tardará...

Alzó la joven los ojos, anegados en lágrimas... Frente a ella, Juanillo atizaba el fuego, próximo a extinguirse... Lentamente, el píjmeo dió fin á la frase comenzada...

— ¡ Si tardá, iremos á buscarle, y traerémosle sano y salvo, Mari-Rosa !...

Miró fijamente la cuidada al que así hablara, dudando en dar crédito á sus palabras, pero en los ojos del *medio-hombre* había tal firmeza y tan serena decisión, que Mari-Rosa, sorprendida, instó:

— ¿ Iréis ?...

Tranquila, la voz de Juanillo respondió, en solemnidad de juramento:

— ¡ Iremos, así que raye el alba, si p'a entoncez no está Juanón aquí !...

¡ Eterna, la noche aquella !... ¡ Eterna en tristeza y en desesperanza !...

Caía la nieve sin tregua... Sobre la inmensa, mortaja decía el vendabal, en su ulular siniestro, el trágico poema de las cumbres y de los ventisqueros homicidas... Flotaban en las

sombras de la estancia visiones espectrales, y junto al hogar, Mari-Rosa sollozaba, en tanto que frente á ella, silencioso, y perdido el mirar entre el culebreo de las llamas, Juanón pensaba, él y Dios sabían en qué...

VII

« Cifó sus lomos de fortaleza, y esforzó sus brazos ».

Proverbios de Salomón, 31-17.

A la hora del alba, la montaña, blanca y luminosa, parecía un inmenso y pulido bloque de mármol...

Sobre el pueblo, semiculto bajo la nieve, clamaba con nerviosa voz la campana parroquial, tocando á rebato.

Uno á uno, acudían los hombres válidos al llamamiento pregonero del riesgo corrido por alguén.

Frente al pórtico de la iglesia, cambiaron los reunidos breves frases... Juanón no había vuelto... Sin duda alguna, sorprendido por la borrasca en la calzada del puerto, y sepultado en ella por la nieve, no podría valerse, pese á su fuerza y á su brío... Urgía socorrerle; pronto se ofrecieron á ello uno, dos, tres mozos; luego diez, veinte... ¡ No eran menester tantos !... Echáronse suertes, y aprestáronse los designados á reñir el tremendo duelo con la cumbre... Sabían que podían hundirse, y para siempre, en los quebrados ó en las simas embiertos en falso por la nieve; sabían que, tras de un mal paso, aguardábase un rodar de agonía, montaña abajo, dejando piltrafas de su carne en los riscos; y á la postre, allá en el valle, el rematase en espantable batacazo; así feneciera más de un valiente... Lo sabían, pero tan cortos en palabras como pródigos en obras, hubieron de ponerse en marcha, tal vez hacia la muerte, obediendo á esta sencilla exhortación de Juanillo:

— ¡ Vamos p'arriba, que luego da de ser tarde !

Salvadas las últimas callejas del pueblo, y ganados los primeros ribazos del monte, comenzó la ascensión épica...

Iban los recios, los oscuros paladines del bien, iban camino de la muerte, y en silencio... Uníanlos larga cuerda, y así constituida su falange un quebrado rosario humano, en cada una de cuyas cuentas palpaba un corazón sereno...

Había cesado la nevada... Iba creciendo



— ¡ Arriba, chachos !... ¡ Recuenta, que nos cogé aquí la noche !...

el día, al par que, filtrando entre los espesos nubarrones, agolpados sobre el horizonte como fugitiva mensada, deslizaba el sol piadosos rayos hacia la tierra... y bajo las caricias mañaneras de su astral enamorado, la tierra — virgen desposada, envuelta en infinito cenital de alba — teñiese en divinos sonrojos de maravilla...

Iban los paladines del bien en demanda de la altura. Abría el primero de la fila camino, palcando en la nieve recién caída y aún blanda... Era una dura labor... Cuando los brazos del *decantero* se rendían, pasaba atrás, sustituido por el inmediato en turno... Así, trazando surco, subían los tresviscos al asalto de la cumbre, como guerreros al asalto de un bastión...

Juanillo estaba allí... No había de estar!... En la noche anterior, hablábale él dicho á Mari-Rosa; ¡ Iremos en busca del tu hombre, si no ha vuelto para el alba !... y cumplía su promesa, é iba, en busca del rival preferido,

á jugarle la vida por amor de la amada desdicha... Iba también, caballero de la ilusión, persiguiendo una quimera...

Lentas transcurrieron las horas de marcha y de titánicos esfuerzos. Aún las cabalñas estaban lejos. Braceaba con furia el veterano tío Pedro...

— ¡ Arriba, chachos !... ¡ Recuenta, que nos cogé aquí la noche !...

Declinaba la tarde... Silencio y soledad de desierto, en la montaña... Tristeza infinita... Súbitos, un grito y una blastemia. El *decantero* y el hombre que le seguía desaparecieron, trazados por invisibles fauces...

Rugió el veterano, que era el tercero:

— ¡ La torca !...

De pie, en el borde de la tremenda sima que ante él se abiera, vació el pastor durante un segundo, arrastrado por el peso de

los cuerpos que, al caer en el vacío, imprimieron a la cuerda tremenda sacudida...

Resistió empero el tío Pedro, cuyo cuerpo se volcó en desesperado esfuerzo, que tendió los miembros y crispó la faz angustiada por el dolor. Hicieronse atrás los de la fila, e hincaron en la nieve sus herrados palos... Fué un instante de angustia... La cuerda no se rompió...

Oscilaban los dos hombres, allá en el fondo del barranco, con ritmado vaivén de péndulo, y silenciosos aguardaban su destino: la muerte, en la insondable negrura, ó la vida, en una resurrección hacia la luz... Colgados de un hilo iban y venían sobre la eternidad, midiendo en cada trágica oscilación un segundo, que podía ser el último de sus vidas ó el primero de su muerte, ya que, vivos ó muertos ellos, había el tiempo de proseguir, imparable, su marcha.

En tanto, allá arriba, en el mundo de los vivos, los últimos de la fila se adelantaron hacia la torca, mientras que, inmóviles, guardaban los primeros firmemente su postura de resistencia. Sondearon más los palos, y cuando se hubieron añañado en terreno seguro, comenzaron á recoger la cuerda despaico, con metódicas tracciones...

¡Reve y eterna, la espera!... Luego, dos manos convulsas aferraron el borde helado del precipicio. Surgió el rostro de un hombre, pálido con serena palidez. Tras de él, apareció el otro, el delantero; aún empuñaba la pala, y al verse con medio cuerpo en este mundo y medio en el otro, arrojó la herramienta, y de un brinco se puso en pie, sobre el hielo. Entonces, limpió con la manga de sayal la nieve que cubría su rostro, largó un terno de los crudos, y exclamó, rompiendo el silencio no interrumpido hasta entonces:

— ¡*Palme que hemos estau más cerca de San Pedro que del tío Pedro!*...

Mas la cosa no estaba para bromas, y la del delantero se perdió en el silencio fúnebre de la montaña amenazadora y sombría...

VIII

« Vanidad de vanidades — dijo el predicador — toda vanidad ».

Eclesiastes, 12-10.

Pausadamente, se extinguió el crepúsculo. Habíanse esforzado los tresviseños en llegar á la cabaña, para sacar de ella á Juanón, muerto ó vivo. ¡ Mas es frágil empuño, la voluntad humana !... Renunciaron...

Atendiendo á los consejos del veterano,

decidieron aguardar el alba del nuevo día para seguir adelante. Extendieron sus capotes sobre la nieve, y se agruparon, para resistir mejor al frío...

Sucumbiendo á la fatiga de la jornada inclemente, los fuertes, los rudos mozos de Tresvivo dormían, apretados en montón, como ovejas en redil... Habiales vencido la nieve... Habiales vencido la noche... Dormían, extenuados sus músculos y aniquiladas sus energías...

IX

« Fortaleza y honor son su vestidura ».

Proverbios, 31-23

Sólo uno de los tresviseños velaba, y era su vigilia inquieta, por andar en recia contienda el cuerpo menguado con el alma grande.

Pensaba Juanillo en la amada desdeseosa, por desdeseosa más amada... Figúrabasela como en la noche precedente la viera, toda dolor, suspirando sus cogejas junto al fuego, ó asomada á la puerta de la choza, tratando de ver si de las sombras enmudecidas y misteriosas surgía por ventura su hombre... ¡ y su hombre, que llegaba, medio helado y medio muerto de hambre, á caer entre sus brazos !... Ella le aguardaba para brindarle, junto á la fogata, la sustanciosa olla, cocida en un ración del hogar, entre un cráter de brasas vestidas de ceniza... Ella le aguardaba, para brindarle un lecho bien mullido, bien templado... Ella le aguardaba, para brindarle la tibieza palpitante de sus brazos.

¡ Vano, tan vano como amoroso afán !... De las sombras misteriosas y enmudecidas de la altura, sólo llegaba el aliento glacial de la nieve: sólo los aullidos de los lobos hambrientos que rondaban los establos ¡ sólo la mortal desesperanza de no ver tornar al ausente, al ausente bien amado, cuya ausencia pudiese ser eterna !...

Así figurábase Juanillo á su amada, á su amada cuanto más desdeseosa, por desdeseosa más amada...

¿ Pensaría en él, en medio de su dolor ?...

¿ Recordaría, como única esperanza posible, entre el general desconsculo, aquella promesa que hubo de sorprenderla en firmeza y en serena decisión: « *Frenos en busca de Juanón, y hemos de traerle sano y salvo.* »
¡ Ya iban, sí !... ¡ Ya iban en busca de



Quéto así, rígido el cuerpo, que apoyado en el talud de nieve no cayó.

Juanón; pero no era descansando, como habían de llegar á tiempo de salvarle !...

Miró el enano en torno suyo. Rendidos, vencidos, todos sus compañeros dormían, y era su sueño de plomo, un sueño de inmensa fatiga... ¿ Quién podría infundirles ánimos y

alientos para sacudir aquel letargo... ¿ quién podría empujarles adelante, siempre adelante... pese al cansancio, pese al frío, pese á la noche ?... ¡ Nadie, no !... Clavados al suelo, si un alud viniera sobre ellos en aquel momento, morirían sin ver llegar la muerte :

pasarian, sin más transición que un espasmo, de un sueño á otro sueño...; pero no despertarian, no!... ¡ Rendidos y vencidos, los fuertes y los invencibles!... ¡ Pero él, el débil, el triste, el deformado... él no se rendía!...

¡ El no podía rendirse!... ¿ Qué secreto era él de su fuerza?... ¡ Oh, una nimia cosa, una nonada!... Llevábase la voluntad más allá, caballero de la ilusión, en pos de una quimera... Llevábase, hacia la cumbre, el loco anhelo de una victoria; ¡ salvar á Juanón, era llegar al alma de Mari-Rosa, y encontrar en ella aquel fraternal y piadoso cariño, único que había de esperar el pígameo, siendo tan poco hombre... Era, además, un gallardo gesto, que ante todos había de absolverle de su pequeñez y de su flaqueza... ¿ Quién, luego de aquello, podría mostrarse de él?...

¡ Oh, la paz y la bendita dulzura de la vida, ganando aquel triunfo!... Acabadas las burlas, concluidos los escarnios, llegado al fin el consuelo y el olvido de la pretérita tristeza... y Mari-Rosa, en adelante, sabría acogerle con sonrisas, con bellas frases de apego y gratitud, brindándole un puesto junto á ella, frente al hogar, al amor del juego, y al místico y posible reflejo de un amor pasional imposible...

¡ Oh, la paz y la dulzura de la vida, luego de aquel triunfo!...

Seguían durmiendo todos; semejaban rendida manada de bestias cobardes... ¡ Bah, los fuertes!... ¡ Ahí era menester verles!... ¿ Qué se hicieron sus arrostros, lucidos en misiones y boleras?... ¿ Qué sus músculos formidables?... ¿ Qué su terca voluntad?... ¡ Vanidad de vanidades!... Dormían, como rendida manada de bestias medrosas...

En cambio, Juanillo seguía en pie, dispuesto á luchar; iba adelante, siempre adelante, llevado por el espíritu en demanda de una ilusión; iba, camino de la altura, camino de la muerte, y por aquella senda mortal había de llegar directamente al alma de Mari-Rosa...

X

« No llevéis al muerto, ni de él os compeadezcáis »,

Jeremías, 22-1.

Una hora... Dos horas... Perdió la noción del tiempo... Arrojándose sobre la nieve, ya endurecida por la helada, iba el medio-hombre solo, infimo, casi ridiculo á no parecer sublime, oponiendo la pequeñez de su

cuerpo y la inmensidad de su alma á la omnipotente y hostil naturaleza.

¡ No sentía la fatiga, no!... El no era como aquellos forzados, que se rendían á su propia pesadumbre.

A él no le abrumaba el cuerpo, ya que era el suyo tan breve y leve, que en alas del espíritu parecía volar sobre la tersura bruhida del hielo... y era grande su contento, al notar que el alma parecía desprenderse poco á poco de su envoltura carnal, y dejando atrás lastre inútil de huesos y carne, se elevaba, rígida y serena, hacia la altura donde aguardaba la victoria...

¡ Ya estaba cerca la cabaña!... ¡ Arriba, pues!... ¡ Un esfuerzo más, y llegaría á ella!... Luego, pateando con desesperado ahínco, descubriría la puerta; franqueada ésta, había de hallar á Juanón medio asfixiado y verto... Llevaba pedernal y yesca; en las chozas, dejan siempre los pastores hojascas; haría lumbre, y junto á la fogata, deshelándose la sangre de las venas, esperarían Juanón y él la llegada de sus compañeros. Lumbre, bendita lumbre... ¡ qué falta le estaba haciendo!... Y era que ¡ seño!... ¡ hacía un frío!... ¡ qué frío, Dios poderoso!... ¡ qué frío!...

Lento, muy lento, seguía avanzándose aún... Las piernas, mudas al poder, no secundaban el empeño de la voluntad...

¡ Pero él no se rendía; no era como los fuertes que vencidos dormían, allá lejos, muy lejos ya!... Iba adelante, siempre adelante, y aun cuando el cuerpo se negare á seguir subiéndolo, llegaría el alma, que poco á poco dejaba atrás inútil lastre de huesos y de carne, para volar más ligera... ¡ Demontre de alma!... ¡ Capaz sería de volar más de la cuenta!...

¡ Era maravilla, aquello!... Proseguía su caminar, mas figurábase no tener brazos, ni piernas, ni tronco... ¿ Dónde había dejado aquel cuerpo miserable y deformado?... Sentíase ahora grande; tan grande que desde su altura dominaba la montaña, y que veía cercanas las estrellas en la inmensidad serena del firmamento... ¿ Había subido tanto que dejara atrás las cabañas?... ¡ No!... ¡ Allí estaba la primera, la de Juanón, á diez metros, sepultada bajo un túmulo de nieve!... Iba á patear con furia, á hundir la puerta, á encender una alegre fogata de llamas barbañas, y con Juanón esperaba, al amor de la lumbre, la llegada de los compañeros... Iba á patear la nieve, sí... pero ¿ dónde había dejado sus brazos?... ¿ Dónde, sus piernas?... ¡ Tenía conciencia de estar en pie,



Sentada junto al hogar, esperaba la treintañá á los ausentes.

adosado á un talud, y, sin embargo, no hallaba su cuerpo!... ¡ Ah, sí!... ¿ Qué necesidad!... Tornaba á encontrarlo, ahora; sentía un dolor agudo en el corazón... Luego, el dolor se fue apagando... ¡ Qué alto estaba!... ¿ Qué cercanas las estrellas!... Y su alma... ¡ diamante de alma!... pugnaba por volar aún... ¿ A dónde iba así?... ¡ Alma loca!... ¡ Alma volandera!... ¡ Un solo hilo de aliento la enlazaba todavía al miserable cuerpo deforme, y el hilo se tendía, se tendía... se rompía suavemente, blandamente, deliciosamente!...

Quedó sobre la nieve el mezuquino disfraz humano, y grande con inmensa grandeza, y bella con éfica belleza, fuése hacia el firmamento constelado el alma loca, el alma volandera del pígameo...

Quedó así, rígido el cuerpo, que apoyado en el talud de nieve no cayó... Daba la cara

al cielo y al alba, que tenía ya de violados y purpúreos matices una estrecha franja del horizonte sombrío...

Así murió Juanillo, por amor de la amada desdeseosa, y por desdeseos más amada... Así murió, y diz que cuando sus compañeros — que al notar su falta siguieron sus huellas — llegaron á proximidad de la cabaña, uno de ellos, el primero, al ver la silueta del muerto, apenas dibujada en la penumbra del amanecer, dijo al tío Pedro que tras de él caminaba:

— ¡ Veterana, aquella parece un hombre, y por la talla ha de ser Juanón!...

Y el viejo respondió, luego de contemplar, sin detenerse, la tétrica aparición agigantada por el espejismo:

— ¡ Será un fantasma á visión de otro mundo, que's mu grande, p'a ser un hombre!...

Los tresviejaos recogieron el cadáver de Juanillo, y dispusieronse á colocar junto á él el de Juanón...

Latieron aprisa los aguerriados corazones, al quedar la puerta de la choza desnuda de su mortaja de nieve... Cayó el tablón, hecho astillas, bajo los furibundos embates de los picos... ¡ Nadie había en la cabana, y estaba el hogar limpio de ceniza, y sin merma la hojarasca en la leñera !... ¡ Juanón no había pasado por allí !...

* *

Llegó el triste cortejo al pueblo, dando fin al día... Marchaba delante el veterano; tras de él, sobre las palas cruzadas, llevaban los mozos el cuerpo breve y misero de Juan el chico... Y el primero que apareció entre las gentes que acudieron al encuentro de los expedicionarios, fué Juanón... Barruntando la tormenta, volvióse sin ganar la cumbre, huyendo ante la borrasca, y llegó al pueblo pocas horas después de abandonar los bays que fueren en su socorro.

XII

« Feme acordado de ti, de la misericordia de tu moedad, cuando andabas en pos de mí, en el desierto, en tierra no sembrada ».

Jeremías, 2-1.

¡ Al fin, habíale visto traspasar el umbral de su casaca !...

¡ Oh, qué gran impulso de alegría le arrojó en brazos de su hombre !...

Presurosa, cerró la puerta... ¡ la dicha, ¡ a solas !... Atizó el fuego en el hogar... Sobre la mesa humeaba la substanciosa *ollada*, cocida al amor de las brasas vestidas de ceniza... Muy unidos, Juanón y Mari-Rosa se habían sentado ante la escudilla común... En un cuenco de roble, brindó la amante al amador el claro vino de Liébana... Cercanas, cantaban las llamas una alegre canción de bienvenida... »

Terminado que fué el sobrio yantar, era pasada la media tarde... Arrimaron sus tajos al fuego... Contó Juanón su odisea; contó Mari-Rosa sus angustias; así llegó la noche... Juanón necesitaba descansar; fuése hacia el lecho, que halló bien mullido... Mari-Rosa adormeció á su amante con mimos y ternuras maternales... ¿ Iba ella á olvidar, en un sueño reparador, las inquietudes pasadas ?... ¿ Iba también á adormecerse envolviendo al amado en la blanda tibieza de sus brazos ?

¡ Luego !... ¡ Luego, sí !... ¡ Ahora debía

esperar !... No tardarían en volver los que habían subido á la montaña en busca de Juanón, y ella quería acogerles bajo su techo, brindarles una colación, decirles la inmensa gratitud á que eran acreedores, y decirse con palabras sencillas y con humildes y dichosas lágrimas...

Sentada junto al hogar, esperaba la tresveña á los ausentes. ¡ Sólo ellos faltaban para que su ventura fuese completa, para que aquella tremenda angustia de dos días se esfumara en el horizonte del recuerdo !...

Velaba Mari-Rosa, pero en ocasiones tendiase su inquietud al insomnio de las jornadas precedentes... Era entonces, en su fantasma, un destile de visiones pavorosas... ¿ Por qué aquellos trágicos ensueños ?... Juanón descansaba allí, sano y salvo, y sanos y salvos no tardarían los otros en llegar...

¡ No tardarían, no, que ya era cercana la hora del alba !... ¡ Y qué madrugada de frío !... ¡ Dios bendito !...

Arrojó al fuego un haz de leños, y acercó su tajo... Envuelta en la capa de nieve, volvió á ceder al sueño... Inclino la cabeza y cerró los párpados; despertó bruscamente, erguido y temeroso el cuerpo... Había un espanto en sus pupilas dilatadas... ¿ Por qué aquellas trágicas visiones ?...

No durmió más... Quiso levántse y despierta, fijos los ojos investigadores en las brasas... Fuera, clareaba ya el día... « Envuelta en sayal, y á pesar de la hoguera que andia á sus pies, Mari-Rosa tiritaba...

¡ Qué frío, el de aquella triste madrugada !... ¡ Señor poderoso, qué frío !...

* *

¡ Muerto, sí !... Allí estaba Juanillo, muerto por amor de ella ! Mirábalne sus ojos abrasados, secos en fuerza de llorar. Mirábalne los bellos ojos que él hubo de amar tanto, y que nunca, en vida, supieron mirarle con amor. Ahora le contemplan, extáticos y doloridos, en tardía y vidente revelación, con tardía y amorosa piedad.

Por camino de ilusión que es camino de muerte, alcanzó Juanillo su quimera. Llegó al alma de Mari-Rosa, dejando la vida en el empeño... mas ¿ qué vale sin amor la vida ?...

Antonio G. de Cárdenas

América en Francia

PARA celebrar el quinto aniversario de su fundación, el Comité de París « France-Amérique », que preside el ex-ministro de Negocios Extranjeros Don Gabriel Hanotaux, tuvo lugar en 25 de junio una fiesta espléndida, que se vió realizada por la presencia del presidente de la República, señor Poincaré, y de su distinguida esposa.

La fiesta reunió unos cuatrocientos comensales, entre ellos don René Viviani, presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Comercio, señor Thomson, todo el cuerpo diplomático y consular americano, gran número de personalidades y señoras de la buena sociedad francesa y americana; en fin, una asamblea brillantísima y elegante.

Lenaríamos un espacio del que no disponemos, citando detalladamente las personalidades sud-americanas asistentes á la fiesta. Creemos que bastará con decir, que no faltó ni una sola de las que residen habitualmente en París, ó se encuentran de paso en la gran ciudad.

En otro lugar publicamos el bello poema de Rubén Darío, que fué leído en la fiesta por la señorita Magdelena Roch, de la Comedia Francesa, y el notable trabajo en prosa de Amado Nervo, leído por la señorita Margarita Moreno, también del primer teatro francés.

El presidente de la República, señor Poincaré, pronunció el siguiente discurso:

« Señores:

Al trazar la labor realizada durante cinco años por el Comité France-Amérique, Don Gabriel Hanotaux olvidó modestamente de citar, en su magistral exposición, un rasgo que me apresuro á añadir. Si vuestra joven institución ha prestado servicios brillantes, si

ha contribuido eficazmente á desarrollar las relaciones amistosas entre franceses y americanos, se debe en gran parte á su excelente organización y á la actividad de sus miembros, pero también á la actividad, al talento y á la fuerza de seducción de vuestro eminente presidente señor Hanotaux.

Al concebir y llevar á cabo la obra que festejamos esta noche, comprendí admirablemente que, entre Francia y el Nuevo Mundo, el porvenir había de estrechar todavía más los lazos tejidos por la historia, y que era una política clarividente multiplicar, de un continente á otro, el cambio de ideas y de relaciones económicas.

¿ Cómo es posible que nuestra atención y nuestro interés no fueran, naturalmente, hacia las vastas regiones donde la energía humana ha realizado tantos prodigios, y donde, desde hace cuatro siglos, el genio francés arrojó profusamente la semilla de la civilización y de la libertad ?

No sólo las dos Américas guardan la señal inborrable de las grandes iniciativas coloniales, tomadas por los Samuel Champlain, Cavellier de la Salle y Jacques de Liñiers, sino que el pensamiento francés iluminó con sus rayos la cuna de las repúblicas americanas. (Aplausos.)

Colonizada por una raza viril, que llevaba en ella el gusto innato de la independencia, la América del Norte oyó la voz de nuestros filósofos, cuando en 1776 reivindicó su autonomía, proclamando á la faz del mundo los principios que La Fayette fué á defender con Washington, y que debían reunirse luego, en una forma universal, en nuestra Declaración de los Derechos, inmortalizada por la Revolución.

Esta fórmula de emancipación que los Estados Unidos habían recibido de Francia,



Foto Tallot.

El Presidente de la República, Mr. Poincaré, durante el banquete.

la transmitieron a la América latina, que al emanciparse á su vez, en el siglo XIX, dió entrada en el concierto de las naciones á un grupo de sociedades democráticas, organizadas con arreglo al nuevo derecho constitucional, españolas ó portuguesas por el origen, por la sangre y por las tradiciones, pero profundamente removidas por la cultura francesa. (Aplausos.)

« De la bahía de Hudson al estrecho de Magallanes, nuestro espíritu nacional dejó sus huellas; y en este momento de la apertura de un canal ideado por un francés, comenzado por ingenieros y contratistas franceses, y que puede modificar en el mundo el equilibrio de las fuerzas políticas, comerciales y marítimas, ha de sernos permitido mencionar estos gloriosos recuerdos. (Aplausos.)

« Cuando la vieja Europa descubrió América, casi al mismo tiempo que Copérnico y Galileo se apoderaban del secreto de los

ciclos, la tierra se encontró, á la vez, agrandada y empequeñecida: agrandada por las nuevas regiones ofrecidas á la explotación de sus habitantes, empequeñecida ante la inmensidad del universo. La próxima unión de ambos Océanos no producirá una revolución parecida. Sin embargo, para el tráfico internacional y para las relaciones de los pueblos, tendrá consecuencias que no pueden dejarnos indiferentes.

« El Senado y la Cámara de los Diputados han reconocido, con razón, la necesidad de acondicionar inmediatamente nuestros puertos de las Antillas y de Oceanía, y nunca tendremos mejor ocasión para rodear de cuidados estas antiguas colonias, que han sobrevivido á los grandes establecimientos fundados por nuestros antepasados, y que cobijan, bajo los pliegues de la bandera tricolor, poblaciones sinceramente afectas á la madre patria.

« Nuestras posesiones de América, com-



Foto Tallot.

Un aspecto general del banquete.

pletadas por las que Francia ha conservado ó conquistado en África, Asia y Oceanía, forman una serie de escalas, en la gran ruta marítima que ha de dar mañana la vuelta al globo. ¿ No son, acaso, hermosas flores de Francia prendidas aquí y allá, á todo lo largo de la inmensa cintura azul de que va á adornarse nuestro planeta, rejuvenecido por la ciencia y por el trabajo? (Grandes aplausos.)

« El Canal de Panamá, favoreciendo la navegación mundial, estrechará las distancias entre Europa y el Oeste de ambas Américas, y aproximará todavía más los pueblos que tantos motivos tienen para quererse. ¿ Cómo es posible que nuestro Comité no salude, con emoción y alegría, un acontecimiento que se escribirá con letras de oro en los anales de la Humanidad, y que dará á la amistad franco-americana una consagración triunfal? »

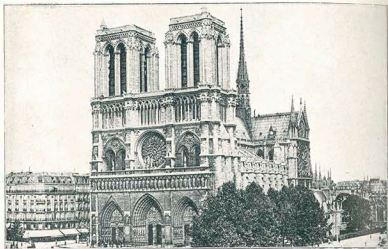
« Levanto mi copa en honor del Comité France-Amérique, y bebo á su obra de

paz y de progreso. » (Grandes y repetidos aplausos.)

Antes, se había aplaudido también, como merecía, un notable discurso del señor Hanotaux, sobre la obra del Comité; el señor Dal Piaz había pronunciado una interesante conferencia sobre el Canal de Panamá...

Después del intermedio literario á cargo de la musa de nuestro gran poeta Darío, que quiso para este día vestirse con las galas del idioma francés, del exquisito trabajo en prosa de Amado Nervo, y de otros trabajos de J. de Medeiros Alburquerque y Luis Rodríguez Velasco, bajo la dirección de don Andrés de Fouquieres, desfilaron gran número de bailes americanos.

Fue una fiesta admirable, de la que *Mundial* se llevó gratos recuerdos en las dos fotografías que hizo tomar, y que ilustran esta breve reseña.



LOS GRANDES TEMPLOS

Nuestra Señora de París

NUESTRA SEÑORA... Es la Edad Media entera que se presenta a nuestros ojos, es el *palladium* sagrado, el símbolo magnífico y piadoso de la vieja ciudad de San Luis y Felipe Augusto, idealizada y popularizada en los modernos tiempos por el genio de Victor Hugo, en su novela *Nuestra Señora de París*, hasta el punto que la imaginación popular, dando por verídicas las existencias de Quasimodo y de Claudio Frollo, y la fábula inventada por el gran poeta, discute aún por cual de las dos torres descendió el cuerpo del misero arcediano, lanzado al aire por la fuerte mano del rey de un día del bajo pueblo de París.

Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido, y el templo subsiste, habiendo visto pasar bajo sus bóvedas toda la historia de Francia. Es el primer monumento de París por su antigüedad, por su magnificencia, por la consagración de sus recuerdos, y por el papel que ha desempeñado y el puesto que ocupa en los anales de la ciudad de París.

Una iglesia episcopal existía ya en la *Cité* (antiguo centro de París, en la isla formada por los dos brazos del Sena, donde la historia dice que fue fundada *Lutecia*, en tiempos de César) en el año 365 de nuestra era, según se consigna en la historia de San Marcelo. Fue levantada en los primeros años de la introducción del cristianismo en Francia. La mayor obscuridad reina sobre la antecesora de la gran catedral de París. Se sabe que, al fin del siglo VI, se componía de dos edificios muy cercanos que se comunicaban entre sí, aunque aislados, consagrado uno a San Esteban y el otro a Santa María, edificados sobre el mismo terreno en que hoy se eleva la gran basílica.

El obispo Mauricio de Sully, el LXII sucesor de San Dionisio en la silla metropolitana de París, concibió la idea, en 1160, de construir una nueva catedral, digna de la importancia que ya entonces tenía París, y proporcionada a las necesidades de su población.

Tres años después, la primera piedra fue

puesta, en presencia de Luis VII, en el emplazamiento de la antigua catedral merovingia, que había reemplazado a la primera iglesia católica de la capital de Francia, por el Papa Alejandro III, que estaba entonces refugiado en este país, para escapar a la persecución del anti-papa Víctor y del emperador Federico. La iglesia pudo ser bendecida mucho tiempo antes de su conclusión, y en 1185, un legado del Papa dijo en ella la primera misa.

Cuando el obispo Mauricio de Sully falleció, en 1196, el coro estaba ya terminado, pero el edificio aún no estaba concluido del todo. El último obispo legó a la catedral su fortuna, para acabar las obras.

Sus sucesores, Eudes de Sully y Pedro de Nemours, hicieron continuar los trabajos. El rey Felipe Augusto prestó todo su concurso para la terminación del edificio, y a su muerte, ocurrida en 1223, la fachada principal estaba ya terminada, salvo su parte superior.

En 1235, la basílica quedó terminada según el primitivo proyecto. La imaginación popular pretendió, durante mucho tiempo, que la catedral de *Nuestra Señora de París* había sido elevada sobre estacas, dada la flojedad del terreno, por estar edificada entre dos brazos del Sena, y a muy poca distancia del río, en terreno muy bajo. Investigaciones practicadas en los siglos XVII y XIX han destruido por completo estas afirmaciones, poniendo al descubierto los magníficos cimientos de piedra, sobre los cuales se eleva el grandioso templo.

Nuestra Señora no tenía entonces capillas laterales, y así permaneció la edificación hasta la mitad del siglo XIII. En 1313, se destinaron a este efecto parte de los bienes confiscados a la orden de los Templarios.

La fachada lateral del lado del mediodía fue comenzada, en 1227, por el arquitecto Juan de Chelles, como lo atestigua una inscripción en latín que se conserva en ella. Este nombre debe ser conservado al lado de los de Pedro de Montereau, de Erwin, de Steinhach y de otros sublimes artistas en el arte de tallar la piedra, que prestaron su concurso a la ejecución de este soberbio conjunto.

Es difícil señalar una fecha como fin de la obra. Lo que puede afirmarse, es que durante dos siglos no cesaron los trabajos. No se esperó hasta entonces para destinar al culto la nueva construcción. Como se dejó dicho antes, el patriarca de Jerusalem, Heraclio, legó a Francia a predicar la tercera Cruzada, ofreció en su altar mayor, en 1185, como legado del Papa; mas la ceremonia de la consagración y dedicación del templo a «*Nuestra Se-*

ñora» no tuvo efecto hasta el 31 de Mayo de 1864, con gran pompa, después de terminada su restauración, para borrar las lamentables mutilaciones que se le hicieron, a pretexto de reparaciones, desde 1600, cuyas obras llevó a cabo el arquitecto Viollet-le-Duc.

A casas semejantes es preciso atribuir su diversa arquitectura. *Nuestra Señora de París*, no es un edificio cuyo estilo esté perfectamente definido. Edificado en una época de transición, tiene un poco del estilo romano y mucho del ojival. Es un gran poema de piedra en el cual, durante dos siglos, cada generación ha ido a inscribir su estrofa en el estilo que le era propio. Se ha asimilado todas estas variantes en su primitivo plan, fundiéndolas en una unidad poderosa.

Hoy es necesario descender dos escalones para entrar en la Catedral, que ha sido, por decirlo así, enterrada, por la elevación progresiva del terreno. Cuando se construyó, era preciso subir a ella por trece escalones, que la constituían un glorioso pedestal.

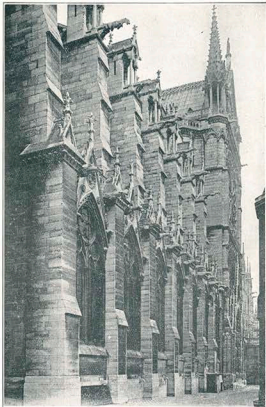
Los autores todos hablan de esta escalinata, pero M. Gilhermin contradijo esta creencia, diciendo que esos escalones no pueden haber existido, dado que la fachada lateral sur del templo desciende hoy hacia el río. De todos modos, está probado que el terreno ha subido, por lo menos, tres pies.



En la plaza en que está la Catedral, se halla también situado el hospital general de París, llamado *Hotel Dieu*. Esta plaza se llama el *Parvis*. Muchos creen que esta palabra es una corrupción de la palabra *Paradis*, y por consiguiente, que dicha plaza se llamó en los antiguos tiempos Plaza del Paraíso. Hoy, *parvis*, está adoptado como un nombre substantivo que significa atrio, y también toda plaza ó espacio situado delante de una iglesia; es pues de deducirse, que lo que se quería significar con dicho nombre, era «*Plaza del Atrio*».

En esta plaza se verificaron, hasta días muy próximos a la Revolución, las retractaciones públicas a las que eran condenados los que iban a sufrir la pena capital, por la antigua jurisprudencia, a fin de herir la imaginación del pueblo con esta especie de drama y castigo religioso.

La fachada de la catedral está dividida, en el sentido de su altura, en cuatro espacios de desiguales proporciones, sin comprender las torres, y en el de su ancho en tres partes iguales, limitadas por cuatro contrafuertes que siguen hasta el suelo, y las caras laterales de las torres, marcando al mismo



Abside, visto del lado sur.

tiempo el nacimiento de las naves. Estos contrafuertes encuadran las tres grandes puertas ojivales que se abren en el piso inferior, bajo arcos profundos, enriquecidos por multitud de piadosas figuras. Cada puerta está coronada por un vano esculpido, dividido en dos huecos iguales, por un pilar que sube desde la base hasta la parte superior del vano, asimismo esculpido este pilar con figuras de piedra. A la mitad de la altura de este piso, un nicho plano rodeado de dos columnas y coronado por un entablamiento ó parte saliente, en forma de torrecilla, está profundizado en cada uno de los contrafuertes.

Las estatuas mutiladas de estos nichos fueron substituidas á la mitad del siglo XIX, como otras, en muchos sitios diferentes. Uni-

camente citaremos, entre estas figuras, las de los dos contrafuertes centrales. Por mucho tiempo se creyó que representaban á la Religión y á la Fé, pero simbolizan, según la opinión de los arqueólogos modernos, la una á la Iglesia triunfante, coronada por una diadema, con la cabeza alta, elevando la cruz y la otra á la Sinagoga vencida, que con la frente baja y los ojos cubiertos por una venda, deja caer las tablas de la ley y todos sus atributos.

Sobre el vano de la puerta central está representado el « Juicio Final », restablecido hoy en su conjunto, después de haber sido mutilado por restauraciones y revoluciones. En la parte inferior se ve la « Resurrección de los Muertos », que salen de los sepulcros; en segundo término el « Peso de las Almas », el Arcángel San Miguel, en el centro, sostiene la balanza; en uno de los platillos, un alma está con las manos juntas, en tanto que en el otro aparece un pecador ya revestido con los odiosos atributos del infierno. A la derecha,

multitud de elegidos se dirigen hacia el cielo con largas túnicas, las frentes coronadas por diademas, radiantes de alegría y en éxtasis. A la izquierda, los réprobos son arrastrados encadenados. Encima de todo esto, el Juez Supremo, sentado en su tribunal, tiene á su lado dos ángeles que muestran los atributos de la Pasión, y un poco detrás están arrodillados María y Juan Evangelista, intercediendo por los pecadores.

La parte superior está unida á la escena del Juicio Final. Más abajo, al lado izquierdo, se percibe un cuadro del lugar de las tinieblas, tratado con terrible imaginación; más allá, la Muerte. Un poco más lejos, una caldera por cuyas paredes suben sapos, y cuyo interior está habitado por horribles demonios. La figura simbólica del Infierno está

representada por un odioso hombre, con las entrañas fuera de su vientre.

Las dos puertas laterales, llamadas de la Virgen y de Santa Ana, son notables por su cubierta de hierro, de un trabajo tan delicado, que los antiguos las creían obra del espíritu maligno. He aquí una curiosa tradición de ellas: Se cuenta que un joven cerrajero se presentó en las obras de la Catedral á solicitar trabajo, y se le encargó forrar en hierro las tres puertas. El obrero estaba desesperado, juzgando aquel trabajo superior á sus fuerzas, cuando se le apareció el demonio, ofreciéndole ejecutar las obras si le daba su alma. El trato fué hecho, y al día siguiente fueron colocadas las dos puertas laterales, tales como las admiramos hoy el día. Mas el diablo no pudo concluir la obra forrando la puerta principal, á causa de que por ella entraba y salía el Santísimo Sacramento, y como el pacto no fué enteramente cumplido por parte del diablo, el alma del cerrajero se le escapó. La ingenuidad de las antiguas gentes veía una prueba de la verdad de esta tradición, en las cabezas adornadas de cuern-

nos que forman parte del adorno de estas puertas, suponiendo que, en ellas, el demonio había querido dejar muchos retratos suyos. Es posible que esas cabezas cornudas, que sólo pueden ser descubiertas examinando las puertas con mucha atención, no sean mero capricho del artista, sino que formen una especie de firma jeroglífica. El obrero se llamaba Bicornet. ■

El primer piso, por su altura y situación podría denominarse entresuelo, está compuesto sólo de una galería, formada por veintiocho arcos trilobulados, sostenidos por pequeñas esbeltas columnas, en las que se ven otras tantas estatuas, que por mucho tiempo fueron tenidas por los primeros reyes de Francia, desde Childerberto á Felipe Augusto; mas según la arqueología moderna,

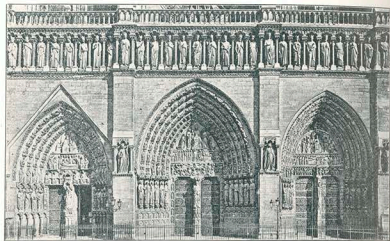


Abside, visto del lado norte.

quieran representar á los antecesores de Jesucristo. Detrás de los arcos, corre la galería toda la fachada, atravesando los contrafuertes.

Esta galería está dominada por un terrazo al aire libre, con una balustrada que se denomina la Galería de la Virgen, á causa de haber en el centro de la terraza una estatua de María con el niño Jesús en los brazos, teniendo á su lado dos ángeles que sostienen unos candelabros. En los extremos de esta terraza, entre los dos últimos contrafuertes, se ven estatuas de Adán y Eva, ejecutadas, como las de María y de los ángeles, por artistas de tiempos modernos, encargados de reparar los desperfectos causados por los años y las revoluciones.

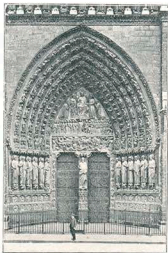
El conjunto de Nuestra Señora se comple-



Los tres pórticos principales.

ta por la flecha central restablecida en la segunda mitad del siglo XIX, y por sus dos torres cuadradas de una altura de sesenta y cinco metros, que á primera vista aparecen iguales, pero que, observándolas bien, se advierte en ellas una ligera diferencia. Cada una de estas torres tiene una escalera de 80 escalones, y desde lo alto de ellas la mirada abraza una vista admirable.

Las antiguas campanas de *Nuestra Señora* tenían una gran reputación. Eran quince: seis en el campanario central, siete en la torre del norte, y las dos mayores en la del mediodía. Hasta ahora una campana de madera, para anunciar los oficios del Jueves Santo hasta el Sábado de Gloria. Estas campanas fueron retiradas y fundidas por la Revolución. *Nuestra Señora* sólo conservó la mayor, de un peso de 18.000 kilos, que había sido regalada al templo, en 1400, por Juan de Montaigné, que la bautizó

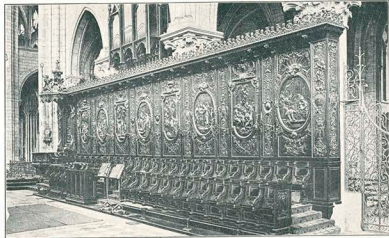


El pórtico central.

con el nombre de *Jacqueline*, por ser el de su esposa. Fué fundada de nuevo á fines del siglo XVII, recibiendo entonces el nombre de *Manuel*. En esta transformación fué aumentada la cantidad de su metal.

El interior de *Nuestra Señora*, que ofrece la forma de una cruz latina, comprende una nave principal y dos colaterales, que se prolongan en torno del coro. Veinticinco capillas dan vuelta al templo. Dos filas de columnas, de un gran diámetro, de estructura y de formas diferentes, más regularmente dispuestas, delimitan la nave central, á lo largo de la cual y sobre los arcos corre una gran tribuna ó galería, abierta en cada espacio por un triple hueco ojival. Esta galería forma como una segunda catedral aérea, suspendida sobre la primera, que agrega mucho efecto al monumento.

La nave central tiene 128 metros 68 centímetros de largo, por 33.78 de altura y 40.78 de



Vista de un lado del coro.

ancho, y está sostenida por 120 pilares. El coro está rodeado de una verja baja muy elegante y flanqueado en sus dos extremidades por pequeñas columnas que sostienen candelabros. Las sillas y tabiques son de madera tallada, de un mérito artístico superior á todo entorno. En conjunto, este

coro comprende 52 sillas altas y 27 bajas. Tiene una serie de bajos relieves representando escenas del Evangelio. Cada lado del coro termina en una silla ó trono arceobispocal, cubierto por un pabellón adornado de grupos de ángeles tallados.

La mayor parte de las lasas sepulcrales y monumentos funerarios que existieron en otros tiempos en *Nuestra Señora*, ha desaparecido, ya durante las reparaciones efectuadas en los tiempos de Luis XIV, ya durante el período de la Revolución.

Entre otras muchas curiosidades dignas de ser citadas en el inte-

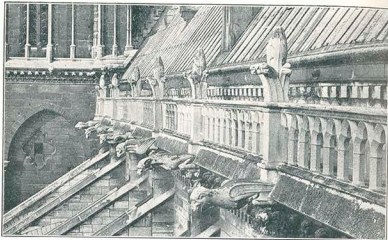
rior del templo, hay que señalar el facistol de madera tallada, adornado con figuras, obra del escultor Julienne; el águila de cobre dorado, con pedestal en forma triangular, terminada en patas de león, regalada por Napoleón I en 1813; varias estatuas; una fuente bautismal moderna de mármol blanco; y la caja del órgano esculpida en el siglo XVII, y que contiene 3484 tubos. Este órgano es uno de los más perfectos que existen en el mundo.

Cerca de la puerta de la torre septentrional, un bajo relieve llama la atención por su originalidad. Es la losa sepulcral del canónigo Antonio Iver, muerto en 1467. La parte superior representa el *Juicio Final*. Se ve á Jesucristo rodeado de ángeles, con dos espaldas que salen de su boca, y en la mano un libro abierto.

La antigua decoración de *Nuestra Señora* comprendía muchos otros curiosos monumentos, que han desapa-



El coro y la nave central.



Un detalle de los tejados.

recido en gran parte. Es de citarse entre otros, á la entrada de la gran nave, contra el pilar de la derecha, un colosal San Cristóbal de piedra, que lleva á Cristo sobre los hombros. Esta estatua tenía cerca de diez metros de alto.

Hasta la Revolución, se vió en el último pilar de la misma nave una gran estatua ecuestre, sobre una plata forma sostenida por columnas. Ella representaba á un rey de Francia, armado de toda clase de armas.

Se ignora qué rey representaba esa estatua, y durante mucho tiempo duró esta discusión, pronunciándose al fin la crítica por Felipe el Bello, y en este sentido el Capítulo de *Nuestra Señora* hizo grabar una inscripción en el zócalo del monumento.

Durante el período de la Revolución, la famosa Catedral no sufrió tanto como era de esperarse de los furiosos revolucionarios, y á pesar de su transforma-

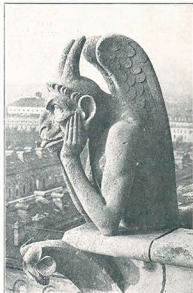


Jardin posterior de "Nuestra Señora".

ción en templo de la Razón, hasta 1802 no fué abierta nuevamente al culto, y bendecida por segunda vez.

Después del restablecimiento del culto, príncipes, administradores y prelados se esforzaron en devolverle toda su magnificencia de los pasados tiempos. El commencement de los verdaderos principios del arte de la Edad Media era aún imperfecto, y cada restauración nueva sólo arrancaba un florón más á *Nuestra Señora*.

Poco á poco se formó una generación llevada por un profundo estudio del viejo arte. El movimiento romántico de 1829 contribuyó mucho al homenaje de las grandezas de la Edad Media, por largo tiempo tan desdeñadas y desconocidas. La erudición, la crítica, la poesía y hasta la novela, profundizaron y popularizaron la arquitectura de esta gran época. Se levantaron voces para señalar los males y reclamar los



Algunas quimeras de las que adornan los tejados de "Nuestra Señora".

remedios. He aquí lo que escribió Victor Hugo en 1832:

« Se pueden distinguir sobre las ruinas de *Nuestra Señora* tres especies de lesiones: el tiempo, primeramente, que insensiblemente ha minado aquí y allá, y roído por todas partes la superficie; en seguida, las revoluciones políticas y religiosas; y en fin, las modas, más ó menos grotescas y necias, que, desde las anárquicas y espléndidas decoraciones del Renacimiento, se han sucedido en la decadencia necesaria de la arquitectura. Las modas han causado mayores males que las revoluciones. Sobre la cara de estas viejas ruinas de nuestras catedrales encontraremos siempre, al lado de una aruga, una cicatriz. *Tempus edax homo edacior!* Lo que yo traduciría con gusto así: *El tiempo es ciego, el hombre estápido.* »

La célebre novela en que Victor Hugo escribió estas líneas, contribuyó mucho á llamar la atención sobre el arte de la Edad Media, y en particular sobre *Nuestra Señora de París*. Poco tiempo después, los elocuentes escritos del Conde de Montalembert, sobre el *vandalismo*, denunciaron valientemente, ante la opinión, todas las profanaciones y mutilaciones de los grandes monumentos históricos y religiosos de la Edad Media, calificando de van-

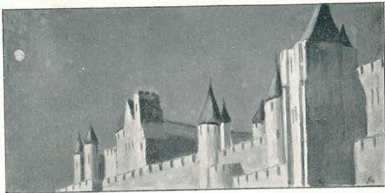
dalismo restaurador y de vandalismo destructor todas las reparaciones hechas en dichos monumentos.

Esta cruzada produjo al fin sus frutos. En 1845, el gobierno de Luis Felipe presentó á las Cámaras un proyecto de ley, concediendo dos millones quinientos mil francos para ejecutar las obras necesarias en la Catedral de París, á fin de devolverle su carácter primitivo. Hasta 1863 duraron estos inmensos y felices trabajos, que llevaron á hacer del gran templo de París, el magnífico monumento que admiramos en el día. De todos los arquitectos que intervinieron en la restauración de la Catedral, á quien más debe la iglesia es á Mr. Viollet-le-Duc. Gracias á este sabio, la gran basílica se encuentra en su actual esplendor. Este arquitecto no fué un restaurador, fué un creador, y ha merecido de sus contemporáneos el dictado de segundo fundador de *Nuestra Señora*. Después del obispo Mauricio de Sully, á quien se debió el pensamiento de la construcción de la Catedral, y de los grandes artistas desconocidos que tomaron parte en su edificación, es á este arquitecto á quien más debe el grandioso templo. La posteridad no debe olvidarle, á pesar de que también ha tenido sus enemigos.

PETROS.



La flecha de "Nuestra Señora."



"La Ciudad de Carcassona"

UN SUEÑO

Por DENYS AMIEL

Ilustraciones de G. NICOLLET



Si desgraciadamente lo veo al contemplar estas paredes altivas, estas torres y torrecitas que se alzan con orgullo... Muchos de vosotros sentiréis la nostalgia de un pasado heroico, del que la prosa moderna nos lleva cada día más lejos. Dejádme que os cuente una historia verídica, que apenas retocaré, para que no se descubran sus héroes. Por lo menos, tendrá el mérito de revelaros que la imaginación y la fantasía, cuando son potentes, pueden engendrar las más sublimes ilusiones.

Era una noche serena de junio; la jornada se había deslizado pesadísima, y en aquella hora en que el barullo de París se diluía como el polvo en el aire, se sentía una sensación de quietud y de consuelo, propicia al ensueño.

En uno de los hoteles del Bosque de Boleña, cinco jóvenes pertenecientes á la buena sociedad estaban reunidos alrededor de una hermosa muchacha... Se charlaban en el ambiente tibio y perfumado del crepúsculo lento.

Ella, la joven, parecía la más triste y desencantada de la reunión. Bella, rica, inteligente, de absoluta independencia, había

gustado todos los homenajes. Huérfana, de raza anglo sajona, vivía emancipada, había viajado mucho, creía conocerlo todo, y á los 25 años se aburría, ya que, no habiendo encontrado á nadie digno de ella, aún no decidía casarse.

De manera que, los cinco jóvenes que la rodeaban, eran todos pretendientes ansiosos de ser correspondidos. Le hacían una corte asidua, y cada uno se creía el preferido. Sin embargo, á nadie daba su preferencia. Aquella noche, después de un día caluroso y enervador, Lucía Stevens estaba nerviosa, y se decidió á romper el encanto monótono que, entre ella y sus adoradores, existía desde algunos meses.

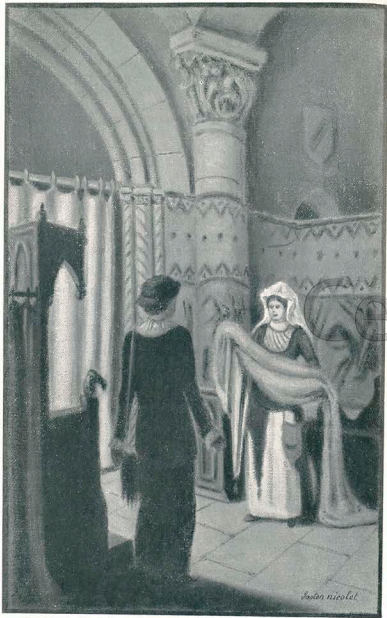
De improviso, después de examinarles atentamente, les habló en estos términos: — Juan de Rochelongue, Luis de Fleurjac, Jack Simpson, Aymar de Vallonbré, Yves de Kerborlec... todos sentís por mí una profunda simpatía ¿ verdad? —

— Sí, es verdad — respondieron todos á coro, algo sorprendidos de esta brusca interpección.

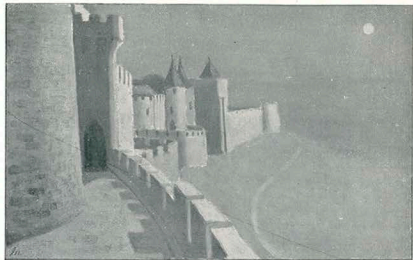
— ¿ Estáis dispuestos á todo por mí? —

— A lo que sea — contestaron.

— Siento por todos la misma simpatía...



Tendiéndole una tela brillante, dijo á la joven :
— Noble dama, he aquí su traje. Voy á ayudarle á ponerse.



Llegaron, por fin, á una inmensa plataforma que dominaba á la ciudad, como un ejército de monstruos en reposo. Debajo serpenteaban los caminos de ronda.

Callaron, poco satisfechos de aquella declaración.

— Voy á haceros una pregunta importante, y todos la contestaréis sin reflexionar, inmediatamente de oírla... ¿Cuál de vosotros desea ofrecerse su nombre ?

Todos levantaron la mano, como los duelistas levantan su espada antes de disputarse la victoria.

— Perfectamente, lo suponía — dijo con una sonrisa de satisfacción. — Voy á abrir entre vosotros un torneo, como en los tiempos antiguos. ¿ Aceptáis ?

Se miraron, y de común acuerdo dijeron :
— Sí.

— He aquí en qué consiste la prueba. Cada uno de vosotros me propondrá una sensación, una fantasía, una emoción, una sorpresa, algo, en fin, que sacuda mi aburrimiento, desate mi entusiasmo, satisfaga mi imaginación. Seguiré ciegamente vuestros esfuerzos, me prestaré á todas las combinaciones. Poneos de acuerdo, y que la suerte decida el orden con que se hará el concurso.

Todos se inclinaron, apasionados ya por esta ruda labor que estimulaba sus energías y sus ardores. Salieron, después de despedirse de su dama, y el azar decidió que Aymar de Vallombré fuera el último en presentarse á concurso, sin que en su semblante se transparentara la alegría ó la pena que le causaba esta decisión del destino.

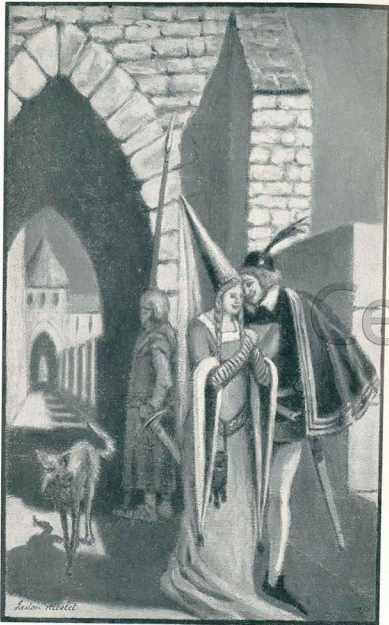
Sucesivamente, los cuatro primeros concurrentes emplearon su ingenio en ofrecer sensaciones raras á la curiosa joven. Uno la llevó á un baile célebre por sus reconstituciones orientales, en el que sólo se admitían rarísimos privilegiados, y eran por tanto muy envidiados. Otro le invitó á volar en aeroplano, por encima de las montañas suizas, y le ofreció champagna á mil metros de altura. Los dos restantes no consiguieron hilar nada más que cosas triviales, que fracasaron estrepitosamente, de manera que nadie, hasta aquí, había tenido la dicha de proporcionar á Lucía Stevens la sensación nueva, burlesca ó poética que perseguía, para conover su alma ardiente y romántica bajo su apariencia de serohrita « sportswoman » y casada.

Llegó la vez á Aymar de Vallombré.

Lucía le esperaba con verdadera ansiedad, ya que sabía que, de los cinco, era el más original y capaz de ganar el torneo.

Cuando se presentó á ella, una sonrisa de confianza iluminaba su semblante. Le dijo :

— A mi vez, querida Lucía, exijo una condición absoluta para hacer mi prueba : es la de obedecerme. No necesito decirle que, en esta confianza total, ninguna merma sufrirá su dignidad. De esto depende el éxito de la prueba, no me atrevo á decir la victoria de su autor.



Felice Molteni

Fué así como se prometieron, al margen de la realidad, entre los viejos muros de Carcasona, la antiquísima, dos modernísimos jóvenes...

Lucía dió su palabra, prometiendo seguirle á donde quisiera.

— En este caso — repuso Aymar — la espero mañana, á las diez, en la estación de Orsay; llévase únicamente lo necesario para el viaje... Nuestra ausencia durará sólo dos días.

Lucía fué exacta á la cita. Subieron en un rápido, donde Aymar había retenido dos asientos, en departamentos distintos, para mejor significar su respeto.

Fueron desfilando interminablemente las poblaciones durante el día, poblaciones ignoradas por Lucía, desconocedora de este rincón. Vino la noche, y poco á poco la fatiga la rindió, durmiéndose.

A media noche, Aymar fué á despertarla, diciéndole:

— Vamos á llegar, prepárese, y prométeme más que nunca, de no ver ni oír nada que pueda servirle de indicación.

El tren se detuvo...

En la puerta de la estación esperaba un automóvil cerrado, y en él subieron los jóvenes. El coche salió á escape. Los viajeros callaban en aquel momento, en que quizás iba á decidirse su existencia.

Al cabo de diez minutos, el coche se detuvo en un patio. Aymar bajó, llamando á un hombre que esperaba; díjole algunas palabras, y el hombre señaló una escalera. Aymar volvió al coche, y dijo á su amiga:

— Cierre los ojos, tome mi brazo, y sígame.

Ella tuvo la impresión que subía á la altura de un primer piso. Luego sintió que entraba en una habitación, que una puerta se cerraba tras ella... Su compañero le dijo:

— No abra los ojos hasta que yo me vaya, y obedezca á la persona que se presente.

Salió. Entonces ella abrió los ojos, y se encontró en una inmensa sala abovedada, cuyos muebles eran de puro estilo Renacimiento. En una vasta chimenea se consumía un tronco de árbol.

Entró una mujer de edad indefinible, avanzando con gravedad, con una falda larga de terciopelo, cintura alta y limosnero al cinto, como en la antigüedad.

Tendiéndole una tela brillante, dijo á la joven:

— Noble dama, he aquí su traje. Voy á ayudarle á ponerse.

Obediente, Lucía se puso el vestido largo azul gastado, con reales de oro, se miró al espejo, y creyó encontrarse frente á una aparición del pasado.

Su emoción aumentaba... Luego, la sirvienta, dirigiéndose á una alta ventana, la abrió con gesto brusco de par en par. La joven se creyó víctima de un sueño. En el

cuadro de la ventana, sobre una terraza amplísima, Lucía vió á un caballero elegante, reconociendo en él á Aymar de Vallombré. Su noble silueta se destacaba en un marco de hadas... Torres... lizas... caminos de ronda se ofrecían hasta perderse de vista, bañados por la claridad de la luna, aureolados por una penumbra majestuosa.

El caballero avanzó, le ofreció el brazo y la condujo á la terraza, desde donde se veía la ciudad dormida. Y ambos callaban, invadidos por la ilusión más completa y emocionante. Ya no eran jóvenes pertenecientes á su época, sino que se sentían castellanos de la Edad Media. Deambulaban por aquel dédalo fantástico, atravesando los puentes levadizos, escalando los contrafuertes, siempre en silencio, con la angustia de sentirse absorbidos por el alma de un pasado lejano y prestigioso.

Llegaron, por fin, á una inmensa plataforma que dominaba la ciudad, como un ejército de monstruos en reposo. Debajo se cruzaban los caminos de ronda. La joven se asomó á las almenas, y vió ¡oh asombro! hombres de armas que escalaban las murallas, acorazados y con cascos, como sombras de hiro.

El ruido de sus alabardas, golpeando el suelo, parecían las pulsaciones de la gran fortaleza. Doce campanadas cayeron del mirador, como lamentos en el silencio.

De pronto, los hombres de armas se transmutieron el santo y seña:

— Vallombré... — dijo el primero.

— Vallombré... — repitió el segundo.

— Vallombré... — continuó el tercero.

Y así repetido, este nombre sonoro se apagó en el infinito, como las ondas de un lago turbado se pierden á lo lejos.

Entonces, Vallombré, hincando rodilla en tierra, dijo:

— Lucía, yo la quiero de un amor tan sólido como las murallas que nos rodean, noble como esta ciudad, perdurable como la masa superviviente de estas rocas eternas... ¿Me quiere usted por esposo?

Entonces, fuera de la realidad, bajo la noche azul, á estas palabras arcaicas, como recitadas de un libro viejo, Lucía Stevens tendió su mano á Aymar de Vallombré, que la besó devotamente.

Fué así como se prometieron, al margen de la realidad, entre los viejos muros de Carcasona, la ciudad antiquísima, dos modernísimos jóvenes, que supieron poner en su existencia bastante fantasía, para llenar su vida de un bello recuerdo inalterable.

Elegancias Masculinas

LEGARON las vacaciones, y los que todavía no han salido disponen ya su marcha. Por esto, es interesantísimo formar un manual del viajero. Precisamente, la especialidad de la casa *Kriegek* son los « Yedos » de viaje, y con ellos se pueden recorrer todos los países, pues os preservarán del polvo y del frío.

Haciéndolo de «gabardine», resulta impermeable y guardapolvo; y haciéndolo de tela gruesa, resulta más caluroso, pero preserva del polvo.

Lo mejor sería una combinación de los dos « Yedos », uno de los cuales serviría para los grandes viajes; y en cambio, para los días de lluvia y de polvo, y á la vuelta para los fríos de octubre y últimos de septiembre, también rigurosos, ponerse el vestido de tela gruesa, forrada.

Es excelente el «homespun», de colores variados.

Es preciso que encarguéis inmediatamente esta prenda, porque el exceso de equipaje no representa nada en un automóvil, y creedme que resulta indispensable. Ponedlo en una maleta especialmente acondicionada, en la que se ha dispuesto todo para acomodarla al último coche.

He aquí lo que os conviene para el verano de agosto, de septiembre, y por lo menos hasta el 15 de octubre.

Y lo que tampoco no debéis olvidar de llevaros en vuestras elegantes maletas, es un vestido de recambio: el traje de « golf » de la propia invención de *Kriegek*.

En su casa encontraréis el verdadero equipaje del veraneante, imprescindible para el que tenga que alternar en las reuniones de la buena sociedad, que cada año se trasladan de París á las playas de moda.

Aun en la sencillez que requiere una prenda de sport, sabe poner *Kriegek* (el solo característico de su fantasía. Es, á la vez, árbitro y consejero de los elegantes. No tiene en su conciencia el peso de ningún reanodimiento, ni en su haberla más ligera derrota. Los que *Kriegek* vistió, se honraron á sí mismos y honraron la marca.

« Yedo » de excursión, por *KRIEGEK*, 22, rue Royale, París.

Porque, en realidad, es una marca inconfundible. Enseñad el dibujo adjunto á cualquier parisién elegante, ocultando el nombre, y os dirá es seguida: — ¡Qué duda cabe! ¡ Es de *Kriegek*!

El « Yedo » de viaje, holgado, de un corte perfecto, es una verdadera « trouvaille » del sastre á la moda.

Á la vista está.

NICOLAS KRIEGEK.



La Interina

Novela original de CRISTOBAL DE CASTRO

Escrita expresamente para MUNDIAL

Ilustraciones de BASTE

(Continuación.)

CAPITULO V

LA DESCASTADA

Al día siguiente, como si no esperasen otra cosa que la reconciliación entre Rafaelito y Leré, César y Julia apresuraron el veraneo.

Discutióse largo y tendido sobre si irían á una playa ó á un balneario, ya que la « villegiatura » rústica, después de la desgracia en la « tiente », se había desechado con horror.

Inclinábase doña Julia por Ostende ó Deauville, donde Leré tendría ancho campo para estudiar las elegancias femeninas. Mostróse César partidario de Carlsbad ó de Saint-Moritz, residencias más serias y aristocráticas, verdaderos centros políticos y diplomáticos, donde él — que comenzaba á figurar en la alta política — podría relacionarse admirablemente.

A Leré le daba lo mismo playa que balneario, Francia que Alemania, ó elegancia que alta política. Lo único que pidió y le fué otorgado, desde luego, fué que, al regreso, se detuvieran en San Sebastián durante la « gran semana », que era el desecho de su novio.

Armonizaróse las dos tendencias. Se decidió, por fin, que irían á Deauville y á Ostende primero, y después á Carlsbad, deteniéndose en Saint-Moritz para presenciar las fiestas rústicas de Agosto, y regresando por San Sebastián para gozar allí « la gran semana ».

Resultado ya el itinerario, comenzó el

trasiago de equipos, de modistos, de sombrereras. Fué un pequeño diluvio, que duró quince días con sus noches. Al cabo, cuando terminó el salir y entrar de baúles, de maletas, de cajas, de chicas de taller y de « groons » de tiendas, una tarde en que César regresó de la Agencia Cook cargado de « tickets », de programas, de guías en cuatro ó cinco idiomas, acordáronse de Fifita.

— ¿ Y Fifita ? ¿ Qué se hace con Fifita ? —
— Sepongo — dijo Julia á su marido — que no pretenderás que venga. ¡ Sería el colmo!

— Hombre — balbuceaba César, tímido. — También hay que pensar, en que no vamos á dejarla sola aquí en Madrid. ¡ Caramba ! ¿ Pues sabéis que es un contratiempo ?

— Pero, papá — dijo Leré — ¿ por qué no se va al pueblo con su familia ? Me parece que es lo natural.

— Está claro — apoyaba Julia. — Que se vaya al pueblo un par de meses.

— Sí, pero ya ves tú... El pueblo. ¿ Tú sabes lo que significa el pueblo ? Que perderá todo lo que lleva adelantado.

— ¿ Y á tí, qué ? No parece sino que ha aprendido este mundo y el otro.

— No, mujer ; pero, en fin... Ha demostrado aplicación, buena voluntad. Si ahora se mete allí, en el pueblo, figúrate... Comprenderás que no es un pueblo lo más á propósito para estudiar, ni para aprovechar nada.

— ¡ Andá y que se las componga como pueda ! Demasiado hemos hecho y estamos haciendo. Yo me hago cargo de tu preocupación por la muchacha ; al fin y al cabo, es parienta tuya. Pero también tú debes ha-

certe cargo de que tienes una hija ¡ qué caramba!... Nada, envíala al pueblo, y san se acabó...

— Por mí... — decía César, rehacio. — Pero ¿sabes tú cómo está aquella casa? ¿Si es lo último! Si no tendrán ni habitación para la pobre chica. En fin, se le enviará al pueblo, ¡qué le hemos de hacer! Todo será que le tengamos que ayudar con unas pesetas, siquiera para lo preciso... Para que medio pueda vivir allí. Para que, al menos, tenga sábanas limpias.

— Ya sabía yo — insistía Julia — que vendríamos á parar en lo de siempre.

— Pero, mujer, ¿la vamos á enviar allí como un fardo? ¿Sabes tú lo que es una casa como la que ahora tienen, para la madre y siete niños pequeños?

— Bueno, bueno. Arréglalo tú como sea. La cuestión es que salga de aquí mañana mismo. Nosotros nos iremos pasado mañana en el sud-exprés.

— Corriente. ¿Cómo estará Fifita de ropa?

— Y dale. ¡Cómprale un «trousseau», si te parece. ¡Dichosa Fifita!...

— De ropa — intervino Leré — no me parece que esté mal. ¡Y para un pueblo! Yo veré, si os parece.

— Bien. Pues ve tú á decirselo. Pasa revista á lo que tenga, y con comprarle lo que necesite, en paz. ¡Ah! Que le digas que se va mañana, sin falta.

— Bueno. Ya verás. Si hasta se va á poner contenta.

— Pero ¿es que quiere ella ir al pueblo?

— Al pueblo, lo aborrece. Pero como va á ver á su madre y á sus hermanos... En fin, voy á decirselo.

Cuando entró Leré con la noticia, Fifita estaba repasando Historia Universal.

— ¿No sabes, Fifita?

— ¿Qué?

— Pues alégrate; que vas á ver á tu madre y á tus hermanos. Que mañana te vas al pueblo. Papá y mamá me comisionan para darte la buena noticia. Como nosotros nos vamos, como todos los años, por ahí... Tú quedarás mejor pasar las vacaciones con tu familia ¿no? ¡Julio, agosto y parte de septiembre, en el pueblo es el verano ideal!... Con tranquilidad, sin etiquetas, sin tonterías... Te aseguro que si no fuera por lo que es, me iba á vernear contigo al pueblo.

Fifita, sorprendida, meditaba. ¿Por qué la enviaban al pueblo? ¿Con qué fines? ¿Con qué intención? Por un instante, sospechó si habrían resuelto prescindir de cos-

tearle la carrera; y como la carrera constituía, no ya sólo su aspiración, sino su fuerza ideal, la escuela de su voluntad y la fragua de su carácter, sintió que repentinamente se abatía, se desplomaba por dentro. ¿Qué iba á ser de su madre, de sus hermanos, de ella misma, si aquel soñado título de maestra se le negaba para siempre? ¿A qué puerta llamar? ¿Dónde acudir?...

Aventó la tristeza de sus pensamientos la voz de Leré:

— Oye, á propósito. ¿Cómo estás tú de ropa?

— Muy bien, divinamente. Tengo tres vestidos casi nuevos.

— ¿Y de ropa interior? ¿Tienes bastante? ¿Y calzado? ¿Y chismes de tocador?

— De todo, de todo...

— Bueno. Muy bien. Pues, entonces, ya lo sabes. Arregla tus cosas para mañana por la noche. ¡Digo! ¡Y no hemos hablado de esto! ¿Cómo vas á hacer un viaje tan largo, sola? ¿Quién podría ir contigo, di?

— No sé... Pero puedo ir sola.

— Quita, por Dios, Fifita... En fin, eso ya lo arreglará papá. Lo importante es que no necesitas nada; que estás lista para cuando se te avise ¿no? Bien, pues entonces, ve voy yo á arreglar lo mío. ¿Tú sabes lo de cosas?... Vaya, hasta luego.

— Adiós.

Quedó sola Fifita, y ya enfrente de la visión de su casa pobre y de su familia en la miseria. ¿Cómo estarían? ¿Cómo vivirían? ¿Cómo sería la casa de ahora?

Durante largo rato se abismó en aquel infierno, que antes, mientras que sólo fue evocación, tenía las defensas de su vaguedad, y que ahora que iba á vivirlo se le representaba material, palpable y horrible. Comenzó, pues, á examinarlo detalladamente, como el preso examina el calabozo hiebro (por hiebro y losa por losa).

Sintió en primer lugar una atrición, un descontento de sí misma. Era verdad que, durante su ausencia, pensaba diariamente y muchas veces en aquella casa en ruinas. Pero no era menos verdad que, mientras que su madre y sus hermanos vivían miserablemente, ella, lejos de tanto horror, habitaba egoístamente un palacio. ¿Dónde estaba su decantado sacrificio? ¿Dónde lo que hasta allí había considerado su cautiverio? Y en una excitación sentimental, hablando sola y en voz alta, como loca, se acusaba de egoísta, de comodona, de infame...

Sacó el paquete epistolar, y lo besó entre

lágrimas y sollozos. Luego, cuando sus nervios se calmaron, abordó la segunda fase del problema: el porvenir. Era preciso estar alerta. Aquel inesperado viaje podía ser un plan, para dejarla allí en el pueblo, para siempre. Sus tíos eran unos miserables, no por casualidad, sino por remordimiento. Pasado ya el remordimiento, desvanecida la sangrienta sombra de su padre, aquellas gentes no buscaban más que un pretexto

para esquivar el solemne compromiso. Había que procurar, á toda costa, que mantuviese la promesa. Había que llegar — con fingimientos, con hipocresías, con humillaciones, con cuanto fuera menester — á que ella consiguiese el anhelado título de maestra, que era todo su ideal y toda su liberación. Si iría al pueblo, ¿No había de irse? Se estaría allí un mes, dos, tres, cuatro. ¿No había de estar?...

De nuevo, la abatía el desencanto. Para tan ridículo combate era casi una niña, y estaba sola. ¿A quién interesaba? ¿A nadie? ¿Quién podría favorecerla? Nadie... Y aun cuando, desde el día anterior, había tenazmente de la idea, rendida ya y como entregada, volvió á pensar en Rafaelito.

Enrojeció de pudor y de ira. Su altiva dignidad, hecha juez, la acusaba implacablemente. Su candor, humillado, la hizo llorar... ¿Tenía ella la culpa de haberse confiado á aquel hombre? ¿Podía exigir á sus doce años la pericia y la experiencia del amor? Fue dudas, las contradicciones, formaban en su ánimo oleajes, como en un mar. Y sobre todas ellas, la sensación de aquellas manos ardía entre las suyas como un ascua.

De repente, se alzó indignada. Siempre la indignación, la altivez, el orgullo, eran en sus naufragios espirituales como salva-

vidas. La nave de sus pensamientos se iba á pique; ¡pero siempre su orgullo la sacaba alica. Allí quedaban leños y despojos, flotando errantes como los de Próspero y Miranda; ella, en la orilla salvadora, les daba melancólicamente su adiós...

— ¡Al pueblo! — dijo fieramente.

Y enardecida, temeraria, épica, se lanzó á arreglar el baúl. Cuando fué á colocar el costurero, surgió entre cintas y peinetas

la cara tragi-cómica del Bhuda.

¿Qué hacer? ¿Llevarse lo

¿Dejar? Lo envolvió

en un pañuelo, como

en una sábana mortuoria.

Y luego,

jadeante el cuerpo

y vacío el

ánimo, dejó caer

la tapa del

baúl como una

losa funeral... Resulto al fin

que la acompaña-

base el viejo

Ramón, provista

de unos cuantos

de pesetas;

de su baúl y de

su voluntad de hie-

bro. Fifita, con el

criado, entró en un

coche de segunda.

No conocía el tren

más que de oídas. No

había viajado más

que una vez, de su

pueblo á Madrid, en

auto. Alejó sus pre-

ocupaciones con volun-

tad férrea, y se puso

á observar y á curio-

sear, para abrir un paréntesis á la fatiga de

sus pensamientos.

Asomada á la ventanilla — mientras Ra-

mon, experto en viajes, acomodaba sabi-

amente los bártulos — contemplaba el tra-

je de viajeros, mozos, vendedores.

Reclinaban las carretillas de equipajes.

Un grupo de soldados lucían al cuello los

canutos de la licencia. Dos cupletistas puchu-

gonas, con las faldas ceñidas y temblando

el borlón de los sombreros, exhibían sus opu-

lencias descaradas. Y en coches de tercera,

entre caras enfermas y rengridas de la

Caridad se santiguaban ante el devoti-

smario abierto.

Somé la campanilla, golpearon las porte-

zuelas al cerrarse, comenzó el fragor de la

máquina, y dos jóvenes estudiantes, con sus



Criódo sola Fifita, y ya enfrente de la visión de su casa pobre y de su familia en la miseria (Cap. V.).

maletas, llegaron presurosamente al coche de Fifita.

Ramón, adusto como un ogro, refunfuñó al verles subir. Ellos, viendo á Fifita, saludaron, quitándose los sombreros:

— Buenas tardes!
— Buenas tardes. respondió:

Mientras los estudiantes se acomodaban, arrancó el tren.

— ¡Caramba! — dijo el uno al otro. — ¿Sabes lo que se me ha olvidado? El telegrama

— Lo pones en Alcázar. ¿Qué más te da?

— Es que á Alcázar no llegaremos hasta la madrugada.

— ¡Ca, hombre!

— Natural. Aquí tienes la guía. Alcázar: á las dos y veinte. Parada y fonda.

A Fifita le parecía agradable todo aquello. Estaba encantada. Puesta en la ventanilla, su avidez infantil quería saborearlo todo, verlo todo, oírlo todo: el paisaje, que en los fulgores del crepúsculo vestía de penumbras las alamedas lánguidas; el cielo, azul y liso como un manto de reina fabulosa, en donde se clavaban y desclavaban las flechas de un vuelo de aviones; la charla estudiantil, que sonaba tras de ella, como una serena que se va acercando.

— ¿Quiénes serían aquellos dos estudiantes? ¿Qué novias les aguardarían suspirando? Ramón el ogro daba de vez en cuando un gruñido, como un alerta:

— ¡Vaya unos trenes! Paecen meramente carraças.

O bien, tras de un bostezo largo y sin ganas:

— ¡Aaaaáá! Bueno estaba y se murió.

Los estudiantes, desconcertados al principio, se miraban como diciéndose: « Este tío impertinente nos está buscando la boca ». Luego, al cuarto bostezo de Ramón, bostezó también uno de ellos, adelantándose al estribillo, y diciendo como el criado:

— Bueno estaba y se murió.

No pudo contenerse el otro estudiante, y rompió á reír. Ramón, amostazado, se encarró con ellos:

— ¿ Es que estamos de guasa? No; lo digo pa que nos vayamos poniendo á tono. Silencio de los estudiantes.

— Porque á mí — seguía Ramón — á mí me sale to por una friolera. A ver si va uno á poder bostezar. ¡ Vamos, hombre! Ni que estuviésemos en misa.

Envalentonado por el silencio, sacó un cigarro y lo encendió con aire jaque:

— Lo que pasa, es que en este país hay mu poquita educación

— Oiga usted... — saltó un estudiante.

— ¿ Qué es eso de la educación? — dijo el otro, ya sermoneando.

Fifita, sin moverse de la ventanilla, terció alarmada:

— ¡ Ramón! Vamos, Ramón...

— Lo que usted manda, señorita. ¿ Que calle? Pues ya me he dao un punto en la boca. ¿ Que me tire por la ventanilla? Pues volando. Usted manda, y no hay que hablar más.

— Lo que yo quiero, es que no tenga usted cuestiones con nadie.

— Usted perdone, señorita — dijo uno de los estudiantes. — Pero ya habrá usted visto que ha sido él, que nos está buscando la boca. El bostezó, y como el bostezo se comunica, yo bostecé también... Me parece que tengo derecho á bostezar ¡ Digo yo! Si hubiese usted estado aquí... pase, pero como estaba usted de espaldas, no creo que sea ninguna grosería... Lo que ocurre es que...

El ruido orondeador de un puente le cortó la frase. Era tan grande la trepidación, que los viajeros cabecaban, y una sombrerera se vino abajo. Ramón, que estaba en pie, se agarró fuertemente á las mallas de la red. Fifita, siempre en la ventanilla, contemplaba curiosamente la inclinación de los vagones delanteros, que al doblar una curva parecían materialmente volados.

Pasado el puente, cesó el estrépito furioso, y Fifita, dando un suspiro de descanso, dijo:

— ¡ Ay! ¡ Gracias á Dios! Me estaban martillando las sienas.

Hubo amistié entre Ramón y los estudiantes, trabándose conversación sobre el peligro de los puentes, y acerca de lo mal que está el servicio de ferrocarriles en España.

— ¿ No se han fijado ustedes? Mientras pasábamos el puente, llevaba el tren la cuarta parte de velocidad. Casi hemos ido al paso, por el peligro. El mejor día ocurre en ese puente una catástrofe.

Iba entrando la cordialidad. Ramón les ofreció pitillos. Uno de ellos abrió una caja de dulces:

— ¿ Quiere usted probar, señorita?

Fifita, con gentil naturalidad, tomó una yema:

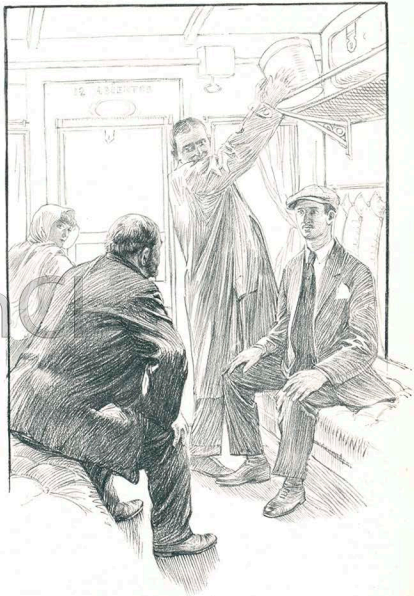
— Muchas gracias. Muchas gracias.

Sucedíéronse las preguntas de ellos:

— ¿ Van ustedes á Córdoba?

— No; á un pueblo de la provincia. A Monturque — dijo Ramón.

— ¿ Á Monturque? ¡ Hombre! Allí tene-



— ¿ Es que estamos de guasa? No; lo digo pa que nos vayamos poniendo á tono.

(Cap. V.)

mos varios compañeros : Salazar, Alvarado, Tablitas... ¿ Usted es de allí ?

— De Monturque soy, sí, señor.

Iba el tren entrando en agujas. Se oían voces de : « ¡ Agua ! ¡ Agua fresca ! » Sonaron portezuelas, gritos de bienvenida, saludos : « ¡ Agustín ! ¡ Hijo de mi alma ! » Fífta se asomó á la ventanilla, y vió á un soldado apretujado por un grupo de mujeres, que lloraban y bendecían : « ¡ Ay, gracias á Dios que te vemos sano y bueno ! ¡ Bendita sea la Virgen ! »

Por el andén, bajo un dosel de acacias, paseaban muchachitas con trajes claros. Un factor, con la pluma en la oreja, corrío llevando unos papeles. El mozo de estación, de blusa azul y gorra ladeada, cantó con dejos de saeta : « ¡ Manzanares, quince minutos ! ¡ Fonda ! »

Ramón habló aparte á Fífta, y ambos descendieron del tren. Un estudiante dijo al otro :

— Es muy bonita ¿ verdad, tú ?

— Lo que tiene es que las coje al aire. Y no se « tima » ni ja el Nuncio. ¡ No quiere coles !... Oye, tú. Yo voy teniendo gazuza. ¿ Comemos ?

Sacarón de una cesta sus provisiones, y comenzaron á comer sin dejar de hablar.

— ¿ Ha dicho que era de Monturque ?

— Pero ¿ no estás oyendo que no quiere coles ? ¡ Pa qué vas á perder el tiempo ? Además, que todavia es muy niña.

— Sí, niña. Ríete tú. Tiene un modo de mirar... Debe ser rica ; no ? Porque el tío que va con ella parece un criado de casa grande. ¡ Tú ! Mira aquella rubia, qué pechuga tiene. ¡ Vaya una jaca !

— ¿ Cuál ? ¿ La que va en medio de esas tres ? ¡ Chulona ! ¡ Sí, señora, á usted ! ¿ Que le dé á usted un poquito de esto ? ¡ Si me da usted á mí un poquito de lo otro, sí ! ¡ Si no, no !... De lo otro, sí... De lo otro.

— Chiquillo, cállate, que está mirando aquel factor, y puede que sea su marido. ¿ No ves qué ojos te echa ? ¡ Cállate !

— ¡ Señores viajeros al tren !

— La de Monturque se queda en tierra, tío...

— No ; ya vienen ahí...

Venían, efectivamente, ella muy pinturera, con los rizos flotantes y despinados, y aquel andar á saltos de « fífta », y el criado, corpulento y hosco, en su papel de rodrión.

— ¡ Señores viajeros al tren !

Atrancó el tren de nuevo. Volvió Fífta á su atalaya, y reanudó Ramón su plática con los estudiantes. La noche, mansa y espar-

ciendo serenidad, daba consuelo al ánimo y caricia suave al cuerpo. Un bienestar, un íntimo reposo adormeció á Fífta. La cara entre ambas manos, entornados los ojos al plumón del aire campestre, miraba la extensión monótona del barbecho, y sentía, al pasar sobre las lagunas, el frescor del agua y el croar de las ranas entre los juncos.

De repente, tras de una loma, apareció la luna llena. Luego, las aspas de un molino le evocaron á don Quijote... Allí, lejamente, blanquearon las casas de un lugar, con sus eras y sus almiares. Se veían trezcos de calle donde cabrilleaban bombillas eléctricas, alumbrando un lettero enorme : « Bodegas del marqués de... » Poco á poco, Fífta se fué adormiendo con el monótono rodar del tren. De vez en cuando, algún vaivén la despertaba, y entonces entreabría los ojos, y veía los hilos del telégrafo y la luna enseñoreada de los campos.

Ramón, apercebido, la condujo suavemente al asiento, recostándola blandamente en un rincón, como á una enfermita. Los estudiantes se pusieron á leer periódicos, comentándolos en voz baja. El viejo criado, fuma que te fuma, vigilaba pacientemente.

Cerca ya del amanecer, en Espeluy, tuvieron que cambiar de tren, bajo un cielo nuboso y entre el frío de la mañana desahitada. Desayunaron en la fonda, entre escasos viajeros que se apitaban en la mesa carraespando, fiscalizados desde el mostrador por una mujer gorda y bigotuda, que gritaba incesantemente á los camareros : « ¡ Más vivo ! ¡ Más vivo ! » Por fin, tras el bochorno de una mañana interminable, paró el tren ante las escueldas acacias de una estación.

— ¡ Luque-Baena, cinco minutos !...

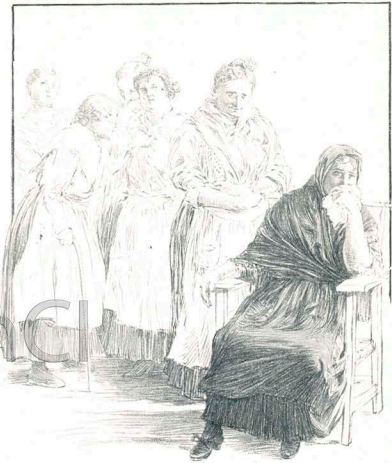
Fífta contempló desde la ventanilla una empalizada, tras de la cual se veían los caballos de una empolvada diligencia. La guardesa, bajo el monumental sombrero de palma, comenzó á arrollar su banderola, y unas gallinas escaraban, cloqueando, junto al pozo.

Descendieron. En el andén, que agostaba el sol, no había más que un mozo, que en mangas de camisa y con la campanilla bajo el brazo encendía la mitad de un puro. Dentro, en la sala de equipajes, les aguardaba el mayoral, con el látigo arrollado al cuello.

— ¿ Van ostés á Monturque ? ¿ Fonda Nueva ú Fonda de Hipólito ?

— Vamos á casa de la viuda de Aguilar — replicó Ramón.

— ¡ Carrales ! — exclamaba entre asombros el mayoral. — Antónses, no diga osté



En el portal pobre y mezquino, estaba acompañada de otras vecinas su madre, sollozando entre el pañuelo. (Cap. V.)

más. Osté es Fífta. ¡ Carrales, con Fífta ! Está hecha una real masa.

Charlabo el hombre por los codos. Ramón intentó en vano interrumpirle ; pero el mayoral no dejaba meter baza.

— Poquito que me quería á mí su pare de osté ¡ carrales ! Siempre estaba diciendome : « ¡ Qué, Valentín, cambiamos las jacas ? Y dale con Valentín. Y guerta con cambiar las jacas. ¡ Carrales ! »

Acudió el zagallito, trayendo la valija del correo, el baúl y el cabás, que colocó en la diligencia, y acomodados ya los viajeros,

el mayoral cogó las riendas, restallando el látigo.

— ¡ Da, Coronelaaa ! ¡ Primoraaaa !

Entre casacabeos y dando tumbos, tomó el coche la carretera de Monturque. Á Fífta, hasta entonces espectadora, latióle el corazón de heróica. Fué como el despertar de un sueño. Y otra vez, como un preso, volvió á contar uno á uno los hierros y las losas de su cárcel. ¿ Cómo estarían su madre y sus hermanos ? ¿ Cómo sería una nueva casa ? ¿ Qué iba á hacer durante dos meses entre tanta ruina y desolación ?

A la entrada del pueblo, apostados bajo los árboles, a la sombra, vió a sus seis hermanitos enlutados, plando como los pollucos ante la cueca :

— ¡ Fífta ! ¡ Aquélla es !

— Ya está ahí. ¡ Mirarla ! ¡ Fífta !

Rajó precipitada y compmovida. Unas vecinas le explicaron :

— Tu mamá está la pobre con sus achaques. Quería venir ; pero no la hemos dejado. ¿ Y qué tal ? ¿ Qué tal por Madrid ? ¡ Uy, cómo vienes ! ¡ Jecha una señorita !

La banda de hermanitos se la comía á besos.

— ¡ Fífta ! ¿ Qué me traes de Madríl ?

— ¿ Qué me traes, Fífta ?

— ¿ Verdad que ya no te vas más ? Dilo.

La pobre estaba hecha una Magdalena ; llorando, sí tenía qué. Uno á uno les fué abrazando, besando, estrujando contra su corazón.

— Te traigo muchas cosas, Mosquita muerta.

— ¿ Y á mí ?

— Y á ti también, Bolo. Y á ti, Encarna. Y á ti, Visita. Y á ti, Churro. Y á ti, Cardillo. Y á mí Lentejilla chiquitina. ¿ Qué le traigo á mí Lentejilla chiquitina ?

— Uno tompo...

Soltando á éste, cogiendo á aquél, fatigada del viaje, de las emociones y del calor, Fífta, rodeada de hermanitos y de vecinas, llegó á la puerta de su casa.

Fué su primer dolor mirar que no era suya ; pensar en que la suya, donde había nacido, sin balcones, con una sola reja, como casa de jornalero... Y entre sus ojos empañados relampagueó una centella de ira...

Empujó la entornada puerta. En el portal, pobre y mequino, sin cortinones y sin cuadros, con una cruz de palma por todo adorno, estaba acompañada de otras vecinas su madre, sollozando entre el pañuelo.

— ¡ Hija de mis entrañas !

— ¡ Mamá !

Durante el silencioso abrazo, los pequeños se apretaban unos á otros, como una banda de pollucos presenciando la tempestad. Sólo la mayorcita, la « Mosquita muerta », inasimó timidamente :

— Fífta, ¿ y tu bañil ? No lores, anda.

— ¿ Y tu bañil ?

¿ Desasidas por las vecinas que intervinieron, la madre se dejó caer en un sillón. Fífta pudo contemplarla y examinarla de cabeza á pies. No parecía enferma ; al contrario. Su madurez, robusta y saludable, era más lozana y frescota por el luto. Diríase que aquel vestido negro realzaba, austera y grave, la vivez rústica. Bajo el pañuelo á la cabeza

asomaban los entrecanos rizos, poniendo en las mejillas de matrona su nota de sensualidad arrogante. Y el pañuelo de talle, negro también, se alzaba encorsetado en sus opulencias, prendido por el broche de un guardapelo de azabache.

Fífta, dirigiéndose á las vecinas, sonreía con los ojos empañados.

— Yo no la encuentro mal. Al revés. ¿ Verdad ?

— No, si mal, mal, lo que se dice mal, no está. Lo que tiene es... ¿ Qué ha de tener la pobre ? ¡ Muchas fatigas ! ¡ Muchas penas !

— ¡ Ay, hija ! ¡ No me encuentras mal ! ¡ Si tú supieras !... ¡ No me encuentras mal !

Y alzaba la cabeza con un gesto de Dolorosa traspasada. — ¡ Que no me encuentras mal, Dios mío !

— No, mamá, no. Dios me perdona ; pero me parece más joven, más guapa.

— ¡ Vaya, vaya ! ¡ Qué cumplimenta ! ¡ Como se oñoce que viene de Madrid — dijo una de las vecinas.

— Dejarla, pobrecita. ¡ Ella, qué va á decir ! — y la disculpaba la madre, entre melancólica y complicidada.

— Lo que pasa — decía otra comadre — es como dijo el otro ; quién tuvo y retuvo.

Los chicos, impacientes, viendo que la conversación se prolongaba, conferenciaron entre manotes :

— Díselo tú.

— No, tú.

— No, Encarna.

— No, Cardillo.

Fífta, sonriente, acudió á resolver de plano.

— Vamos. ¿ Qué estáis cuchicheando ?

¿ Qué queréis ? Los jugates ¿ no ?

Seis cabeceitas, como de resorte, dijeron á compás que sí. Fífta entonces se acordó del viejo Ramón.

— ¿ Y Ramón ?

— ¿ Qué Ramón ?

— El criado que me ha traído de Madrid.

¿ Y el bañil ? ¿ Han traído el bañil ?

— Deja, que yo me alegraré en ca Valentin, y diré que lo traigan ensegua. Ese criado puede que se haiga ido á la fonda.

— ¿ A la fonda ? — exclamó Fífta.

— Naturalmente, hija — añadió la madre.

— Aquí ¿ cómo lo vamos á tener ? ¿ Tú sabes lo que es esto, que no cabemos ni de pies ? ¡ Digo ! Y gracias á las gracias. Que si no, á estas horas nos vemos en el arroyo. Y dices que no me encuentro mal... Lo que yo no sé es como me encuentras siquiera.

[Se continuará en el próximo número.]



EL CIRCUITO DE LYON

Por JEAN GODILLOT



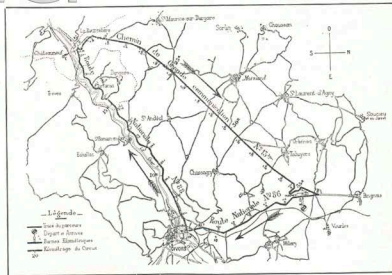
AU CHEVALIER RENÉ DE KNYFF
Hommage respectueux.

J. G.

CADA AÑO, el Automóvil Club de Francia hace disputar, en un circuito cerrado, una gran carrera internacional de automóviles, bajo el nombre de « Grand Prix de l'A. C. F. ». Esta reunión de constructores internacionales, provoca en el mundo deportivo automovilístico una emoción y una vida extraordinarias. La organización de esta prueba, que se confía siempre á la comisión deportiva del A. C. F., de la que el caballero René de Knyff es el digno presidente, requiere, como

es de suponer, una enorme cantidad de trabajo y grandes gastos.

Anualmente, las ciudades francesas que se juzgan en mejores condiciones, por el cuidado de sus carreteras y por la organización que preconizan, proponen á la comisión deportiva un trazado de circuito para correr el Gran Premio. Fácilmente se comprenderá esta petición, teniendo en cuenta el beneficio que las carreras proporcionan al comercio local. Después de un estudio minucioso de los datos de la carretera, la comisión elige el



Carta del circuito donde se señalan las distintas fases de la prueba.

punto, admitiendo tal ó cual proyecto. El Gran Premio del A. C. F. se ha corrido ya en el circuito de la Sarthe, en Dieppe, en Amiens, y este año en Lyon.

En atención á la importancia de estas carreras, *Mundial* quiso estar debidamente representado é informado en Lyon, y al efecto emprendí el viaje en la buena compañía de nuestro redactor Don J. Menier, también excelente fotógrafo, y en cuyo automóvil, amablemente ofrecido, efectuamos el raid Paris-Lyon, de 467 kilómetros.

Después de reconocida minuciosamente la carretera, se señaló la marcha para el día 2 de julio, á las nueve y media de la noche. El viaje se



La colina de las "Eses", vista desde la tribuna.

en París, señores Guyonnet y Rougier, ha-

bían vendido el coche á nuestro compañero señor Menier. Para ellos, vaya la expresión del reconocimiento de *Mundial*.

El circuito de Lyon al fondo de la gran ciudad, á 14 kilómetros de distancia en 4 de julio de 1921, comprendía un circuito de 37 kilómetros 661 metros, que había que cubrir veinte veces, sobre un total de 753 kilómetros 221 metros.



Antes de la salida. Un aspecto de las tribunas.



Una línea blanca se había fijado en medio de la carretera, para señalar su camino á cada coche, en virtud de las doblez y curvas que se daban.

Cuestas, pendientes, vueltas terribles, líneas derechas soberbias; en fin, todo el arte reunido para experimentar la habilidad de los conductores y la solidez de los coches. En el plan del circuito que ofrecemos, se advierten las distintas partes del camino.

Gracias á un admirable reglamento, que obligaba á los constructores á ofrecer determinada fuerza con el máximo de rendimiento, hubo cuarenta y un ofrecimientos, representando catorce constructores de seis nacionalidades distintas. Es el mejor éxito del Gran Premio del A. C. F.

El día anterior, ó sea el tres de julio, tuvo lugar el *pesaje* en Brignais. Los coches no debían pesar más de 1.100 kilos, vacíos. Todos los coches llenaron estas condiciones. Sólo la marca



Antes de la salida. Journs, en coche "Opel".

italiana Caesar se presentó, declarándose

concurante, viéndose al

fuera de concurso. Allí pudimos ver los interesantes detalles de los coches. Algunos constructores se resisten á esta curiosidad, y en cambio, otros de mejor criterio se prestan amablemente á las visitas. Gracias á la fina atención de Mr. Delage, pudimos observar minuciosamente el mecanismo de sus excelentes coches, que no han triunfado todavía, pero que no están lejos de la consagración que merecen. Habían recogido grandes preferencias... Nuestra gratitud á Mr. Delage por su amabilidad, que llegó á facilitar el acceso á nuestros cuartos en el « ravitaillement » de sus coches, donde obtuvimos la mayor parte de estas fotografías.

Para desembarazar pronto la carretera, se hizo este año una innovación muy curiosa. No obstante la poca anchura del camino, se dió la salida á dos coches juntos, lo que producía la impresión de una lucha.

Antes de entrar en el relato de las carreras, es preciso que insistamos en la perfecta organización de esta prueba deportiva. El amable Mr. Sautin, muy ducho en la materia, desempeñó con su acierto acostumbrado las funcio-

nes de comisario general. Las tribunas se habían instalado al borde de la línea derecha, después de una vuelta algo brusca y al pie de una colina. Esta curiosa disposición permitía al público ver franquear la alta colina por los coches, siguiendo durante tres kilómetros sus evoluciones, antes de pasar frente á la tribuna. Esta pendiente se llamaba la pendiente de las « Eses ». ¡Cuántas emociones produjo!

Para informar al público, se había levantado una enorme pizarra al otro lado de la carretera, frente á las tribunas, de manera que, durante las 20 vueltas que comprendía el circuito, se calculaba el tiempo de cada minuto la lucha terrible emprendida entre las distintas marcas.

Mr. Richard, cronometrador oficial, comenzó á dar las salidas á las ocho de la mañana, cada treinta segundos, á dos coches á la vez. Salían los automóviles á escape, en medio de un ruido enorme, de una humareda intensa, y de los aplausos frenéticos del público.

Diez minutos después de la última salida,



Dury, con su mecánico, esperando la salida en compañía de nuestro compañero Menier (á la derecha).



El aviador Tabataev vuelve al automóvil, después de los grandes éxitos conseguidos en la ruta aérea. Hele aquí esperando la salida, junto á su coche "Alfa".



Antes de la salida. Duray espera...

se veía asomar en lo alto de la colina un coche azul. Era el vencedor del Gran Premio de 1912 á 1913, Boillot, que no obstante haber salido en quinto lugar, daba la primera vuelta. Una aclamación entusiasta saludó el



Boillot, también está.

paso del campeón francés. Luego fueron apareciendo, uno tras otro, todos los coches. Detrás de Boillot, vino Selze, que dio con mayor rapidez la primera vuelta, y se había puesto á la cabeza. En seguida, como tercero,



Baillot, confiando en su buena estrella... espera sonriendo.



Petro, un "amateur" también, toma parte en la carrera en un coche de su propiedad.



La víspera de las carreras. Las operaciones del "pesage" se realizan en Brignais sin el menor incidente, dirigidas por Mr. Longuemare.



Para distraerse de la fortuna, mientras llega la salida, que puede llevar lo mismo al desastre que al triunfo, la gente de automóvil demuestra su buen humor. Al asirador Thomis se le ocurre cubrir á Duray con el cubo de la benzina... y todos ríen, hasta Henry Rougier, el popular asirador, que mira la escena con curiosidad.

Duray, el hombre más ligero del mundo. (Fue él quien, sobre una 300 H. P., ganó en Ostende oficialmente el record del mundo, por 230 kilómetros por hora). Duray conducía un coche Delage, haciendo los 37 kilómetros 661 metros de la vuelta en 20 minutos y 31 segundos. La lucha aparecía terrible, entre estos tres reyes de la velocidad. Detrás llegaron un lote importante de concurrentes, con una marcha regular. Se sucedían las vueltas, deteníanse los unos para cambiar de neumáticos, otros para arreglar el coche. Cerca



Cl. R. Chamont.

Duray, acodado en su coche, conversa con nuestro compañero Godillot.

de las tribunas, las distintas marcas tenían instaladas sus provisiones. Pero sólo el conductor del coche y su mecánico tenían derecho a trabajar, limitándose las demás personas a tenerse todo

preparado. Era emocionante ver detenerse los coches, bajar sus conductores, levantar el vehículo, cambiar las ruedas en menos de un minuto. El record recayó en Boillot, que cambió los neumáticos posteriores en 43 segundos.

En la sexta vuelta, la cosa cambia. De pronto, Sciler, el primero, no aparece, Boillot tampoco, y surge Lautenschlager, el co-equipo del primero, poniéndose en segundo lugar delante de Duray, á treinta segundos detrás de Boillot. Este último

marcha á gran velocidad, y no obstante sus numerosas paradas, guarda su primer lugar y aumenta la delantera. Grandes ovaciones saludan el paso de cada concurrente. Sigue la carrera, durante mucho rato, en estos mismos térmi-

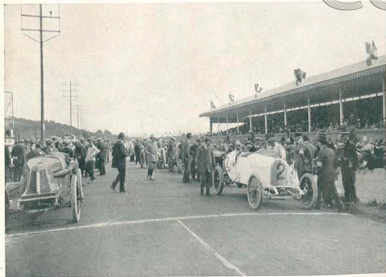
nos. Goux, el compañero de Boillot, gana el tercer lugar. En efecto, Duray, víctima de un leve percance, se ve obligado á repararla, y pierde bastantes minutos, que no podrá luego recuperar. No obstante, fueron muy apreciadas sus condiciones de conductor, de mecánico, de cerrrista. Detrás de estos campeones llegan Resta en Simsbann, Esser en Napagt, Fagnano en Fiat, Rigall en Peugeot, Champois en Th. Schne-



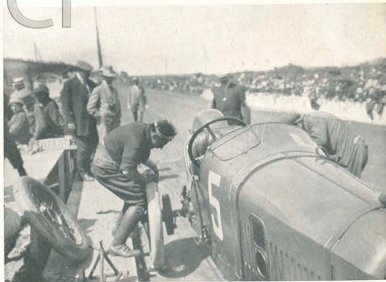
Después del viaje difícil de Septidimens, recomienza la caza del automóvil.

der, disputándose rabiosamente los sitios. Hay dos concurrentes más que no habían llamado la atención, que, del lugar 17 y 18 á la primera vuelta, van progresando poco á poco. Son Wagner y Salzer en coches Mercedes, que tenía cinco automóviles en línea. A la 13ª vuelta, se colocan tercero y quinto, rodando á Goux en Peugeot.

En este momento, poco á poco, va perdiendo Boillot su delantera, ganada por los



A la salida. A cada lado de la línea blanca que sigue la carretera.



El record del cambio de ruedas traseras. Durante la carrera, Boillot, campeón francés, se detiene y practica esta operación en 17 segundos.

dos Mercedes. Cambia o ra vez de neumáticos, y cuando aparece por 18 veces en lo alto de la pendiente de las "Eses", ya no es primero. La emoción del público ante el retraso de su favorito fué grande. Lautenschlager ocupa el primer lugar. Boillot no es más que segundo, y Goux quinto. Los dos co-equipos de Lautenschlager, Wagner y Salzer, son tercero y cuarto.



Seiler, que durante las cuatro vueltas primeras se mantuvo á la cabeza.

Al llegar aquí, Boillot hace el supremo esfuerzo y marcha velozmente, pero á las 20 vueltas, á 15 kilómetros antes de la llegada, es víctima de una *panne*. Ya no vuelve á presentarse, y con Lautenschlager, Wagner y Salzer, están á la cabeza tres Mercedes. Goux, en Peugeot, salva el honor francés, llegando el cuarto.

Se saluda con grandes aplausos la llegada del vencedor, y el coche de éste, con arreglo al reglamento, es depositado por el comisario

en un «hangar», donde se procede á su examen. En efecto, hay que comprobar que no exceda su peso de 1.100 kilogramos, y que los sellos no se hayan alterado, para convencerse que el coche está al lie ar, en las mismas condiciones que á la salida, sin que el conductor haya podido cambiar ninguna de las piezas esenciales.

Entre una nube de fotógrafos y de operadores de cine el vencedor va á la tribuna de honor, acompañado de Mr. Longuemare. En la tribuna le recibe Mr. Herriot, el simpático alcalde de Lyon, que le tributa una brillante felicitación. Asimismo la felicitó el presidente del A. C. F., barón de Zuylen de Nyeselt.

Va renaciendo la calma. La multitud regresa á Lyon, comentando los diversos incidentes de las carreras, y en medio del mayor entusiasmo y animación, se citan todos para las del año próximo. He



Guyot, después de aprovisionarse, reanuda la marcha. Lleva envuelta la cabeza tan exageradamente, para preservarse de los guijarros que las ruedas del automóvil lanzan al aire.



Durante la carrera, Lautenschlager pasa velozmente frente á las tribunas.



Boillot, en la pendiente, dirigiéndose hacia el viraje de las "Eses".



Goux, que alcanzó el cuarto lugar en la carrera, y el primero de los coches franceses, pasa en línea derecha, á gran velocidad.



Después de la llegada. El vencedor, Lautenschlager, es acompañado por Mr. Longuemare a los señores, para recibir las felicitaciones del presidente del Automóvil Club de Francia.

aquí la clasificación final de la carrera:

1. LAUTENSCHLAGER, 7 h. 8 m. 18 s. 2/5. — 2. WAGNER, 7 h. 9 m. 34 s. — 3. SALZER, 7 h. 13 m. 15 s. — 4. GOUX, 7 h. 17 m. 47 s. — 5. RESTA, 7 h. 20 m. 17 s. 2/5. — 6. ESSER, 7 h. 40 m. 28 s. 1/5. — 7. RIGAL, 7 h. 44 m. 28 s. — 8. DURAY, 7 h. 51 m. 32 s. — 9. CHAMPOISEAU, 8 h. 6 m. 31 s. 3/5. — 10. JOENS, 8 h. 17 m. 9 s. 3/5. — 11. FAGNANO, 8 h. 26 m. 11 s. 1/5.

Son sencillas las causas del desastre de los coches franceses. Perdieron mucho tiempo en el cambio de neumáticos, mientras que los *Mercedes* no se detenían más que a la segunda vuelta, para



Wagner, el segundo en llegar a la meta.

de su admirable organización.

Jean Godillot

aprovisionarse. Hay que reconocer la perfecta organización y la homogeneidad del equipo *Mercedes*, cuya disciplina y preparación fueron coronadas por la victoria.

Sólo nos queda dar las gracias al caballero René de Knyff, presidente de la Comisión Deportiva del A. C. F., cuya amabilidad facilitó nuestra labor, y a Mr. Fourreau, el distinguido secretario de aquella Comisión, que no obstante el agobio de trabajo que sufría, nos ofreció antes de las carreras todos los detalles de su admirable organización.